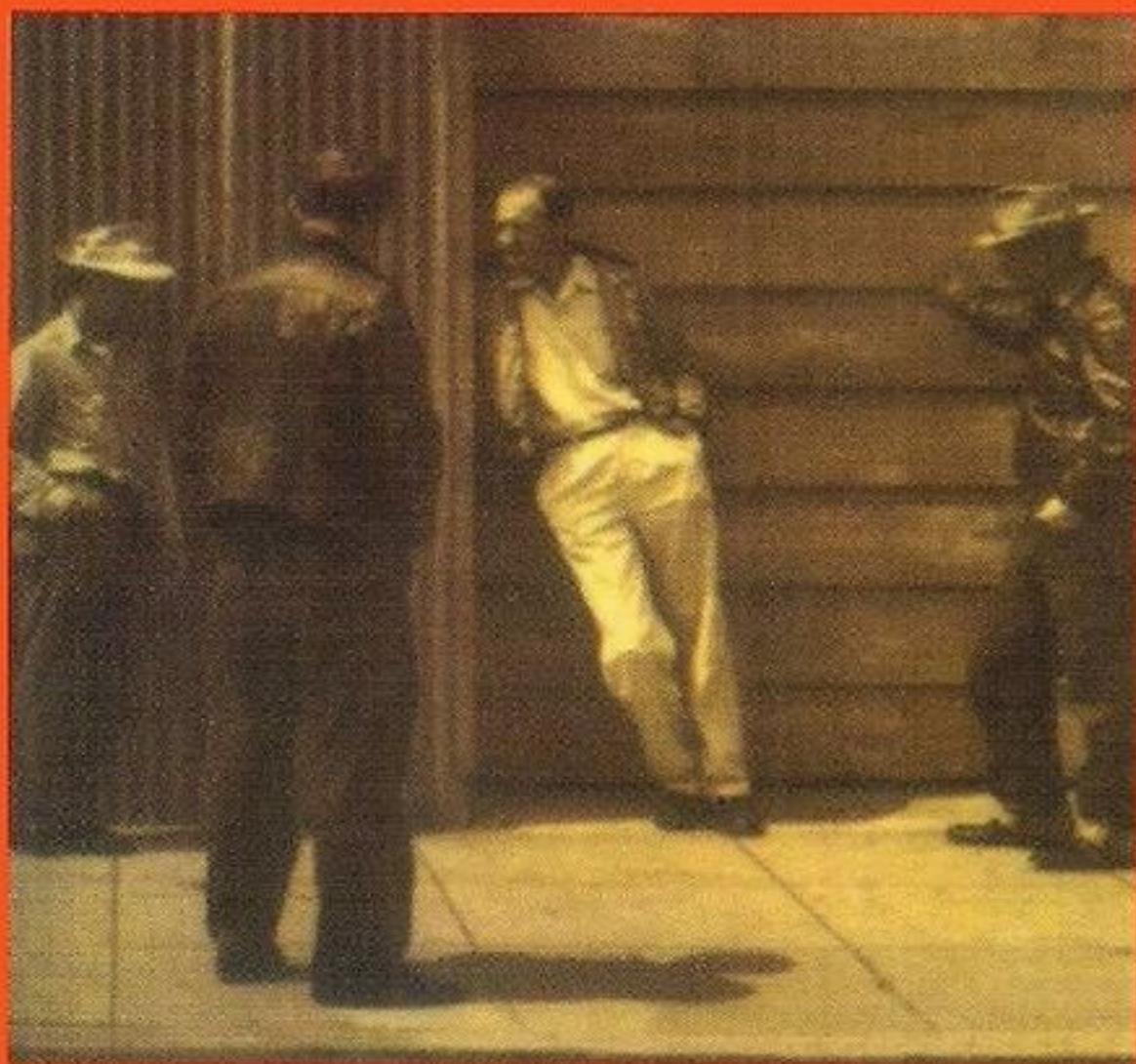


# John Fante

La hermandad de la uva



Lectulandia

El mejor cantero de América, el viejo Nick Molise está de nuevo en crisis con su mujer. Ninguno de los hijos quiere intervenir; por otra parte, Nick no tiene intención de pedir nada a nadie, y menos cuando, a pesar de la edad, alberga un montón de proyectos. Su sueño, tampoco demasiado secreto, era una tribu de hijos-albañiles seguidores de su arte, y en cambio tiene que habérselas con un guarda frenos, un empleadillo de banca y un escritor. A despecho de su innata pereza, Henry, el hijo escritor, —un álter ego de John Fante— deja mujer e hijos y se embarca en un avión para sumergirse en el mundo de sus padres. Y su padre lo pilla desprevenido invitándolo a una empresa tan absurda como inútil: construir un secadero de pieles de ciervo en un pueblo imposible. Henry en un principio duda, después acepta, atraído por la panda de chiflados amiguitos de papá...

**Lectulandia**

John Fante

# **La hermandad de la uva**

ePub r1.0

Titivillus 16.08.15

Título original: *The Brotherhood of the Grape*  
John Fante, 1977  
Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Joyce, naturalmente*

¡La hermandad de la uva! En todos los pueblos puede verse a estos granujas haciendo el vago en la puerta de los cafés, bebiendo vino y suspirando cada vez que pasan unas faldas.

Eduardo Verga, *Los Abruzos*

# 1

Una noche del pasado septiembre me llamó mi hermano desde San Elmo para decirme que nuestros padres volvían a hablar de divorciarse.

—¿Y dónde está la novedad?

—Esta vez va en serio —dijo Mario.

Nicholas y Maria Molise llevaban casados cincuenta y un años, y aunque desde el principio había sido una relación infeliz, mantenida y conservada por el inflexible catolicismo de mi madre, que castigaba a mi padre tolerando de un modo irritante su egoísmo y su desprecio, ahora nos parecía una completa locura que quisieran separarse, ya que mi madre tenía setenta y cuatro años y mi padre setenta y seis.

Pregunté a Mario de qué se trataba esta vez.

—Adulterio. Mamá lo pilló con las manos en la masa.

Me eché a reír.

—¿Cómo va a cometer adulterio el pobre viejo?

La verdad es que hacía muchos años que no se le acusaba de una cosa así. La última vez había sido por coquetear con Adele Horner, una empleada de Correos («una arpía pequeñita y borde», según mi madre), una señora cincuentona que cojeaba un poco. Pero había transcurrido mucho tiempo desde entonces y papá ya no era el de antes. Sin ir más lejos, en abril, el día de su cumpleaños, lo había visto doblado en el suelo, gimiendo y golpeando la moqueta con los puños, hasta que se le pasaba el dolor de la próstata.

—Venga, Mario —repliqué—. Es un viejo que está para el arrastre.

Me contó que mamá había descubierto manchas de carmín en los calzoncillos de papá, y cuando le puso delante la prueba (me la imaginé restregándole los calzoncillos por la nariz), papá la asió por el cogote, la obligó a doblarse sobre la mesa de la cocina y le pateó las nalgas. Aunque iba descalzo, los puntapiés le produjeron una moradura en la cadera, y le quedaron señales rojas en el cuello.

Avergonzado de la cobarde agresión, huyó de la casa en el momento en que Mario entraba por la puerta trasera. Al ver los hematomas de mamá, Mario se enfureció tanto que salió corriendo, subió a la camioneta, fue a la comisaría y presentó una denuncia contra su padre, Nicholas Joseph Molise, acusándole de agresión y malos tratos.

El comisario Regan, de la policía de San Elmo, trató de convencer a Mario de que no fuera tan drástico. Regan era un viejo compañero de correrías de mi padre y, como él, socio del Elks Club. Pero Mario aporreó la mesa y obligó al comisario a cursar la denuncia. Acompañado de un ayudante, el comisario Regan se dirigió a la casa de los Molise, sita en Pleasant Street.

A Mario se le revolvieron las tripas cuando vio que el viejo se negaba a entregarse

y se quedaba en el porche delantero, empuñando una pala. Los vecinos no tardaron en acudir en tropel. Mi padre y el comisario entraron en la casa, se sentaron en la cocina, se tomaron unos vinos y hablaron de la situación, mientras mamá lloraba con desconsuelo en el dormitorio.

El gentío apelotonado delante de la vivienda de los Molise inundaba ya la calle y hubo que llamar a dos coches patrulla para que acordonasen la manzana. La vieja amistad entre mi padre y el comisario terminó bruscamente en aquel punto y hora. El comisario sacó unas esposas y estalló la guerra. Mi padre pidió socorro a gritos, los ayudantes entraron inmediatamente y mi padre fue inmovilizado contra el suelo y esposado. Lo sacaron a rastras, jadeando, y lo metieron en el coche patrulla.

Mi madre, al ver a su cónyuge esposado, lanzó gritos de angustia. Se abalanzó sobre los policías, se revolvió y dio tales zarpazos con tanta furia que acabó sin conocimiento en la acera. Dos vecinas, las señoras Credenza y Petropolos, la metieron en su domicilio, con los pies arrastrando.

Mi hermano Mario, que había revivido el miedo cerval que le inspiraba nuestro padre, asomó la cabeza tras los cubos de basura del callejón y corrió al sofá donde habían tendido a nuestra madre, para consolarla y acariciarle la mano.

Devorada por el deseo de perdonar a su marido, mamá se levantó con torpeza, cruzó la habitación tambaleándose, cayó de rodillas ante la figura de Santa Teresa e imploró a la Florecilla que no castigara a su impetuoso marido, que una vez más tuviera compasión de sus pecados y rogara por su alma inmortal ante el tribunal de Dios Todopoderoso.

Pidió a Mario que retirase la denuncia contra el viejo para que lo dejaran salir del calabozo.

—Es un anciano, Mario. No era su intención hacerme daño, pero pierde la cabeza.

Mario, al principio, no quiso ni pensar en la posibilidad de liberar a papá y prefería que pasase unas horas en el trullo para que se calmara. Pero los lamentos de mi madre, su noble resolución y la advertencia de que papá lo descuartizaría si no lo sacaba pronto ablandaron a Mario. Los dos fueron al centro para poner al viejo en libertad.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —me dijo Mario al teléfono—. Es un viejo con muy malas pulgas, y cuanto más tiempo pasa encerrado, más se cabrea. Es un perro rabioso.

Pero, ante su asombro y la indignación del comisario Regan, Nick Molise no quiso que lo soltaran ni que retiraran la denuncia. Cubriendo de insultos a Mario y a mamá y mirando con desprecio a sus captores, aceptó voluntariamente la reclusión y juró defender su inocencia ante todos los tribunales del país, incluso ante el Tribunal Supremo, para demostrar que aún existía la justicia en Estados Unidos.

—Y me escupió en la cara —dijo Mario—. Me llamó Judas, asesino de Cristo. Dijo que yo ya no era su hijo. Y me dio una patada en el estómago.

El comisario Regan perdió los nervios, rompió la denuncia y ordenó a papá, a

mamá y a Mario que abandonaran la comisaría. Nick Molise no movió un músculo y siguió apretando los barrotes de la celda con las manazas. Tres agentes le golpearon los nudillos, lo sacaron, lo empujaron por el pasillo y lo echaron a la calle.

A continuación estalló una pelea entre el viejo y Mario, los dos cayeron rodando por los escalones de la comisaría, siguieron rodando por la acera y fueron a parar a la calzada. Los agentes los separaron, y habrían podido empaquetarlos por alterar el orden público, pero el comisario, deseoso de poner fin al asunto, ordenó a sus hombres que entraran y atrancaran la puerta. Mi hermano Mario, un cuarentón pacífico, algo jactancioso pero de ningún modo pendenciero, un hombre que golpearía antes a Nuestro Señor Jesucristo que a su padre, recibió en la cara un terrible puñetazo de este.

La reyerta concluyó con Mario tirado en la calzada, apretándose la nariz con un pañuelo ensangrentado, mientras mamá se desgañitaba ante los vecinos de San Elmo que se habían congregado y que miraban en silencio y guardándose mucho de intervenir.

La verdad es que no era la primera vez que el cabeza de la familia Molise se ponía en evidencia delante de la gente. Unos meses antes la había tomado con un joven camarero del Onyx Club, que le atizó a base de bien y lo echó a la calle, a raíz de lo cual el viejo estrelló una banqueta contra la ventana del establecimiento. La broma me costó cien dólares, que pagué con un cheque, y gracias a Regan no llegó a haber juicio.

Con el paso de los años Nick Molise se había enzarzado en tantas peleas, en esquinas, en bares, en locales electorales, que la reputación de la familia estaba seriamente en entredicho en San Elmo. Sin embargo, todos los vecinos daban muestras de tolerancia y buena voluntad, les caía bien el viejo y simpatizaban con su carácter vehemente. Cascarrabias, alborotador, tirano de la paciencia ajena, borracho casi siempre, hacía en San Elmo lo que le daba la gana, y por la noche lo oían dando bandazos por las calles, entonando versiones desafinadas de «O sole mio», sin que se sulfurasen los vecinos, acostados ya; todos decían: «Ahí va el viejo Nick», y sonreían, porque era parte de la vida colectiva.

Todos, exceptuando a sus hijos Mario y Virgil. Mi hermano Virgil era director del departamento crediticio del First National Bank y estaba convencido de que las bufonadas de papá habían echado a perder su carrera en el mundo de la banca. Mario lo acusaba de haberle impedido estudiar en la universidad y de no haberle dejado tampoco ser albañil y constructor. En cuanto a mi hermana Stella, nunca dejaba de hacerle reproches: que bebiera, que jugara a las cartas, que fuera con mujeres fáciles, que maltratara a nuestra madre. Stella tenía una habilidad siniestra para intimidarlo. Lo fulminaba con sus ojos negros y el viejo se encogía como un perro. Lo quería mucho, pero al mismo tiempo lo despreciaba y estaba decidida a recordarle todo lo que mamá no conseguía olvidar por más que se lo propusiera.

Pero volvamos al telefonazo de mi hermano.

Tras golpear a Mario, mi padre volvió a la escalera de la comisaría y desde allí dirigió un violento discurso a la multitud. Acusó de traición a su hijo por haberlo denunciado, llamó criminales a los policías por maltratar a un ciudadano que respetaba la ley y calificó a mamá de vieja chocha y demente por acosar a un hombre honrado que solo deseaba vivir en paz.

Mario se ahogaba en su propia cólera al describirme los alaridos de mamá, que negaba las acusaciones mientras corría con desesperación hacia los mirones, les tiraba de las mangas y les explicaba lo del carmín en los calzoncillos de su marido.

—¿Verdad que un hombre casado no debe comportarse así? —les imploraba—. ¿Quién le lava la ropa, le limpia la casa, le hace la comida? ¿Es ese el agradecimiento que recibo, pintalabios de la boca de alguna puta?

La multitud se alejó horrorizada. Incluso papá huyó de aquella vulgaridad, bajó como una flecha por Oak Street, cruzó las vías del tren y entró en el Café Roma, un refugio para italianos de la tercera edad.

Cubierto de sangre y vergüenza, Mario ayudó a mamá a subir a la camioneta. Como por una maldición del destino, la batería estaba descargada y el vehículo se negó a arrancar. Madre e hijo cruzaron penosamente el pueblo, como refugiados de guerra, hasta la casa de secoya de Pleasant Street. Mario fue a la estación de servicio Shell, pidió prestada una batería y volvió a la camioneta. En el parabrisas había una multa de aparcamiento. Volvió a Pleasant Street.

Nada más llegar a casa, mamá se puso a hacer la maleta, con intención de tomar el autobús de Denver, donde pensaba instalarse en casa de su hermana Carmelina. Sabía que la recibiría con los brazos abiertos, porque nuestra anciana tía Carmelina detestaba a nuestro padre y había convertido en pasatiempo vitalicio sabotear su matrimonio.

Mientras hacía la maleta entraron como una tromba mis hermanos Virgil y Stella, que se habían enterado por fuentes diversas de la desagradable escena que había tenido lugar delante de la comisaría. Mi madre, que nunca escatimaba las improvisaciones dramáticas delante de sus hijos, cayó redonda en el suelo de la cocina, posponiendo así el precipitado y mal concebido viaje a Denver a través de las montañas, un viaje que le habría resultado muy fatigoso, ya que sufría dolores de espalda e incontinencia crónica.

Un ajo machacado bajo las fosas nasales la devolvió a la vida y, con el coraje de una Santa Bernadette, empezó a moverse, a llevar vino y tartas genovesas a la mesa, alrededor de la cual se celebró una conferencia sobre sus problemas con papá.

Recuerdo perfectamente que celebrábamos estos simposios con mucha frecuencia y que nunca llegábamos a nada útil. Sacábamos a relucir las viejas ofensas, todos hablábamos a voz en cuello y tras el desahogo emocional nos quedábamos resentidos y mustios. Al igual que el misterio de la Inmaculada Concepción, el problema de mi padre era insoluble, se oponía a la lógica y carecía de sentido por completo.

Mi hermano Virgil era víctima de una indignación especial. Su jefe, J. K.

Eicheldorn, presidente del banco, había presenciado el espectáculo que había tenido lugar delante de la comisaría, y aquel distinguido ciudadano de primera de San Elmo estaba disgustado. Tras llamar a Virgil a su despacho, J. K. le dijo sin rodeos que las payasadas de Molise y señora eran una afrenta para la reputación del banco y que, si proseguían, el puesto de Virgil peligraba.

Virgil golpeaba la mesa y derramaba lágrimas mientras acusaba a papá y mamá de estar como cencerros, de ser socialmente irresponsables y de comportarse como viejos chochos a los que habría que encerrar.

Mi madre, al oír aquello, redobló sus quejas, crispó las manos y rogó a Nuestro Señor que bajara y se la llevase. Mario saltó en su defensa, insultó a Virgil, lo acusó de ser un finolis y un cobarde que renegaba de sus propios padres por razones de conveniencia social.

Virgil, que tenía una lengua de víbora, puso a Mario en su sitio inmediatamente, recordándole que era «la variedad más baja de ser humano que ha conocido el hombre: un guardafrenos». Aquello fue demasiado. Mario le cruzó la boca y Virgil respondió con un puñetazo en la nariz. Se agarraron y forcejearon por toda la cocina, tirando sillas, derribando botes y cacerolas de la despensa, mientras mamá chillaba y Stella corría a su casa, al otro lado del callejón, para pedir ayuda a su marido, el albañil John DiMasio. Cuando volvió con John, ya había terminado la pelea. Virgil había desaparecido y Mario estaba doblado ante el fregadero, curándose la nariz por segunda vez en aquel accidentado día.

Volvió la calma, aunque mamá no tardó en avivar el fuego.

—¿Qué voy a hacer con ese viejo chivo asqueroso?

Fue una forma desagradable de promover un tema que nadie quería tratar ya y DiMasio se sintió tan asqueado que se fue. Desde el callejón llamó a su mujer para que volviera a casa.

Stella no le hizo caso.

—Mamá, no tienes ninguna prueba real de que papá te haya sido infiel. Solo pruebas circunstanciales.

Mamá, consternada, levantó las manos.

—¿Pruebas circunstanciales? ¡Ay, Virgen Santa, protégeme de mis hijos!

Fue al dormitorio con paso vacilante y volvió con los calzoncillos delatores, apartó platos y vasos, y extendió la prenda sobre el mantel de cuadros como un centro de mesa impúdico. La mancha roja se veía perfectamente en la horcajadura.

—Te puedo asegurar que era lápiz de labios —dijo Mario al teléfono—. El beso de una fulana.

Mi hermana Stella, casada con un veleidoso y educado albañil, dijo que la mancha era de un colutorio rojo que había visto en el cuarto de baño.

—Solo es eso..., una simple mancha de colutorio.

Fue como si a mamá le hubieran dado un mazazo. Cayó de bruces sobre la mesa, golpeándose la frente.

—Estoy muy cansada —dijo con voz quejumbrosa—. Dios del cielo, líbrame de esta cruz. Ya no puedo soportarlo. He hecho lo que he podido durante cincuenta y un años y se me ha agotado la paciencia. Quiero irme. Quiero paz a mis años. Quiero el divorcio. —Se puso en pie de súbito, electrizada por sus propias palabras—. ¡El divorcio! ¡El divorcio! —Cruzó la casa corriendo, salió por la puerta, bajó los escalones del porche y se quedó en medio de la calle, gritando a pleno pulmón y tirándose del pelo—. ¡El divorcio, el divorcio! ¡Voy a divorciarme!

A ambos lados de la calle se abrieron puertas y asomaron las amas de casa, las jóvenes y las maduras, mirándola en silencio y con comprensión, porque los problemas de la casa Molise eran también suyos desde hacía muchos años.

La señora Romano, que vivía al lado, sacudió el dedo en señal de aprobación.

—Harás bien, Maria. ¡Líbrate del viejo cabrón!

Mario y Virgil salieron corriendo, sujetaron a mamá y tiraron de ella hacia los escalones del porche y la obligaron a entrar en la casa.

Centro de la atención e inspirada, mamá descolgó el teléfono y llamó a Harry Anderson, el abogado de la familia.

—Prepara los papeles, Harry. Esta vez va en serio. Voy a divorciarme de ese animal.

Anderson, como siempre, quiso disuadirla; Stella le arrebató el auricular a mamá, pero mamá lo recuperó.

—Firmaré lo que sea, Harry. Ten los papeles preparados. Quiero la casa. No quiero que vuelva a entrar aquí. Que duerma en el cobertizo de las herramientas. Dile que venga a llevarse la ropa. Voy a tirar todas sus cosas al callejón y eso incluye sus asquerosos calzoncillos. La hormigonera que hay en el patio de atrás la quiero fuera de allí mañana, o la daré a la beneficencia.

Anderson quedó en recibirla en su despacho al día siguiente.

—Así están las cosas —dijo Mario para terminar, con voz trémula y desolada—. No puedo creerlo, Henry. Es el fin de nuestra familia. Se morirán si están un mes separados.

—No va a pasar nada —dije.

—Tienes que salvarlos, Henry. Eres el único que puede.

Entendía por qué tenían miedo de aquel ridículo divorcio, del caos que produciría en su tranquila existencia pueblerina. Ya no eran jóvenes, sus esperanzas para el futuro se habían agotado y ya tenían martirio suficiente con enjambres de niños encerrados en casas unifamiliares de tres dormitorios, un pequeño patio trasero, un limonero en la esquina, tomateras en la valla trasera e hijas ya adolescentes que suspiraban por tener una habitación individual. Si nuestros padres se divorciaban, ¿adónde irían? ¿Quién tenía habitaciones libres para alojarlos?

Es verdad que mamá había planeado vaga y confusamente vivir en Denver en el piso de su hermana, pero un arreglo así no podía durar ni cuarenta y ocho horas, porque la idiota de Carmelina (que siempre llevaba el mismo vestido negro y el

mismo chal negro) era una artrítica de malas pulgas que tenía que ir en silla de ruedas y necesitaba atención continua, y era una déspota peor que Nick Molise. Un par de noches en el mal ventilado domicilio de Carmelina y mamá volvería corriendo a San Elmo para vivir sola en la destartalada casa de Pleasant Street, indiferente a las llaves del gas de la cocina y propensa a quedarse dormida con la estufa a tope. Mi viejo era un desastre como marido, pero por lo menos tenía seso suficiente para bajar la estufa y abrir una ventana para no morir por la noche.

¿Y él? ¿Adónde iría después del divorcio?

—Eres el mayor —dijo Mario—. Es problema tuyo.

—No va a pasar nada —dije con cansancio—. Un hombre y una mujer que llevan juntos cincuenta y un años son inseparables, como hermanos siameses. Si se separan morirán, y ellos lo saben.

—Ya te he dicho que mamá va a hablar mañana con el abogado.

—No va a pasar nada. Hablará con él, pero para hacer teatro. No hay que preocuparse.

—Una cosa, Henry. Tú tienes una casa preciosa en Redondo Beach, con muchas habitaciones; tus hijos ya son mayores y no viven con vosotros, estáis bien instalados, tenéis espacio, y nos preguntábamos, Stella y yo, si podrías ayudarnos hasta que pase la crisis; no sé, podrías quedarte con el viejo unos días.

—Me quedaré con los dos.

—Eso no. Están tramitando un divorcio. Se pelearían todo el tiempo. No te gustaría.

—Me quedaré con ellos de todos modos, casados o divorciados.

—Consúltalo antes con Harriet.

—No tengo que consultar nada. En mi casa mando yo.

—Solo el viejo. Prométemelo.

—Mario, esto es una conferencia a cobro revertido. Llevamos hablando una hora y la voy a pagar yo.

Sus silbidos de cólera inundaron la línea.

—¡Una crisis como esta y solo piensas en la factura del teléfono! ¿Tanto te importa el dinero? ¿No sientes ninguna compasión por la mujer que te trajo al mundo ni por el hombre que te crio con el sudor de su frente, te compró zapatos y ropa, te puso el pan en la boca y te pagó los estudios? ¿Crees que serías escritor actualmente si no fuera por esos dos seres maravillosos? Siempre fuiste el preferido. Pero ¿y yo, y Virgil, y Stella? ¿Crees que nos gustaba ver que siempre eras el favorito? ¿Crees que me hacía gracia ponerme las camisas y los calcetines que ya habías usado tú? También me ponía tus pantalones, pero como eras muy bajito, apenas me llegaban a las rodillas. ¿Crees que he olvidado que tú tuviste bicicleta, y yo no, ni Virgil? Yo y el pedorro de Virgil teníamos que dormir en la misma habitación. Pero tú no, ah, no, tú tenías tu propio cuarto en el porche trasero, con tus libros, tu máquina de escribir y la lámpara especial. ¡No lo he olvidado, Henry! ¡Yo nunca olvido nada! Sé cómo vives,

farsante. Tirado en la playa todo el día, haciéndote el importante solo porque eres escritor, escribiendo mentiras sobre tu familia, mientras yo me mato trabajando en las cocheras, ocho, diez horas al día..., ¿y para qué? Para nada, salvo para tener problemas y deudas, mientras que tú estás libre de preocupaciones y lejos, escuchando las olas, y cuando te llamo para contarte que tus padres se van a divorciar, lo único que se te ocurre es protestar por la factura del teléfono. O sea que vete a la mierda, macho.

Y colgó con furia.

Encontré a Harriet tapada con una manta en el pequeño porche que daba a la playa. Hacia la orilla avanzaban montañas de niebla como una manada de osos polares trashumantes. La noche era fría y sin luna; ni siquiera las estrellas figuraban en ella. Me metí bajo la manta y le conté la conversación con mi hermano.

—Hurra por tu madre —dijo Harriet—. Tendría que haberse divorciado del viejo hijo de puta hace cincuenta años.

—Es católica practicante. No habrá divorcio.

—Espero que sí. Piénsalo, libre por fin del viejo sátiro.

—Harriet, tiene setenta y cuatro años.

—Sabrá apañárselas. Están Stella y tus hermanos, y desde luego también la ayudarás tú. Es tu obligación.

—¿Qué será de Nick?

—¿Crees que notará la diferencia? Siempre ha vivido como si estuviera soltero.

Medité alguna forma inocente de decirlo, pero como no di con ninguna, le dije con toda sencillez:

—Estoy pensando en traerlo para que pase aquí una temporada.

Noté que se ponía rígida. Volvió la cabeza y me miró con cara de pasmo, mientras iba empalideciendo. Mirar los pozos de sus ojos era como contemplar un paisaje ártico, helado, silencioso; incluso dejó de respirar.

—Hace frío —dijo—. Voy a prepararme algo fuerte.

Debió de preparárselo a conciencia, porque cuando me senté ante la máquina de escribir una hora más tarde, apareció en la puerta como un fantasma, con un salto de cama blanco y una sonrisa titubeante, un cigarrillo en una mano y un vaso en la otra.

—He cambiado de opinión —dijo, mirándome fijamente—. No tiene sentido que tus padres se divorcien.

—Claro que no.

—Lo mejor será que vayas a San Elmo. Habla con ellos.

—¿Has intentado hablar con mi padre alguna vez?

—Pues con tu madre. Al fin y al cabo, la idea es suya.

—¿Has cambiado de opinión porque no quieres que venga mi padre?

—Naturalmente. Y será mejor que vayas antes de que cometan una tontería. Los dos están chiflados y tú lo sabes.

Tenía razón. Eramos un clan impulsivo e imprevisible, dados a las decisiones

precipitadas y a terribles remordimientos. Aun en el caso de que mi madre se olvidara del divorcio, mi padre podía vengarse yéndose de casa y presentándose sin avisar en Redondo Beach. Harriet, muy seria, se acercó al teléfono y tiró del cordón empotrado mientras ponía el aparato encima de mi escritorio.

—Llama a tu hermano. Dile que vas para allá.

Marqué el número. Mario respondió al instante, como si tuviera ya la mano en el auricular, como si esperase la llamada.

—¿Qué coño quieres ahora? —dijo gruñendo.

Le expliqué que tomaría un avión por la mañana.

—¿Qué clase de estrategia es esta?

—No es ninguna estrategia. Creo que debería estar ahí, eso es todo. Tomaré el avión de las once. Recógeme en Sacramento a mediodía.

—¿Cómo es que has cambiado de opinión, Henry?

—Tengo mis motivos.

—¿Harriet? —Se echó a reír—. Lo suponía.

—A las doce. En el aeropuerto de Sacramento.

—Allí estaré.

Colgué y me volví para mirar a Harriett. Se acercó sonriendo. Me abrazó por detrás, por la cintura.

—Gracias —dijo, deslizándose las manos por el ombligo y dentro de los pantalones.

Me acarició, me hundió la punta de la lengua en el oído, apretó y con diez hábiles y expresivos dedos interpretó una fuga en mi flauta, y cuando murmuró «Vamos a follar», corrí tras ella hacia el dormitorio, bregando por quitarme los pantalones, temiendo que la música cesara de pronto, como venía sucediendo en los últimos meses.

Nos enroscamos como serpientes y Harriet se puso a jadear.

—¿Quieres hacerme un favor? —susurró.

—Sí, cariño, lo que quieras. ¡Lo que quieras! —dije, pensando que quería que se lo comiese.

—Cuando estés en San Elmo, prométeme que irás a visitar a mi madre. Ha cambiado. Ahora le caes bien.

Ahora sí. La flauta se arrugó, la música cesó y yo monté en cólera.

—No —dije apartándome, y me levanté de la cama.

—¿Qué te pasa?

Me daba vergüenza decirle que todavía me reconcomía el antiguo rencor. Un hombre maduro, de instintos en teoría humanitarios y totalmente desnudo no podía decirle a su mujer: «Detesto a tu madre». Vestido es posible que sí; pero, en vez de vestirme, fui al pasillo, abrí el armario de la ropa de cama, cogí una manta y pasé la noche en el sofá.

Por la mañana nos cruzamos en el pasillo.

—Buenos días —dije.

—No sé qué tendrán de buenos.

Entré en el cuarto de baño para afeitarme. La cara que vi en el espejo era la de un loco de atar. El paso del tiempo ya no traía paz, sino fealdad, ojos surcados de venas, bolsas en los carrillos. Eché un vistazo a la cama deshecha en la que habíamos vivido la imperfecta sesión de amor, las almohadas aplastadas, las sábanas arrugadas. Tenía el mismo aspecto que la cama de mis padres cuando yo tenía siete años, y recordaba que había odiado a mi padre, por el olor rancio de sus puros y por los pantalones de faena tirados grotescamente en el suelo, y que había deseado matarlo.

Fuimos al aeropuerto en silencio, veinte minutos de hediondo óxido nitroso por la autopista de la costa, yo al volante y Harriet en el rincón opuesto, enfurruñada, enfadada, fumando un cigarrillo tras otro. Siempre me hacía gracia su forma de fumar porque no se tragaba el humo, se limitaba a acumularlo en la boca y a expulsarlo por las fosas nasales, pero aprisa, con el cigarrillo casi llameando.

—¿Puedo decirte algo sobre tu padre? —preguntó con tranquila indiferencia.

—Qué.

—Algo que no te había dicho hasta ahora.

—¿Y qué es?

—Prométeme que no lo contarás.

—Joder, Harriet...

—Una vez me metió mano.

No me inmutó la revelación; fue como si me dijeran que mi padre empinaba el codo. Seguí mirando al frente, esperando que concretara la fecha y la ocasión.

—¿No me has oído? —preguntó—. He dicho que tu padre, Nick Molise, me metió mano.

—Ya he te oído.

—Hijoputa de mierda. ¿Es lo único que tienes que decir?

—¿Cuándo fue?

—El día de nuestra boda. En el porche trasero de la casa de tu madre.

Yo no salía de mi asombro. Harriet tenía la cara contraída por la furia. Por lo visto llevaba años dándole vueltas al asunto.

—¿Quieres decir que fue hace veintiséis años?

—¿Qué importa cuándo fuera? Ocurrió y basta. Yo era tu mujer, la mujer de su hijo, llevaba puesto el vestido de novia, era un día sagrado en mi vida, y el asqueroso hijo de puta va y me mete mano. ¿Es que no te afecta en absoluto?

—Perdona, Harriet. Pero me parece que no es para tanto. ¿Por qué no me lo contaste entonces?

—¿Y estropear aquel magnífico día?

—A lo mejor no te metió mano. Puede que fuera un gesto afectuoso. Recuerdo que bebió mucho champán. ¿Estás segura de lo que dices? ¿Qué hizo exactamente?

—Me pellizcó el trasero. —Aquello era típico de Harriet: era capaz de decir «joder» e «hijoputa de mierda», pero cuando se trataba de «culo», siempre era «trasero» o «nalgas».

Me eché a reír.

—Eso no fue meterte mano. Fue un cumplido. Lo hacen todos los italianos. Yo te he pellizcado el culo miles de veces. Es gracioso.

—No quiero que esté en mi casa —masculló con la respiración agitada—. Es un viejo verde asqueroso, con ojos negros de macarroni, que me pone la carne de gallina. No pienso tenerlo bajo mi techo. Es mi última palabra.

El tráfico abarrotaba la carretera cuando entramos en el complejo del aeropuerto. Harriet exhaló otra bocanada de humo, enfadada, peligrosa, con los ojos entornados como los de un gato.

—Hazme un favor cuando estés allí.

—Con mucho gusto.

—Ve a ver a mi madre.

—Ni hablar.

Aparqué pegado a la acera, delante de Western Airlines, y bajé del vehículo. Harriet se puso al volante. Le di un beso en la mejilla, que me supo a piedra fría.

—Ve a ver a mi madre, por favor.

—No.

Pisó el acelerador y casi me decapitó cuando se alejó para incorporarse al tráfico.

Fue un viaje cómodo, sereno, lleno de reflexiones, por el Valle de San Joaquín, paralelo al curso del río, sobrevolando campos verdes y poblaciones conocidas, Bakersfield, Fresno, Turlock, Stockton, una ocasión para paladear una cerveza y regresar flotando al pasado, para adaptarse a las emociones que suscita volver a la casa familiar. Pensaba principalmente en mi padre, más que nada porque ya era un anciano; sus días se estaban agotando, y cuanta menos vida le quedaba, más rebelde se volvía, mientras que mi madre, a pesar de que tenía mal la vista, los dedos artríticos y dolores de espalda, parecía que aún iba a durar muchos años.

Mi padre habría sido más feliz si no hubiera tenido descendencia. Si no hubiera sido por sus cuatro hijos, se habría divorciado hacía mucho y se habría ido a otra parte. Le gustaba mucho Stockton, que estaba lleno de italianos, y Marysville, donde se podía jugar a la lotería china las veinticuatro horas del día. Sus hijos habían sido los clavos que lo habían crucificado a mi madre. Si no hubiera tenido hijos, se habría sentido libre como un pájaro.

No sentía ninguna simpatía especial por nosotros, y desde luego no nos quería. Eramos niños normales, mediocres y del montón, y él esperaba más. Eramos una obligación con la que había que cumplir, no productos selectos, espárragos, higos, dátiles, sino un plato más humilde, patatas, maíz y judías, y el trabajo le ató las manos, y maldijo y dio patadas al suelo hasta que maduró la cosecha.

Era un montañés cazurro, de manos gordas, un metro sesenta y siete, ancho como una puerta, natural de los Abruzos, una región de Italia donde la pobreza era tan vistosa como los glaciares de los alrededores y donde los niños que llegaban a los cinco años vivían hasta los ochenta y cinco. Como es lógico, pocos llegaban a los cinco años. De trece hermanos solo sobrevivieron él y mi tía Pepina, que era ya octogenaria y habitaba en Denver. Aquel estilo de vida endureció a mi padre. Pan y cebollas, decía fanfarroneando, pan y cebollas; un hombre no necesita más. Por ese motivo he aborrecido el pan y las cebollas toda mi vida. Pero él era mucho más que el cabeza de familia. Era juez, jurado y verdugo; Yavé en persona.

Nadie le llevaba la contraria sin que hubiera pelea. Le fastidiaba casi todo, en particular su mujer, sus hijos, sus vecinos, su iglesia, su párroco, su pueblo, su estado, su país de adopción y su país de origen. También el mundo le importaba un pimiento, y el sol y las estrellas, y el universo, y el cielo y el infierno. Pero le gustaban las mujeres.

También le gustaba su trabajo y simpatizaba con media docena de paisanos de Italia que, como él, se habían forjado en el crisol de los dictadores. Era un artesano impecable cuya imaginación e inteligencia parecían concentradas en unas manos asombrosamente fuertes, y aunque le gustaba llamarse contratista de obras, para mí

acabó siendo como un escultor, ya que era capaz de transformar la piedra en hombre o animal. Era un albañil soberbio, rápido, limpio, y trabajaba muy bien con la madera, el yeso y el hormigón.

Se despreciaba profundamente, aunque era hombre orgulloso e incluso presumido. Nick Molise estaba convencido de que cada ladrillo que ponía, cada piedra que tallaba, cada acera, pared o chimenea que construía, cada lápida que labraba, pasaba a la posteridad. Sentía verdadera ansia por el trabajo y tenía cierta inquina al sol, que, en su opinión, cruzaba el cielo demasiado aprisa. Cuando acababa una faena se quedaba triste y abatido. Su amor por la piedra le proporcionaba más placer que su pasión por el juego, el vino y las mujeres. Por lo general trabajaba hasta después de terminar la jornada, incluso de noche, y tenía mala fama entre los peones y ayudantes de oficial, porque les hacía trabajar demasiado. Siempre estuvo a malas con el sindicato de la construcción.

San Elmo era su Louvre, la exposición donde el mundo podía ver sus obras. Le enfurecía que el pueblo no reconociese sus méritos. Su vida entera se habría transformado si el ayuntamiento le hubiera concedido una medalla o un diploma. Qué coño, la Cámara de Comercio otorgaba distinciones a los vecinos todos los años; a Cramer, el concesionario de la Ford, le dieron un diploma de Hombre del Año, y le dieron otro igual a G. K. Laurel, el farmacéutico; ¿por qué no se habían fijado nunca en lo que Nick Molise había hecho por aquel pueblo apestoso?

Ganapán impenitente, mi padre tenía un problema y es que nunca llevó pan a su casa. Las partidas de póquer del Elks Club se tragaron miles de dólares con los años. Recuerdo haberlo visto apartar setecientos ochenta dólares para la construcción de una casa de piedra, montones de billetes de diez y veinte dólares en la mesa de la cocina y él humedeciendo con la lengua la punta del lápiz y anotando las cantidades en un papel. Cuando mi madre le pedía dinero para comprar comida, mi padre le alargaba un billete de cinco y contraía la cara de dolor mientras mi madre se lo guardaba en el delantal. Su crédito entre los tenderos estaba bajo mínimos, ya que nunca pagaba las facturas a menos que lo pusieran contra la pared. No creía en la banca. Le gustaba la sensualidad de tener en el bolsillo un buen fajo de billetes verdes. Enseñaba el dinero, un buen puñado, y los depredadores de los bares se relamían mientras esperaban a que se sentase a las mesas de juego. En el Elks Club, en el Onyx, en el Café Roma, en Kelly's, en todos los tugurios que flanqueaban el ferrocarril que pasaba por Atlantic Street. Nick iba de uno a otro, esforzándose por cambiar su suerte: jugaba al póquer en el Elks, al *blackjack* en Kelly's, al *pinacle* en el Café Roma y por último a corazones, a centavo la partida, en el vestíbulo del Hotel Elmo, donde perdía hasta la camisa o casi. Tenaz, incansable, esperanzado, se quedaba hasta que le vaciaban los bolsillos. Entonces volvía a casa dando tumbos, cansado y saturado de vino, se dejaba caer en la cama y mi madre lo desnudaba, le registraba los bolsillos y encontraba clavos, cerillas, el cabo de un lápiz, pero ni una triste moneda.

A la mañana siguiente ya estaba en el tajo una hora antes que los demás, con la camiseta empapada en sudor mientras cribaba arena, o mezclaba la argamasa, o subía un capazo de ladrillos al andamio, peligroso como un perro con moquillo, atribulado por la angustia de su desgraciada situación. ¿Por qué aquella pasión por el juego? Virgil creía que era consecuencia de la pobreza que había pasado en la infancia. Pero era una explicación demasiado fácil. Yo pensaba que era una manifestación de su enfado con el mundo, de su deseo de vencer al Sistema, de su sentido emigrante de ser un marginado.

Pero nunca tuvo una oportunidad, porque era un jugador pésimo, desesperado, inadmisiblemente; iba con una pareja de doses como si fuera una buena jugada, no pasaba nunca, y subía la apuesta una y otra vez hasta que se quedaba sin fichas en la mesa. Como es lógico, a veces tenía suerte, por ejemplo cuando ganaba todo lo que había en la mesa y se terminaba la partida. Alegre y jubiloso, invitaba a beber a todos los presentes y se iba corriendo en busca de otra timba, ya que era incapaz de dejarlo. Tenía que proseguir hasta la destrucción definitiva, como un hombre resuelto a sacrificarse en aras de una pasión mortal. Mi madre, que sabía cuándo llevaba mucho dinero encima por haber terminado tal o cual trabajo, nos envió más de una noche a buscarlo por los bares. Nunca dábamos con él, porque Nick había dicho a los encargados que cuando estuviera jugando a las cartas no dejaran entrar a sus hijos en el reservado.

A veces, por la noche, después de cenar, abordaba a uno de nosotros mientras estábamos sentados en el porche delantero, salía contoneándose por la puerta, se detenía a encender una tagarnina negra y larga y decía:

—Niño, levántate. Nos vamos.

—¿Adónde?

—Tú sígueme.

Echaba a andar con rapidez por la calle mientras yo correteaba para no quedarme atrás. Era la Gran Gira por las obras completas de Nick Molise. Todos la hicimos menos mamá y mi hermana. Al parecer no la consideraba apta para mujeres.

En aquella época, San Elmo era un pueblo de doce mil habitantes, partido en dos por las vías del tren: el sector empresarial y los aristócratas a un lado, los talleres ferroviarios, las cocheras y los campesinos al otro. La primera parada del trayecto paterno estaba en la otra punta del pueblo, en el barrio de los ricos, donde se alzaba la biblioteca municipal, un edificio blanco de ladrillo, puro estilo Nueva Inglaterra, con cuatro columnas de piedra encima de una catarata de peldaños de arenisca roja.

Se detenía en la acera de enfrente, con las manos en las caderas, y observaba el edificio con la cara ablandada por la devoción.

—Ahí está, niño. ¿Verdad que es bonito? ¿Sabes quién lo construyó?

—Tú, papá.

—No está mal. No está nada mal.

—Es una belleza, papá.

—Durará mil años.

—Por lo menos.

—Fíjate en la piedra, en los escalones. Descienden como si fueran de agua.

—Es magnífico.

—Es la hostia.

Me ponía la mano en el hombro.

—Vamos, niño. Quiero enseñarte otro.

Dos manzanas más allá, en Maywood, estaba la iglesia metodista, toda de piedra, el chapitel, el campanario abierto y los muros sepultados bajo la enredadera. Cinco minutos de contemplación silenciosa, ritual y admirativa, con los ojos clavados en el chapitel, y el aire mágico de la satisfacción de mi padre, que acariciaba con la mirada aquel fruto de sus manos, con la cara radiante.

—Lo hice yo —puntualizaba—. Sí, señor. Lo hice yo.

—Claro que lo hiciste tú.

En marcha y a corretear otra vez, pisándole los talones. El ayuntamiento. El Banco de California. La Hidroeléctrica Municipal, de estilo colonial español, con columnatas de adobe y techumbre de tejas rojas. El Tanatorio Haley. El cine Criterion. El cuartelillo de bomberos, todo de ladrillo rojo, impecable, con algunos tramos de hormigón perfecto. El Instituto San Elmo de Enseñanza Media, con pausas respetuosas en los puntos de interés turístico, los sinuosos senderos de hormigón, las fuentes de agua potable...

—Detente, niño. —Me inmovilizaba con la mano—. A tus pies. ¿Qué parece?

—Una acera.

—¿Una acera de quién?

—Tuya.

—Te equivocas. Es del pueblo. Tu padre la construyó para que nadie se mojara los pies.

El Instituto San Elmo. Ladrillo rojo. Grandes escaleras de piedra, y papá, con las manos en la espalda, parpadeando a causa del humo del cigarro, observaba lo que nosotros acabamos llamando «la maravilla invisible».

—¿No te has percatado?

Yo negaba con la cabeza. Solo era una cochina escuela.

—Mira con atención —añadía—. No lo ves, nunca lo verás, pero voy a enseñártelo.

Mi mirada resbalaba hasta la inscripción que cruzaba el friso de la puerta principal. INSTITUTO SAN ELMO DE ENSEÑANZA MEDIA. 1936.

—¡Eso no! —exclamaba escandalizado—. ¡Mira el edificio! ¿Qué tiene de especial?

—Que lo construiste tú.

—¿Qué más? ¿Qué tiene que no puedes ver?

—¿Cómo voy a saberlo si no lo veo?

—Lo verás... si usas la cabeza.

Yo me acercaba al muro exterior, tocaba aquí y allá, lo inspeccionaba hacia arriba, hacia abajo, de costado, harto ya de aquel alarde de vanidad y de representar aquella farsa.

—No veo nada.

—Lo que ves es un edificio que ha resistido cuatro terremotos. Ahora mira de cerca y dime qué es lo que no ves.

—A los muertos.

Negó con la cabeza, asqueado.

—Eres tonto del culo. ¡Me refiero a grietas! Grietas de terremoto. Busca una grieta en estas paredes. Anda.

—No encuentro ninguna, porque no las hay.

—Pues eso. ¿Qué hay en este edificio que salta a la vista porque no se ve?

—Grietas.

—¿Por qué?

—Porque lo construiste tú.

Metía la mano en el bolsillo.

—Toma un cuarto de dólar. No te lo gastes todo en un solo lugar.

Yo cogía la moneda y echaba a correr, libre por fin.

En otras ocasiones nos llevaba de gira por el Cementerio Valhalla, que estaba al otro lado de los límites del municipio. Podía suceder inesperadamente un domingo por la tarde, y era un torturante juicio de Dios cuando uno tenía trece años, había quedado a las dos para enfrentarse a los Tigres de Nevada City y ya era la una y media; y le daba igual vernos andar detrás de él con el equipo puesto, con el guante y las botas, sabiendo que el campo de béisbol estaba a diez manzanas de allí.

El Cementerio Valhalla estaba lleno de ángeles marmóreos de mi padre, con las alas extendidas, los brazos y los largos dedos estirados, la cara falcónida y lúgubre, con un aire amenazador, como buitres protegiendo la carroña. Estuvieran donde estuviesen encaramados, tenían aspecto de haber profanado ya las tumbas.

En el sendero flanqueado de cipreses se alzaba el macizo busto del alcalde Hal Shiner, severo, de quijada férrea, un rostro cruel y amenazador de político corrupto que miraba al visitante desde arriba, desde el pedestal que presidía la fosa, con las órbitas vacías y unas cuantas cagadas de pájaro en el pelo esculpido en piedra. Mi padre se quitaba el sombrero y lo contemplaba arrobado, como quien se extasía ante el *David* de Miguel Angel, mientras yo golpeaba el guante de béisbol con impaciencia.

—Lleva muerto nueve años —murmuraba mi padre—. Ya ha desaparecido por completo, del todo. —Miraba a los ojos del alcalde—. Hola, alcalde, viejo hijo de puta. ¿Cómo te tratan ahí abajo?

Yo apartaba los ojos, miraba la llanura de lápidas y gemía. Me parecía que aún nos faltaban por recorrer muchas hectáreas. El mundo entero se había convertido en

un cementerio. ¡Vaya forma de calentar antes de un partido! Él sabía por qué me quejaba y refunfuñaba, por qué daba coces a la grava con las botas de clavos, pero le daba igual y avanzaba solemnemente por el sendero hasta la tumba de la anciana Loretta Stevens, la bibliotecaria, simbolizada por un libro abierto, con sus datos vitales cincelados en la página de piedra.

Mi padre nunca había querido tener hijos. Había querido tener peones de albañil y ayudantes de cantero. Tuvo un escritor, un cajero de banco, una hija casada y un guardafrenos. En cierto modo se esforzó por moldear a sus hijos, para que fueran constructores, tal como moldeaba la piedra: a martillazos. Fracasó, como es sabido, porque cuanto más nos golpeaba, más nos hacía detestar el oficio. Cuando éramos pequeños, Nick Molise tenía una obsesión sublime y en su interior titilaba un indicio de su grandioso porvenir: MOLISE E HIJOS, CONSTRUCTORES.

Los hijos varones teníamos sus ojos castaños, sus manos gordas, su estatura de boca de incendios, y él daba por sentado que también habíamos heredado de manera natural su devoción por la piedra, su pasión por desriñonarse trabajando. Soñaba con un modesto principio en San Elmo, luego con una ampliación de las operaciones hasta Sacramento, Stockton y San Francisco.

El único hijo que se esforzó seriamente por materializar el sueño de mi padre fue Mario, que lo intentó heroicamente al terminar el bachillerato. Como era un aprendiz muy verde y no estaba sindicado, papá lo sometía a unas pruebas insuperables, le hacía trabajar de sol a sol seis días a la semana, y por un sueldo mísero que le daba cuando estaba de humor para ello. Pensaba que Mario trabajaría en serio gratis, solo por el privilegio de tener un maestro tan ilustre. Según él, el período de aprendizaje duraba cinco años, pero en el caso de Mario, que era idiota y aprendía despacio, debía prolongarse a siete.

—De acuerdo —decía siempre Mario—. ¡Pero enséñame algo! Para picar piedra me voy a Folsom.

—Esa es la idea —decía papá—. Primero te desbastamos hasta que no quede nada de ti. Luego te formamos, te construimos, hasta que puedas llevar la cabeza bien alta y proclamar ante el mundo que eres un oficial de primera, el hijo de Nicholas Molise.

—Pues qué bien.

A los tres meses de trabajar de aprendiz, Mario recibió una oferta para jugar al béisbol profesional con las Focas de San Francisco, en la Liga de la Costa del Pacífico. A los diecisiete años era ya un lanzador extraordinario, había ganado dos partidos con cero bases para el equipo del Instituto San Elmo y era la estrella zurda del equipo del pueblo. El béisbol era la única aptitud que hacía destacar a Mario de entre la masa, la pasión de su vida. Aunque ya había terminado el bachillerato, aún era menor de edad y, para ficharlo, la directiva del San Francisco necesitaba el consentimiento de sus padres.

Mamá firmó de buena gana, pero el viejo se negó. Mario, dijo, era demasiado

joven y, además, el béisbol era una forma absurda de ganarse la vida. Al cabo de cinco o seis años estabas acabado, eras un cero a la izquierda, un simple peón caminero. Era mucho mejor tener una profesión honorable, por ejemplo albañil, para construir con ladrillo y piedra, que ganar dinero con juegos de adolescentes que no tenían porvenir.

Qué período tan brutal, Dios mío: peleamos con él durante semanas, Stella, Virgil y yo, le rogamos que diera a Mario una oportunidad, le gritamos, y luego nos negamos a dirigirle la palabra. Pero era un macho cabrío de los Abruzos, más obstinado que nadie, y no cedió. Sabía qué le convenía a su hijo, y algún día Mario se lo agradecería. No hace falta decir que en el alma de Mario no había gratitud, solo resentimiento y furia.

Volvió a las piedras y al cemento con los dientes apretados, con la esperanza de que llegara el día en que fuera mayor de edad y pudiera sortear el escollo legal que ponía su padre a su futuro beisbolístico. Pero aquel día no llegó. Aquel invierno, los Gigantes de Nueva York se trasladaron a la zona de la Bahía y las Focas de San Francisco desaparecieron. La gran oportunidad de Mario se esfumó con el revuelo que se produjo. Cuando se dio cuenta, era otra vez un don nadie. Es verdad que nuestro padre le había enseñado los rudimentos de la albañilería, pero aún era un aprendiz, todavía debía humillarse y arrastrarse ante la voluntad del viejo, y las semillas del parricidio germinaban en sus entrañas. En cuanto se enteró de que no había nada que hacer con las Focas, Mario bajó del andamio del edificio que estaba levantando mi padre y se fue. Papá quedó consternado y se mostró implacable. Estuvo años sin hablarle y cambiaba de acera cuando veía acercarse a Mario. En realidad era Mario quien cambiaba de acera cuando veía acercarse a nuestro padre.

—Me ha traicionado —decía papá—. Ha abandonado a su propio padre.

En verano, los domingos por la tarde, se iba al estadio para desconcentrar a Mario, que estaba a la sazón en el béisbol semiprofesional y fue lanzador del equipo local frente a Marysville, Yuba City, Grass Valley, Auburn y Lago Tahoe. Remojado en cerveza, a causa del calor vespertino, era un hincha solitario que animaba al equipo rival a vapulear a quien era sangre de su sangre.

—¡Derríbalo de un pelotazo! ¡Reviéntale los sesos! —gritaba a los bateadores que estaban enfrente de Mario.

Yo fui con el viejo a un partido crucial entre San Elmo y Yuba City. Al final de la novena vuelta, con empate en el marcador, Mario consiguió una carrera que significaba ganar el campeonato. Cuando llegó a la tercera base, entre los aplausos de sus paisanos, mi enfurecido padre saltó al césped y se lanzó contra el sonriente Mario. La policía lo sacó a rastras del campo y Mario se puso en pie y se adjudicó la carrera ganadora.

El avión aterrizó en Sacramento a la hora prevista y los pasajeros nos desabrochamos el cinturón de seguridad. Fui el primero que bajó y el primero que recibió la ráfaga de calor septembrino que barría la pista, deformando el paisaje como un televisor con la imagen mal ajustada. Había olvidado el calor del Valle de Sacramento. Ya estaba en casa otra vez.

Vi gente apelotonada en la puerta para recibir a quienes llegaban en el vuelo de Los Ángeles, pero no a mi hermano Mario. Entré en la refrigerada terminal y me senté a esperar. Al cabo de quince minutos salí al aparcamiento en busca de la camioneta de Mario. No había el menor rastro de mi hermano y el calor era sofocante. Volví a la sala de espera, entré en el bar, fresco y con mucha sombra, y pedí una cerveza. A la una y media empecé a dudar que Mario apareciese. Llamé a San Elmo, a su casa, y respondió Peggy, su mujer. Siempre hablaba con el jadeo propio de una madre que corre detrás de sus hijos.

—¿Quién ha dicho usted que es?

—Henry Molise. Tu cuñado.

—Válgame Dios. ¡Henry Molise! ¿Y qué te trae por aquí, Henry? ¿Sigues escribiendo esas novelas de mierda? La última me hizo vomitar. La quemé para que no corrompiera a mis hijos. Señor, vaya forma de ganarse la vida. —La novela trataba de un joven guardafrenos que deja a su mujer y a sus hijos para dedicarse al béisbol profesional. Era imposible que le gustara a Peggy.

—¿Está Mario en casa?

—Tal vez. ¿Por qué?

—Quiero hablar con él.

—Es tu hermano el listillo —dijo en voz alta—. ¿Quieres hablar con él?

Se oyó un rugido al fondo, como cuando transmiten un encuentro deportivo por televisión. Al cabo de un rato descendió el volumen de los rugidos y oí la voz de Mario.

—Hola, Henry. ¿Qué tal? ¿Estás viendo el partido?

—¿El partido? ¿Qué partido? Habíamos quedado en que vendrías a recogerme al aeropuerto.

—Olvídalo. No hace falta que vengas. Iba a llamarte. Todo se ha arreglado. Han hecho las paces. Todo aquello que hablamos del divorcio... es agua pasada.

—¿Serás gilipollas? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quise hacerlo, Henry. Pero me olvidé.

—Ven a recogerme.

—¿A recogerte? ¿Dónde estás?

—En el aeropuerto de Sacramento.

—O sea que has venido.

—¿Cómo coño podría estar en el aeropuerto de Sacramento si no hubiera venido? ¡He venido en avión, Mario! Estoy aquí, en un teléfono público, hablando contigo. ¡Ven a recogerme!

Gruñó.

—No puedo, Henry. Son los Gigantes contra los Dodgers. El bateador es Bobby Murcer y tiene dos hombres en bases. ¡Por el amor de Dios, Henry, busca un televisor! ¡Date prisa! ¡El partido acaba de empezar!

—¡Rata de alcantarilla!

—Lo siento, Henry. Puedes hacer otra cosa: a las cinco sale un autobús para San Elmo. Iré a recogerte a la estación.

Hice un esfuerzo para contenerme.

—No quiero volver a verte en la vida —dije—. Pero hazme un favor, ¿quieres? No les digas a papá y mamá que he venido. No quiero que estén en la estación de autobuses esperándome. No quiero escenas. ¿Entendido?

—Mieeerda —dijo—. Han eliminado a Murcer.

Colgué y volví al taburete del bar, frustrado y deprimido. Mario era un cenizo nato. No me extraña que papá estuviera siempre enfadado con él, que siempre lo despreciara.

Por los altavoces anunciaron el siguiente vuelo a Los Ángeles. De pronto presentí que habría graves problemas en San Elmo y decidí volver a mi casa. Pero mientras corría hacia la puerta de embarque cambié de idea. Si había llegado hasta allí, ¿por qué no recorría otros veinticinco kilómetros y completaba el viaje? Se lo debía a la familia, aunque solo fuera por unas horas.

Fui a Sacramento en el autobús del aeropuerto, entré en un cine, me entretuve en una librería, tomé una cerveza en un bar, jugué unas partidas en la máquina del millón, y por último abordé el autobús de San Elmo. En resumen, un día de lo más fructífero y gratificante, gracias a un hermano caprichoso que no solo había motivado el viaje, sino que además me había dejado tirado al final del trayecto.

Entrando por Main Street se apreciaba el cambio que se había operado en San Elmo desde que habían desviado la autopista 80 unos tres kilómetros al norte. San Elmo quedaba aislado ahora, habían segado su única vía de comunicación y el pueblo se moría. Exceptuando los coches estacionados delante de los supermercados, la calle principal estaba vacía. Los Billares El Colmo, donde había recibido los primeros barruntos de mi formación existencial, estaban cerrados. Lo mismo le pasaba al Cine Ventura, donde veía todas las películas de Elizabeth Taylor por lo menos cuatro veces.

El autobús salió de Main Street, giró a la derecha, luego a la izquierda y siguió por el callejón trasero hasta que se detuvo. Bajé en compañía de dos chicanos y entré detrás de ellos en la estación de autobuses (antes había sido una tienda de ropa), donde vi unos bancos de madera de cara al ventanal que daba a Main Street. La

taquilla estaba abierta, pero en la estación no había nadie de servicio. En todo el desolado local no había más que dos personas. Una era mi madre, sentada cerca del ventanal, y la otra mi padre, sentado en el banco más alejado de mi madre que había por allí.

Los dos me vieron al mismo tiempo. Mi madre habló primero.

—¡Mi pequeño Henry! —exclamó con los brazos abiertos.

Aunque caía la tarde y hacía un calor espantoso, mi madre llevaba un grueso abrigo negro con el cuello forrado de piel. Conocía el dichoso abrigo (nosotros lo llamábamos «el abrigo de Colorado»), una prenda ya usada que le había cedido la tía Carmelina hacía treinta años, un abrigo chillón, casi de puta, que le sentaba como un tiro a mi pequeña y canosa madre. Debajo llevaba un vestido de algodón de cuadros. La estreché entre mis brazos, besé su cara caliente y aspiré el olor de las especias italianas que siempre impregnaba su pelo.

—Gracias a Dios —murmuró, pegada a mí—. ¡Gracias a Dios! Mi único deseo era ver a mi querido hijo por última vez.

De pronto se dobló y se desmayó en mis brazos, con la cabeza colgando hacia atrás, la boca abierta, los ojos cerrados. No pesaba más de cincuenta kilos, pero era un peso muerto y difícil de sostener, y trastabillé con ella mientras pedía ayuda a mi padre.

—Suéltala —dijo con el ceño fruncido y un purito negro en la boca—. Deja que se caiga al suelo.

Pero se acercó corriendo, la cargó como un costal de trigo y la recostó en un banco.

—Tía hijaputa, ¿por qué no la liberará nadie de sus desgracias?

En su cuello palpitaron burbujas de ira y el humo del purito se le metió en los ojos.

Mamá yacía despatarrada, como si estuviera inconsciente, los ojos cerrados, la boca abierta y una mano tirando remilgadamente del vestido para cubrirse los muslos. Llevaba las medias sujetas con ligas de camisa. Las reconocí: eran desechos del guardarropa de papá.

—No es nada —dijo papá—. Es lo de siempre, es decir, nada.

—Agua —gimió mamá.

Miré a mi alrededor en busca de un grifo.

—Aquí no hay —dijo papá.

Salí corriendo a Main Street, entré en el Café Colfax y pedí a la camarera un vaso de agua. Cuando volví a la estación de autobuses vi a mi madre ya sentada, con la cabeza echada hacia atrás; mi padre, con cara de asco, se daba golpes en la sien. Acerqué el vaso de cartón a los labios de mamá, que bebió con delicadeza, como una gatita. Se repuso a una velocidad sorprendente. Sonrió y me inspeccionó con sus ojos castaños y vivos.

—No tienes buen aspecto, Henry. ¿No te trata bien?

—Mi mujer me trata bien, bastante bien. ¿Te sientes mejor?

—Es el corazón, Henry. No me durará mucho. Puedo morir en cualquier momento. Me ha dado una vida terrible. Me ha dado patadas. Me ha apretado el cuello. Ultimamente es como un animal salvaje. No sabes lo que he tenido que soportar. Está desconocido, Henry. Tengo miedo de acostarme por la noche.

Papá se desplomó en el banco y se quedó como abatido, moviendo la cabeza con cansancio mientras miraba el desnudo suelo de madera. Lo miré con compasión y nuestras miradas se cruzaron.

—No puedes imaginártelo, muchacho —dijo—. Nunca sabrás ni la mitad de lo ocurrido.

Mi madre gimió al oír aquello. Le cogí la mano reseca.

—Descansa un poco. Llamaré a un taxi.

Negó con la cabeza.

—El taxi cuesta cincuenta centavos.

—El taxi dejó de circular hace dos años —dijo papá.

—Llama a Stella —dije a mi padre—. Que venga con el coche.

—A esta mujer no le pasa nada. Que vaya andando.

Lo dijo con toda sinceridad, estoy convencido, pero fue una observación cruel, porque una anciana tenía derecho a ser maniática, y más tratándose de mi madre, que tenía poco más en la vida. Mamá hizo un esfuerzo por levantarse.

—Lo intentaré —dijo. La rodeé con el brazo—. No puedo —murmuró, volviendo a sentarse.

—Está mintiendo —dijo papá.

—¡Maldita sea! ¡Llama a Stella!

La vergüenza le hizo agachar la cabeza. Era brusco con los demás, pero no soportaba que le hablasen con malos modos. Tenía ya blanco el bigote y mechones grises en el pelo castaño, que recordaba a las hojas de otoño. Tenía las mejillas abolsadas de los bebedores crónicos de Chianti y en sus ojos castaños había sendas telarañas de capilares rojos. Tras un momento de silencio meditabundo se dirigió al teléfono público de la pared, con presteza pero cojeando un poco, como si le dolieran las plantas de los pies. Aún parecía fuerte, pero de sus movimientos había desaparecido la pátina de vitalidad. Había adelgazado y la culera del pantalón caqui le colgaba tristemente.

Introdujo una moneda en el teléfono y empezó a marcar, mientras con los dedos índice y corazón apuntaba a mi madre, un gesto campesino para desear mala suerte.

Al verlo, mi madre murmuró:

—¿Sabes una cosa, Henry?

Vi que sus ojos brillaban con astuta inocencia.

—Dime.

—Tu padre se está volviendo loco.

Le dije que no me daba esa impresión, que era el de siempre.

—Stella no contesta —dijo papá desde el teléfono.

Recogió la moneda y marcó otra vez. De pronto se puso a gritar, con cara de bulldog, a gruñir al aparato, agitando el puño para subrayar sus amenazas.

—¡Te mataré! —bramó—. ¡Te romperé todos los huesos! ¡Te lo advierto, no te metas!

Era la locura, el delirio total.

—¿Lo ves? —dijo mi madre con cara de satisfacción.

No podía estar hablando así a su propia hija. Me acerqué al teléfono y le quité el auricular.

—¿Stella?

No era Stella. Era Mario. Acababa de sostener con mi padre una de sus típicas discusiones académicas.

—Escucha, Henry —dijo con voz suplicante—. Ponle un bozal a ese perro rabioso. Lo único que he dicho es que no puedo salir ahora. Están en la segunda parte de la séptima vuelta, Henry, y los Gigantes tienen dos hombres en base. Dios del cielo, Matthews ya tiene dos acumuladas, Rader tres y Murcer vuelve a estar de bateador. ¡Por los clavos de Cristo, es ahora o nunca! No puedo ir, Henry. Lo siento..., lo siento...

—¿Todavía estás viendo esa mierda de partido? —pregunté gritando.

—¡Es increíble! ¡Es el no va más! Adiós, Henry. —Colgó.

Me volví para mirar a mi padre. Lo vi encender una colilla de puro. Tiró la cerilla con indignación.

—Mi hijo Mario —gruñó. Se volvió hacia mamá—: ¿Estás ya preparada para volver a pie?

—Vámonos —dijo mamá con voz animada, recorriendo con los ojos el perímetro de aquel local que parecía un granero—. ¿Dónde está el lavabo?

Vio la puerta con el rótulo correspondiente y se dirigió a ella sin la menor muestra de cansancio. Papá la siguió con la mirada.

—No durará mucho. Le doy un año a lo sumo.

—¿De qué hablas?

Se llevó el dedo a la sien.

—De su cabeza. Está loca.

—Los dos estáis locos.

Rechazó el comentario como si espantara una mosca.

—¿Y tu maleta?

—No he traído maleta. Me vuelvo esta misma noche.

Sus ojos enrojecidos vomitaron fuego.

—De eso nada. Vas a quedarte unos días.

—No puedo. Tengo trabajo.

—¿Trabajo? ¿Tú? ¿Qué trabajo?

—Un libro.

Dio un bufido.

—¡Un libro! ¿A eso le llamas tú trabajar? —Arrojó el puro a una escupidera y falló—. Está bien, vete. Largo de aquí. Sube al próximo autobús. Y no vuelvas.

Giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Corrí tras él.

—Espera. Me quedaré hasta mañana.

Lo así del brazo, pero se soltó, cruzó la puerta, pasó por delante del ventanal y se alejó por la calle. Mamá salió del lavabo y entrevio a su marido cruzando la calle a toda velocidad.

—¿Qué nueva locura le ha dado?

Se lo dije.

—¿Te ha dicho algo del trabajo? —añadió.

—¿El trabajo?

—Él lo sabe. Dile que te lo explique.

Aquello sonaba a secreto, a misterio, a conspiración, pero no dijo más y salió a la acera. La acompañé por la tórrida calle hasta el cruce donde estaba el banco. Me atrajo hacia el ventanal del establecimiento y señaló un escritorio, el escritorio de mi hermano Virgil, donde había una placa: VIRGIL T. MOLISE - PRÉSTAMOS. El banco estaba cerrado a aquella hora.

—Fíjate qué ordenado es —dijo con satisfacción—. Qué limpia tiene la mesa. Es un buen muchacho.

—Siempre fue un chico ordenado —dije. Estuve a punto de añadir que siempre fue también un poco gilipollas.

Cruzamos la calle. Mi madre sudaba y la obligué a quitarse el abrigo burdelesco, que me colgué del brazo.

—Te he preparado una cena de rechupete —dijo—. Berenjenas con requesón, *gnocchi di latte* y ternera. ¿Te acuerdas de las berenjenas? Era tu plato favorito.

—Entonces sabíais que iba a venir.

—Nos llamó Mario.

—¡Vaya con Mario!

Andaba a pasitos cortos y rápidos, pegada a las tiendas del sector sombreado de Lincoln Street. Con aquel calor infernal había muy poca gente en la calle. Estaba vacío incluso el vestíbulo del Hotel Ritz, donde solía haber empleados del ferrocarril repantigados en sillones de cuero. Un pueblo enfermo. Daba la impresión de que en los límites del municipio había excavadoras esperando sus últimos estertores.

—Lleva a tu padre al médico —dijo—. A su edad nunca se sabe.

—Yo lo veo bien. Más delgado, pero eso está bien.

—Demasiado vino. Se pasa la noche yendo al retrete. He comprado una mozzarella exquisita. Mañana te haré croquetas. A Mario le encantan.

Cruzamos las vías del tren y alcanzamos la otra acera de Atlantic Street, el sector más antiguo del pueblo, con cochambrosos comercios de ladrillo, una calle con unos cuantos establecimientos chinos, una lavandería, un restaurante y una tienda de ropa

de confección. Al final de la calle, que no tenía salida, estaba el Café Roma.

—Ahí es donde está —dijo, mirando el local con una mueca—. Arriba hay *puttane*.

—¿En serio?

Siempre había habido putas en el piso superior del Café Roma. Yo siempre iba allí al salir del instituto, me gustaban en particular las tardes lluviosas de invierno, ponía discos en la máquina y me jugaba al *gin rummy* el precio de las chicas.

Allí estaba yo una noche en que se organizó un tremendo alboroto en la escalera, y oí a mi padre gritar mientras la madama y tres putas lo echaban al callejón, por borracho, por sucio y por no tener dinero. Aquella noche me avergoncé de él, y cuando la madama me preguntó si lo conocía, le dije que no, que no conocía a aquel hombre, que no lo había visto en la vida; un macarroni chiflado, dije, están por todo el pueblo, por todo el pueblo, y mientras tanto mi padre se desgañitaba en el callejón y gritaba a las ventanas: «¡Os voy a denunciar a la policía! ¡Voy a hacer que os cierren el local!».

Sí, yo conocía muy bien el Café Roma y las habitaciones de arriba. Aún veía los colchones desnudos de los catres, aún olía las habitaciones frías y sin amor, y aún me acordaba de aquellas mujeres tristes, deshechas e idiotizadas, porque la red de prostitución que abastecía a San Elmo abastecía también a Marysville, Yuba City y Lodi, y cuando el gremio enviaba a una chica a San Elmo, tenía que ser una guarra que no valía ni para trabajar en Yuba City, que sin duda era el fin del mundo.

Mientras miraba el rótulo de neón que decía CAFÉ ROMA entre parpadeos en la parte superior de la entrada, los ojos de mi madre se inundaron de rectitud cristiana.

—Menos mal que todos estáis casados. Así os mantenéis alejados de estos lugares.

Me eché a reír y le di un beso por aquella escandalosa ingenuidad.

—Vete a casa —le dije—. Yo buscaré a papá.

—No os peleéis.

—No habrá pelea.

—Mañana te haré *scampi* fritos con coliflor.

—Estupendo.

—¿Aún te gusta el repollo?

—Me encanta.

—Ya veremos. Quizá pasado mañana. Y el domingo, raviolis.

Su cabeza no cesaba de urdir estratagemas succulentas para retenerme. La vi alejarse con aquel ritmo amanerado de sus pies rápidos y pequeños, con el abrigo a cuestas.

El único cambio que había habido en el Café Roma en un cuarto de siglo era la clientela. Los viejos que recordaba estaban ya criando malvas en el cementerio y en su lugar había ahora otra generación de viejos. El resto estaba como siempre. La larga barra de caoba era la misma y también las banderas estadounidense e italiana que había encima, cubiertas de polvo y de cagadas de mosca. Se había añadido un detalle moderno, una foto de metro y medio de Marlon Brando interpretando al Padrino, con marco dorado.

En el techo gemía el mismo ventilador, que giraba con lentitud suficiente para no mover el aire; las moscas aventureras aterrizaban en sus aspas, daban un par de vueltas y se iban volando. Las persianas verdes de las ventanas creaban una falsa ilusión de frescura en el interior en penumbra, al igual que el aroma a cerveza de grifo. Era, sin embargo, un aroma desgarrado por el tufo laxante a aceite de oliva y a parmesano rancio, mezclado con el penetrante olor a pino de la gruesa capa de serrín reciente que cubría el suelo.

También había cambiado otra cosa: cuando yo era pequeño, los clientes del Café Roma hablaban solo en italiano. La última generación de viejos puteros hablaba en inglés, inglés de la calle, pero inglés al fin y al cabo.

Había ocho o nueve alrededor de una mesa cubierta de fieltro verde que había al fondo. La baja bombilla iluminaba a cinco jugadores sentados, mientras el resto, de pie, miraba y hacía sugerencias. Mi padre estaba entre los mirones. Era un grupito de jubilados que vivían del subsidio, gruñones, irascibles, amargados, viejos cabrones endurecidos, renegones y más bien mezquinos, que disfrutaban con su ingenio cruel, su iconoclastia y su camaradería. Allí no había filósofos, ningún venerable oráculo que hablara desde las profundidades de la experiencia vital. No eran más que ancianos matando el tiempo, esperando que se le acabase la cuerda al reloj. Mi padre era uno de ellos. Al pensarlo sufrí una sacudida. No se me había ocurrido enfocarlo de aquel modo hasta que lo vi con los de su especie. Ahora incluso parecía mayor que los viejales con los que estaba.

Me acerqué a él.

—Hola —dije.

Lanzó un gruñido. El calvo que repartía no apartó la mirada de los naipes cuando habló a mi padre.

—¿Es amigo tuyo, Nick?

—Nooo. Es mi hijo Henry.

Reconocí al que repartía: era Joe Zarlingo, un maquinista ya jubilado. Aunque hacía diez años que no conducía una locomotora, aún llevaba el mono de rayas y la gorra de maquinista, y una abigarrada colección de bolígrafos y lápices de colores en

el bolsillo superior, como para dar a entender que era un hombre muy ocupado.

Miré a mi alrededor y saludé a todos diciendo «Hola»; dos o tres respondieron con un gruñido, pero no se molestaron en mirarme. Me acordaba de algunos. De Lou Cavallaro, guarda-frenos jubilado. De Bosco Antrilli, antaño encargado de la oficina de telégrafos y padre de Nellie Antrilli, a quien seduje en un campo del sur del pueblo, en plena noche, encima de un hormiguero (no vimos el hormiguero, estábamos totalmente vestidos y cuando las indignadas hormigas nos atacaron, nos quitamos la ropa gritando). A Pete Benedetti, exjefe de la estafeta de Correos. Terminó la mano, recogieron las fichas y los jugadores se dignaron mirarme por fin, mientras Zarlingo barajaba. No les causé buena impresión.

—¿Cuál de los tres, Nick? —preguntó Zarlingo.

—El que escribe libros.

Zarlingo me miró.

—Libros, ¿eh? ¿Qué libros?

—Novelas.

—¿De qué clase?

—Sácate el dedo del ojete y reparte —dijo Antrilli.

—Que te den por el culo, comemierda —replicó Zarlingo.

Aquellas groserías turbaron a mi padre, porque en su cabeza yo tenía aún catorce años, era aún el niño al que llevaba de gira y quería protegerme de la vulgaridad de sus amigos más maduros.

—Vámonos —murmuró; me apartó de allí y salí tras él a la soleada calle—. ¿A qué has venido? —preguntó—. No es lugar para ti.

—Vamos, papá. Tengo cincuenta años. He oído de todo en esta vida. He venido a decirte que me quedaré unos días en el pueblo.

Fue como meter un palo en un avispero. Me miró entornando los ojos.

—Haz lo que te dé la gana. A mí no me haces ningún favor. No me hacéis falta ninguno. Llevo trabajando desde los ocho años. Yo ya pavimentaba calles en Bari veinte años antes de que tú nacieras, así que no creas que no sé hacer cosas por mi cuenta.

—¿Qué cosas?

—Eso no viene al caso.

Levanté las manos.

—Escucha, papá. No te piques. Huyamos de este calor y discutámoslo tranquilamente.

Rebuscó en todos los bolsillos hasta que encontró una colilla de puro negro. Frotó contra el muslo una cerilla de madera y encendió la colilla, enterrando la cara en una nube de humo blanco.

—De acuerdo. Hablemos de trabajo.

—¿De trabajo?

Lo seguí hasta la barra del Roma. No tenían licores fuertes, solo cerveza y vino.

El camarero era el más joven de los presentes, un muchacho de unos cuarenta y cinco años, con el pelo hasta la cintura y un bigotazo hippie que se le curvaba hacia las mejillas formando dos cuartos de luna.

—Frank —dijo papá—. Te presento a mi hijo. Dale una cerveza. —Y a mí—: Este es Frank Mascarini.

Frank me sirvió una jarra de cerveza de barril, llena a rebosar. A mi padre le llenó una pequeña garrafa de clarete de Musso, de los barriles que había debajo de la barra. Papá se acercó a una mesa con la garrafa y un vaso, fui tras él con mi cerveza y tomamos asiento. Sorbió el vino con expresión concentrada. Hubiera lo que hubiese en su cabeza, estaba preparándose a conciencia para expresarlo.

—Me ha salido una oportunidad para ganar dinero del bueno —dijo por fin.

—Me alegro de saberlo.

Era pobre pero no indigente. Entre la pensión de la Seguridad Social y los cheques que le dábamos Virgil y yo había suficiente para él y para mamá. Vivían con frugalidad pero sin estrecheces, porque mi madre sabía preparar una comida con agua caliente y un hueso, y había diente de león gratis en todos los solares.

—¿De qué se trata?

—De construir una cámara de piedra para ahumar, allá en las montañas.

—¿Podrás con ella?

Se rio de una pregunta tan idiota.

—A los catorce años construí un pozo en los montes de los Abruzos. Tuve que perforar roca sólida. Diez metros de profundidad por tres de anchura. Agua fresca de manantial. Lo construí yo solo. Saqué la roca del agujero y luego volví a ponerla. Trabajé con el agua hasta el culo. Tardé tres meses. Me pagaron cien liras. ¿Sabes a qué equivalía eso entonces? A cuarenta y cinco centavos. Tres sueldos mensuales de quince centavos. Ahora tengo una oportunidad para ganar mil quinientos dólares en un mes y todavía preguntas si puedo con ello. —La cosa le hacía gracia. Y se echó a reír—. ¡Pues claro que puedo! Pero necesito un poco de ayuda.

—Papá, eres un embustero. Nadie trabaja por quince centavos al mes.

Dio un puñetazo en la mesa.

—Yo sí. Y aún te diré más. Ahorraba la mitad del salario.

—¿Qué hacías con la otra mitad?

—Dilapidarla. Jugaba. Me emborrachaba. Me acostaba con alguna mujer.

Tomó un par de tragos abundantes de clarete mientras lo observaba. No podía ocultar su edad, sus ojos le delataban. Carecían ya de chispa, como si esta se hubiera escondido tras una película amarillenta y una red de venillas rojas.

—Papá —dije—, no creo que debas aceptar ese trabajo.

—¿Quién lo dice?

—Eres demasiado viejo. Tendrás una embolia cerebral o un ataque al corazón. Acabará contigo.

—Mi madre alcanzó los noventa y cuatro. Mi padre los ochenta y uno. Lo único

que me hace falta es un ayudante de oficial, alguien que sepa hacer la argamasa y mover piedras.

—¿Habías pensado en alguien concreto?

Tomó un sorbo de clarete.

—Sí.

—¿Es de fiar?

—Joder, no, pero hay que aceptar lo que hay.

Comprendí a quién se refería.

—Papá —le dije sonriendo—, tú no estás bien.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Un par de días.

—Podemos terminarlo en tres semanas.

—Imposible.

—Es un trabajo sencillo. Una cámara de piedra en Monte Casino. Tres metros por tres. Sin ventanas. Una puerta. Yo levanto las paredes, tú haces la argamasa y me acercas la piedra. Es un lugar bonito. Campo abierto. Bosques. Árboles altos. Aire de montaña. Te sentará bien. Eliminarás grasa.

—¿Grasa? ¿Qué grasa?

—La grasa. No estás en forma. Te daré diez dólares al día. Comida y habitación. Jornada semanal completa. Podemos terminarlo en dos semanas si no pierdes tiempo y no me dejas colgado. Si quieres el trabajo, es tuyo. Pero recuerda quién es el patrón. Aquí soy yo el único que piensa.

—Papá, quiero que prestes mucha atención a lo que voy a decirte. Quiero que conserves la calma y seas razonable. Como sabes, mi oficio es escribir. Tu oficio es construir casas. Lo único que yo sé hacer en la vida es poner una palabra detrás de otra, como las cuentas de un rosario. Lo único que sabes hacer tú es poner una piedra encima de otra. Yo no sé cómo se ponen ladrillos ni cómo se hace la argamasa. No quiero saberlo. Hay ciertas cosas que debo hacer. Tengo un contrato. Un contrato es un acuerdo. Hay un hombre en Nueva York, un editor, que me paga por escribir un libro. Está esperando ese libro. Lleva esperando más de un año. Se le ha agotado la paciencia. Me escribe cartas indignadas. Me llama por teléfono para insultarme. Me ha amenazado con llevarme a juicio. ¿Entiendes lo que te digo, papá?

—Hay algo que debes saber sobre Monte Casino —dijo—. Te sentirás mejor. Te pondrás sano. No sé por qué te preocupas. ¿Te he dicho yo que no escribas? Puedes llevarte lápices y papel. Díselo a mamá, tiene muchos papeles en el armario. Escribe cuando quieras. Escribe sobre las montañas. Escribe por la noche, después del trabajo. Hay mucha paz allí arriba. ¿Sabes lo que es un búho? Allí los oirás. Y a los coyotes. La paz y el silencio purifican el espíritu. Escribirás mejor.

Solté un gruñido.

—¿Y García, tu antiguo ayudante?

—Murió.

—¿Y Red Griffin?

—Murió.

—Y aquel negro, Campbell.

—A punto de morir.

—Tiene que haber por aquí alguien vivo, aparte de mí. ¡Tiene que haberlo!

—Todos han muerto.

—¿Y Zarlingo, o Benedetti, cualquiera de esos vagos que juegan a las cartas?

—Son demasiado viejos. Benedetti tiene ochenta años.

De sus labios húmedos de vino brotó un suspiro, un suspiro que parecía venir de siglos lejanos. Pareció derrumbarse, como si los huesos del esqueleto se le desgajaran bajo el peso de la desesperación, y apoyó la barbilla en el pecho.

—Nadie quiere trabajar con Nick Molise —añadió—. Hace dos semanas que busco y no encuentro a nadie que quiera. Ni siquiera mi propio hijo. —Reprimió un sollozo.

—Por el amor de Dios, papá, no me llores ahora.

—Diez, veinte generaciones de albañiles, y yo soy el último, el último eslabón de la cadena, y a nadie le importa un rábano, ni a quien es sangre de mi sangre.

Había llegado el momento del razonamiento, de la paciencia, de las palabras amables, de la contención, de los buenos sentimientos, de la caridad y de la generosidad filial. Le dije que lo sentía, papá. Le dije que había unas cosas que yo no le pediría a él y que había otras que él no me pediría a mí. Le dije que no era enemigo de transportar capazos ni de colocar piedras. Le dije que la albañilería era un oficio honorable, la mejor garantía de nobleza y la aspiración del género humano. Le hablé con gratitud de la Acrópolis, de las pirámides, de los acueductos romanos y de las ruinas aztecas. De pronto empezó a fastidiarme aquel viejo terco e irascible, perdí la paciencia y se apoderó de mí el ímpetu de los Molise, la agresividad, la mala uva, la irritación.

—Hablando con franqueza, viejo —dije—, detesto el mundo de la construcción. Lo detesto desde que era pequeño y tú volvías a casa con salpicaduras de hormigón en los zapatos y en la cara. Creo que los pintores de brocha gorda y los albañiles son unos borrachos, creo que los fontaneros son unos ladrones. Creo que los ebanistas son unos sinvergüenzas y creo que los electricistas son salteadores de caminos. No me gustan las losas, ni el mármol, ni el granito, ni los ladrillos, ni las tejas, ni la arena, ni el cemento. Me importa un rábano si no vuelvo a ver en la vida otra chimenea de piedra, otra pared de piedra, otra escalera de piedra o cualquier otra piedra vulgar y corriente tirada en el campo, y si quieres saber la verdad desnuda, también los canteros me importan una mierda. —Tragué una bocanada de aire—. Tampoco me gustan las montañas, ni los bosques, ni los búhos, ni el aire puro, ni los coyotes, ni los osos. No he visto una cámara de ahumar en toda mi vida y, con la ayuda de Dios, no veré ni construiré ninguna.

Cuanto más gritaba y aporreaba la mesa, más bebía él, y cuanto más bebía, más

lágrimas asomaban a sus ojos. Sacó del bolsillo un pañuelo de lunares, se sonó la nariz y se tomó otro trago de vino. Daba pena, era un infeliz, un ser patético, repugnante, desvergonzado, imbécil, grosero, feo y borracho, el peor padre que podía tener un hombre, tan nauseabundo que escupí la cerveza en la escupidera y me levanté con intención de irme.

Del fondo brotó un bramido, el mugido de un toro que hablaba como un hombre.

—Alto ahí, listillo. ¿Con quién coño te crees que estás hablando?

Me volví. Los parroquianos del Café Roma me fulminaron con sus ojos fríos y amorfos, con la cara contraída por el asco que les producía la presencia de un extraño entre ellos. Zarlingo se levantó. Los bolígrafos y lápices de su bolsillo superior eran como las condecoraciones de guerra de un coronel.

—Ese hombre es tu padre —dijo Zarlingo, señalando a papá—. Y es amigo mío. Tenle un poco de respeto, ¿estamos?

—No es asunto suyo.

Cavallaro se levantó también, echando atrás la silla, con actitud amenazadora.

—¿Necesitas ayuda, Nick? ¿Quieres que me encargue de este gamberro?

—Estoy bien —dijo papá con voz quebrada y trémula—. Estoy perfectamente, muchachos. Cansado, eso es todo. Muy cansado. Solo en el mundo. Esforzándome por hacer lo que es debido. Uno da todo lo que puede a su familia. Les da de comer, les compra ropa, los manda a la escuela, y luego te vuelven la espalda y te mandan a paseo. No sé qué pasó..., qué es lo que hice mal. Puede que todo se deba a que fui demasiado bueno. No lo sé. Ayúdame, Dios mío. Lo intenté, lo intenté con todas mis fuerzas...

—Hay que joderse —dije, y salí a la calle.

Ya en Pleasant Street y a media manzana de la casa de mis padres, percibí el aroma de los guisos maternos. La desagradable escena del Café Roma se disolvió en aquella paradisíaca ráfaga de orégano, albahaca, romero y tomillo.

De súbito salió una figura por la puerta principal, bajó corriendo los escalones del porche y corrió hacia la camioneta estacionada junto a la acera.

—¡Mario! —exclamé—. ¡Mario!

O me oyó o no me oyó mientras ponía en marcha el ruidoso vehículo y salía disparado sin mirarme. Me acerqué al porche cruzando el patio delantero. Mi madre estaba detrás de la puerta de tela metálica, el pelo de plata arreglado y limpio, el delantal blanco y nuevo, las mejillas coloreadas por la alegría y el calor de la cocina. El vehículo de Mario estaba ya a dos manzanas de distancia y aún se oía la pedorreta de su motor de cinco cilindros.

—¿De qué huye?

—Termina de comer y sale corriendo. Tiene miedo de tu padre.

—¿Aún come aquí?

—Cuando puede. Su mujer no conoce la cocina italiana. —Miró hacia la calle—.

¿Y tu padre?

—En el Roma.

—¿Os habéis peleado?

—Discutimos.

—¿No vas a ir a las montañas? —Había preocupación en su voz.

—¿Ya lo sabías?

Seguíamos hablando a través de la tela metálica.

—Me dijo que te lo quería proponer.

—Me lo propuso. Le dije que ni hablar.

Entré en la caldeada salita, saturada del olor a especias que salía de la cocina. ¡Qué salita! Parecía un horno. Un depósito de cadáveres. Las paredes estaban llenas de fotos de difuntos, tíos, primos, abuelos... En el rincón, en un pedestal, había una estatuilla de Jesús chorreando sangre. A sus pies había tazas de cristal con velas para las ánimas benditas. Eran un elemento vital del paisaje doméstico, figuraban en todo lo importante y significativo, ya que mi madre encendía una vela cada vez que se moría un familiar, o cuando alguno se ponía enfermo, o cuando se perdía algo de valor, o cuando se acercaban relámpagos por el cielo.

Vi un montón de ropa en el sofá. Aquellas prendas me parecieron conocidas, como detalles de una foto antigua.

—¿Qué es eso?

—Tu ropa de trabajo.

- ¿Ropa de *trabajo*? ¿De qué trabajo?
- Trabajo de montaña. —Bajó los ojos.
- No quiero saber nada de montañas.
- Piénsatelo. Recapacita.
- No quiero saber nada de montañas.

Miré las prendas, las revolví. Dios sabría de dónde las había desenterrado mi madre, seguramente de algún baúl escondido en el tórrido y atestado desván, donde todo se fosilizaba con el tiempo. Había pantalones vaqueros, camisetas, unas botas, incluso mi sudadera de béisbol con las iniciales S. E. en la pechera. La idea de que en algún lugar pudieran conservarse incluso mis pañales me produjo un escalofrío. Había algo astuto en aquellas prendas resucitadas, un plan preconcebido, una araña tendiendo una trampa y yo era la víctima.

Mi madre intuyó lo que estaba pensando y desapareció en la cocina. La encontré delante del fuego, removiendo el contenido de unos cazos. Había preparado mucha comida.

- ¿Quién va a comerse todo eso?
- La familia.
- ¿Has invitado a todos?
- No, pero vendrán.

Me dejé caer en una silla, delante de la mesa. Al momento se acercó con una botella de vino de la nevera y un vaso frío. Conocía aquel vino. Tenía que ser la última cosecha de las viñas de Angelo Musso, con diferencia el producto más importante que había en la casa, ya que sin él mi padre se quedaba seco enseguida y desaparecía.

- Mamá, ¿qué pasa con eso del divorcio?
  - ¿Qué divorcio?
  - Ya sabes qué divorcio. ¿Por qué te crees que estoy aquí?
- Se echó a reír.

—Aquello fue hablar por hablar. Somos católicos, no podemos divorciarnos. ¿No lo sabías?

—Mario dice que te dio de puntapiés y que te apretó el cuello. Debiste denunciarlo.

—Ya lo denunció Mario. Papá lo hizo sin querer. No lo hizo adrede. —Se puso a cortar pan.

- ¿Te dio patadas y te apretó el cuello, pero no lo hizo adrede?
- Fue sin querer. Solo estaba jugando.
- Por eso lo encerraron.
- Durante media hora. Fue una tontería.
- ¿Y la mancha de pintalabios en los calzoncillos?
- Era mermelada.
- Ya suponía que sería mermelada.

—Mermelada de cerezas. De una crepe que se estaba comiendo. Le cayó en el pantalón.

—¿Y por eso lo acusaste de infidelidad?

—Por una vez me equivoqué. —Dio un profundo suspiro—. ¿Cuántas veces he tenido razón en los últimos cincuenta años?

Le cogió la mano y le acarició la piel seca y blanda.

—Ya no tienes que preocuparte por esas cosas. Papá ya no es joven. El fuego se le ha apagado.

—No necesita fuego. Sigue dando caña sin él.

—Solo con la imaginación.

—Es una cochinada —dijo—. Es un pecado.

Se puso a preparar la cena, miró las berenjenas del horno, los ñoquis que se calentaban en un recipiente negro de hierro, la ternera que hervía en el vino.

—No he encontrado calcetines gruesos. Los necesitarás allí arriba. A lo mejor nieva en esta época del año.

—No voy a ir.

—¿Ni siquiera por última vez, por tu padre?

—Tengo trabajo. No puedo aparcar el libro.

Se fue bruscamente y entró en el dormitorio, donde la oí revolver objetos pesados. Volvió con los brazos cargados de libros que dejó en la mesa, delante de mí. Eran mis libros de estudio del instituto: geometría, historia de Estados Unidos, gramática inglesa, español.

—Llévatelos —dijo—. Aún están nuevos.

Le di las gracias.

—Es exactamente lo que necesitaba.

Me observó con atención, se rozó los pómulos con las yemas de los dedos y volvió a la obsesión básica de su existencia.

—¿No se enfadó contigo? ¿No se meterá en líos?

—Beberá más de la cuenta, eso es todo.

—No me importa que beba. Los chicos me lo traen a casa.

—¿Qué chicos?

—Zarlingo y los demás. Me lo cuidan. Gracias a Dios que estarás con él. Me dan miedo esas montañas.

Un ángel, un ángel insistente e insoportable. No me extraña que papá le pateara el culo. Me sentía asfixiado, impotente como un niño de pecho que se revuelve en los pañales. ¿Qué carajo hacía yo allí? ¿Y qué estaría haciendo mi mujer? Tenía un problema serio con mi libro. ¿Qué carajo pasaba? ¿De verdad había soportado mi padre aquella tortura durante medio siglo? ¿Quién decía que era impulsivo, intransigente, intolerante? El sol se había puesto tras los edificios que flanqueaban el callejón, hacía menos calor, unos treinta y cinco grados a la sombra, y el cielo era una explosión de nubes rojas y anaranjadas.

—Mientras sepa dónde está... —decía mi madre—. Mientras me lo diga...

Llené el vaso y salí al porche delantero, me senté en la crujiente mecedora y encendí un cigarrillo. La noche cayó con rapidez. Una señora salió a un porche y llamó a sus hijos a cenar. La farola de la esquina se encendió y un perro viejo pasó al trote por debajo, camino de su casa. Los ojos blancos de los televisores parpadeaban en las ventanas al otro lado de la calle, los vaqueros cruzaban corriendo las pantallas y los disparos resonaban en el crepúsculo de San Elmo. Un pueblo solitario. Todos los pueblos del valle eran así, desolados, oscuramente provisionales, reductos de existencia humana, gente apelotonada detrás de vallas pequeñas y de frágiles paredes estucadas, atrincherada frente a la oscuridad, esperando. La tristeza me caló los huesos mientras me mecía, tristeza por el hombre y dolor por la soledad de la casa de mis padres, envejeciendo, esperando, haciendo tiempo.

Mi madre se acercó en silencio a la puerta de tela metálica y me miró fijamente, como si acumulase recuerdos míos, como si no fuese a verme nunca más. Yo percibía los latidos de su presencia incorpórea y etérea, atribulada y perdida en aquel ir y venir de la realidad, avergonzada de que le quedara tan poco tiempo.

—¿Henry? —Su voz era suave e indecisa—. No debes preocuparte por mí ni por tu padre. La gente se vuelve un poco majara cuando envejece, pero nadie sale perjudicado. Has de tener paciencia. ¿Quieres cenar ya?

Las berenjenas al horno me retrotrajeron a la infancia, a cuando estaban a veinticinco centavos la unidad y eran un manjar, maravillas globulares moradas, hinchidas de lozanía, semejantes a tíos ricos de Arabia deseosos de llenarnos el estómago, y tan hermosas que daban ganas de llorar.

Los finos filetes de ternera también me dieron ganas de llorar, pero me tragué las lágrimas con ayuda del estupendo vino de las cepas que Angelo Musso tenía al pie de las montañas. Los ñoquis cocinados con mantequilla y leche redondearon la cena. Aparté los ojos del plato y lloré de alegría, secándome las lágrimas con la servilleta, ronroneando como si estuviera en el útero de mi madre, dulce, apacible y con la boca llena de vida para siempre. Vio mis ojos húmedos, porque no había escondite para ellos.

—Hay algo en el aire —dije—. Puede que sea amoníaco. Me irrita los ojos.

—Es amoníaco. He echado un poco para fregar el suelo.

—Eso es. Amoníaco.

—Tu padre detesta el amoníaco. No me deja echarlo en la lavadora.

—No me digas.

—¿Sabes qué le gusta?

—¿Qué?

—Los baños de burbujas.

Cambió de conversación y me preguntó por Harriet y los chicos. Le enseñé las fotos que llevaba en la billetera, el menor tenía veintidós años, el mayor veinticuatro. Miró las fotos poniéndolas bajo la bombilla de la cocina.

—No tienen aspecto de albañiles.

—No.

—Los chicos de Mario tampoco se interesan por el oficio. El de Virgil quiere tocar el piano y Stella solo tiene chicas. Tu pobre padre desea con todas sus fuerzas que haya albañiles en la familia. Creo que dejaría la bebida si hubiera uno por lo menos. Se habrían atendido todas sus plegarias.

—¿Reza?

—Jamás. Ni va a misa. —Me escrutó críticamente—. ¿Tú vas a misa, Henry?

Ya lo había previsto.

—Todos los domingos. Puntual como un reloj.

—¿Y tus hijos?

—En el mismo banco que yo y su madre, todos los domingos.

Casi atravesó el techo, camino de la gloria celestial, pero de pronto cayó en la cuenta y se puso seria.

—Mientes, Henry. Tu mujer nunca ha sido católica.

—Estoy en ello. Hace falta tiempo.

Se sentó suspirando, decepcionada, y se sirvió un chorrito de vino en el vaso.

—Ni católicos ni albañiles. Dios mío, ¿qué ha pasado?

Me cogió la mano y la emparedó entre sus palmas secas y calientes.

—Habla con tu padre, Henry —añadió con voz lastimera y suplicante—. Haz que vuelva al seno de Nuestro Señor. Le queda poco tiempo. Cuando se tiene su edad puede ocurrir en cualquier momento. ¿Y qué haré cuando se muera, sin saber adónde fue?

—¿Por qué no le dices al padre Martin que hable con él? Salvar almas es su trabajo.

—Ha venido muchas veces. Lo único que hacen es pelearse. Tu padre no siente ningún respeto. Se echa a reír, al viejo estilo campesino.

—Pues déjalo en paz.

—Espero que se muera él antes. Soy la única que puede soportarlo. Es peor que un crío: pláncame las camisas, pero no las fundas de las almohadas. Almidona los puños, pero no los cuellos. Le cepillo los zapatos, le recorto el bigote, le doy friegas en los pies, le corto el pelo, le pongo una botella de agua caliente en la cama. ¿Sabes la última? Un timbre al lado de la cama. Todas las noches lo aprieta para pedir algo: tráeme un vaso de vino, frótame la espalda, prepárame un poco de caldo. ¿Crees que Stella haría todo eso si me muriera?

Lo del timbre me había llamado la atención.

—¿No dormís juntos?

—Me echó de la cama.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? De todos modos, yo no lo tocaría. —Pisó el acelerador—. ¿Sabes que se pone lavativas de vino caliente? ¿Y que toma huevos

crudos de madrugada?

—Es asqueroso.

—¿Entiendes a qué me refiero?

Sonó un claxon en la calle.

—Es Virgil. Háblale de los ñoquis.

Bajé del porche y vi a mi hermano Virgil al volante de su furgoneta, al pie de la farola. Le dije por señas que entrara y él me indicó con la mano que me acercase.

Tenía el guardabarros abollado, la madera arañada y despellejada. Nos dimos la mano por la ventanilla. Más que hermanos, éramos como compañeros de clase. No nos gustaba pensar en el otro y en ese sentido era como si no existiéramos. Pero sé que me envidiaba, envidiaba mi forma de vida, el pequeño éxito que había tenido fuera de San Elmo. No diré que me odiara, pero estaba seguro de que le caía gordo.

Se había puesto como un cerdo, con el ombligo aplastado contra el volante. Tenía cuarenta y siete años, pero aparentaba diez más, y se estaba quedando calvo a ojos vistas, mucho pelo en las sienes, pero con el casquete del cráneo mondo y brillante. Se había casado a los treinta y cinco y ya era padre de cuatro chicas y un chico. Percibí el olor de su prole cuando metí la cabeza en el coche, un tufo agrio a vómitos y pañales. En la parte trasera de la furgoneta estaban amontonados de cualquier manera los símbolos de la felicidad familiar, un tacataca, triciclos, juguetes, pañales, mantas.

¡Mi hermano Virgil! El genio de la familia, el destinado a ser millonario, el que terminó el bachillerato con medallas y felicitaciones de los profesores, el que fue aceptado inmediatamente en el único banco independiente de San Elmo. Después de treinta años en la misma empresa dirigía el departamento crediticio y su futuro no era nada halagüeño, porque los tres hijos del presidente del banco, que habían estudiado en la Universidad de Stanford, habían hecho acto de presencia. Me daba lástima el chaval, pero al mismo tiempo agradecí a Dios que la chamarilería infantil que tenía él en la parte trasera del coche hubiera desaparecido mucho tiempo atrás de mi vida.

—¿Qué tal va todo?

La sonrisa le deformó la boca, como un hombre con dolor de muelas espiritual. Los ojos melancólicos de mi madre consumían casi toda su ancha cara napolitana.

—¿Y Edith? —añadí.

—Adivínalo. —Sonrió ligeramente, como si estuviera en la horca.

—Por el amor de Dios, Virgil. ¡Otra vez no!

Asintió moviendo aquella cabezota que le fatigaba los hombros.

—Deberías parar —añadí—. ¿No sabes lo que es una farmacia? Usa alguna cosa.

—Uso la polla. ¿Alguna otra sugerencia?

—Tal vez una vasectomía...

—Eso es para los perros. Yo soy un hombre..., creo.

—Anda, entra. Nos tomaremos un vino.

—No quiero entrar ahí —dijo arrugando el entrecejo—. Estoy cabreado con ellos.

—¿Con mamá? No hay nadie más.

—Con mamá, con papá, con Mario, con toda la familia. Aquella escena de locos delante de la comisaría... No aguanto más. Han acabado conmigo en este pueblo asqueroso.

Y ahora quieren enterrarme.

Abrí la portezuela.

—Vamos, Virgil. Mamá ha preparado una cena exquisita.

—Eso ni se discute —dijo con una sonrisa—. ¿Por qué las viejas chifladas cocinarán tan bien? Con mi suegra pasa lo mismo. Es una psicótica total, ¡pero, Señor, qué Stroganoff! —Miró hacia la casa, tentado, pero entonces cerró la portezuela de un golpe—. No quiero entrar. Antes me muero de hambre.

Chirrió la puerta de tela metálica, nos volvimos y vimos a mamá en el porche.

—Ven a cenar, Virgil. Está todo preparado.

—No, gracias, mamá.

—Berenjenas al horno —dijo mamá con voz zalamera—. Tal como a ti te gustan. Y ñoquis con leche y mantequilla, y ternera al vino.

—Te lo agradezco de todas formas, mamá.

Dolida y extrañada por aquel desprecio, volvió a la oscuridad de la casa. Miré a mi hermano.

—Bonita situación, so gilipollas.

—Tengo mis razones.

—¿Y crees que ella conoce tus razones? Lo único que le preocupa es tu estómago.

—¿Y qué es esta nueva insensatez? Mario dice que vas a trabajar para el viejo.

—Mario está como una cabra.

—Eso ya lo sé. Pero ¿es verdad?

—Pues claro que no es verdad. ¿Me tomas por idiota? Me voy mañana por la mañana.

—Vete del pueblo, Henry. Vete antes de que caigas en una trampa.

—No voy a caer en ninguna trampa. Soy dueño de mis actos.

—Henry —dijo sonriendo con comprensión—. Por favor. Ya he oído otras veces esas tonterías. Vete de aquí cuanto antes. Esta noche. Ahora mismo. Te llevaré al aeropuerto.

—Gracias, Virgil. Me quedo.

—El viejo es demasiado viejo para construir paredes. Díselo. Luego lárgate a toda hostia.

—Si quiere construir paredes, allá él. Es su vida.

—Podría ser el fin de su vida.

—¿Quieres hablar tú con él, Virgil? ¿Quieres razonar con ese viejo hijo de puta? En este momento está en el Café Roma. Ve allí y explícaselo todo.

Levantó las manos.

—Señor, qué familia.

Arrancó, me aparté y lo vi alejarse unos diez metros. Luego retrocedió hasta donde yo estaba. En la gorda cara de Virgil despuntó una sonrisa desamparada y tonta.

—Las berenjenas... ¿son con pan rayado y requesón?

—Claro.

Apagó el motor con resignación. Entramos juntos en la casa.

La cocina. La *cucina*, la verdadera patria, la cálida gruta del hada buena en las entrañas de la sombría tierra de la soledad, cazos de pociones dulces al fuego, gruta de hierbas mágicas, romero, tomillo, salvia y orégano, bálsamo de loto que devolvía la cordura a los lunáticos, la paz a los afligidos, la alegría a los tristes, pequeño mundo de treinta y cinco metros cuadrados donde el altar eran los quemadores, el círculo mágico el mantel de cuadros donde comían los niños, los niños crecidos, atraídos a sus orígenes, el sabor de la leche materna flotando aún en la memoria, perfume en las fosas nasales, los ojos relampagueando, y el mundo malvado quedaba lejos porque la vieja hada madre protegía a su camada de los lobos de fuera.

Virgil comió a dos carrillos, con ganas y glotonería, ñoquis, berenjenas y ternera, y lo regó todo con el fabuloso mosto de Angelo Musso, fascinado, cautivado, hechizado por su gran madre, a la que dirigía miradas tiernas, incluso contenía momentáneamente la gula para cogerle la mano y besársela con gratitud. Mamá reía al comprobar la perfección con que había tejido la red, y mientras los dos se miraban con ojos de carnero degollado, me dirigí a la salita y llamé a Redondo Beach para hablar con Harriet.

—¿Va todo bien por ahí? —preguntó.

—Sí, va bien. No hay problemas.

—¿Y el divorcio?

—Agua pasada.

—¿Has visto a mi madre?

—No.

—¿La verás?

—Tal vez mañana.

—¿Me lo prometes?

—No.

Sentí el aliento de mi madre en la nuca, me volví y la vi escuchando a mis espaldas. No con disimulo, sino con todo descaro.

—Deja que me ponga —dijo, quitándome el auricular de la mano. A continuación, a Harriet—: Holaaa, ¿Harrietta? Que soy yo, su *mamma* política. ¿Cómo está? Ah, eso está *bene*. ¿Yo? Pues me encuentro *bene*.

Ya estaba adulando otra vez a Harriet, la muy hipócrita, con aquellas genuflexiones de sierva que se postra ante la baronesa, y se rebajaba tanto que hasta perdía la capacidad de expresarse. Aunque había nacido en Chicago y el inglés era su

lengua materna, cada vez que coincidía con Harriett hablaba como una inmigrante napolitana que acabara de desembarcar. Yo me tiraba de los pelos mientras la escuchaba.

—Harrietta, voy a pedirle un *grande* favor, ¿sí? ¿A usted le importaría que su *marito* se quedara dos o tres días, tal vez *tutta* una semana? Tiene que ayudar a su papá, un *povero* viejo que tiene reuma. Yo creo que una semana, o diez días, o dos o tres semanas, y terminarán el *lavoro*. Está bien, señorita Harrietta. Muchísimas gracias. Que *Dio* la bendi...

Le arrebaté el auricular.

—Harriet, mañana estoy ahí. No hagas caso de lo que oigas.

Mi madre se lanzó de boca sobre el aparato.

—Por favor, Henrietta, no quiero causar problemas en su casa, ¿me entiende? Solo quiero ayudar a su papá. Tiene la espalda muy mal.

—¡Mañana estoy ahí! —grité, recuperando el auricular.

En el porche delantero sonaron retumbos de calzado grueso, de cuerpos que se movían con torpeza. Joe Zarlingo y Lou Cavallaro entraron como una tromba con mi padre en medio. Con hábil profesionalidad, como una enfermera, mi madre despejó el sofá y ahuecó un cojín mientras los dos hombres acostaban a mi padre. Allí quedé como un bendito, con una sonrisa en la babeante boca.

—Está borracho —dije.

—Voy a hacer café —dijo mamá.

Zarlingo y Cavallaro me miraban con fijeza.

—¿Por qué está así? —dije.

Zarlingo puso cara de indignación.

—¿Y aún tienes estómago para preguntarlo?

Cavallaro hizo una mueca de asco.

—Pero hombre, ¿es que ni siquiera tienes humanidad?

Virgil salió de la cocina limpiándose la boca con una servilleta. Miró al viejo sin transparentar ninguna emoción. Se dirigió a la puerta de la calle, tiró la servilleta encima de una silla y me sonrió.

—¿Qué te dije?

Cruzó la puerta. Yo salí al porche delantero y lo vi alejarse con el coche. Delante de la casa había otro vehículo, una furgoneta Datsun. Era de Zarlingo. Este y Lou Cavallaro salieron al porche y me rodearon en silencio. Zarlingo se llevó a la boca una tagarnina y le cortó la punta de una dentellada.

—¿Vas a ir con tu padre al Desfiladero de Donner? —preguntó.

—Ni hablar.

—O sea que quieres que tu viejo suba allí y mueva piedras, prepare la argamasa y construya una cámara de piedra él solo.

—Si eso es lo que desea, yo, desde luego, no me interpondré en su camino.

—O sea que te da igual que tu padre viva o se muera.

—Eso lo dice usted, no yo.

—Es un hombre orgulloso —dijo Cavallaro—. ¿Es que no te has dado cuenta todavía?

—Heraldo de la ruina es el orgullo.

De pronto, el viejo Zarlingo levantó la mano y me cruzó la cara con la palma abierta. Fue un bofetón doloroso, imprevisto, indignante. Parecía él más sorprendido que yo por lo que había hecho y a Cavallaro se le notaba desconcertado. Me eché a reír. No podía hacer otra cosa. Reí para ocultar la ira, me alejé por el sendero y cuando llegué a la acera, me volví con la cólera subiéndome por la garganta y reventándome las costillas.

—¡Tío guarro! —chillé—. ¡Borracho achacoso, borracho senil, borracho grotesco!

—¡Sinvergüenza! —gritó, bajando los escalones y dirigiéndose hacia mí—. ¡Ya podías tener un poco de respeto!

Al principio pensé en hacerle frente, incluso en darle una paliza, pero nada de aquello tenía sentido y menos aún mi cólera, de modo que me alejé a paso vivo. Miré por encima del hombro y lo vi coger una lata de cerveza del suelo y tirármela. La lata rebotó inofensivamente junto a mis pies y respondí con más carcajadas. Seguí andando por la calle, hacia el centro. En mi mente se consolidó un deseo: me iba de aquel pueblo apestoso. Tres o cuatro horas más tarde estaría acostado en mi propia cama, a seiscientos kilómetros de allí, escuchando el susurro de las olas, y habría olvidado aquella pesadilla. Llegué al cruce con Lincoln y luego doblé a la derecha, hacia la estación de autobuses.

El autobús de Sacramento resollaba en el callejón mientras iban subiendo los escasos pasajeros. Saqué el billete en la taquilla y volví al autobús, pero no subí. Había perdido la capacidad para tomar decisiones. Cuanto más me demoraba —el conductor esperando, mirándome a través de la puerta—, más difícil resultaba la elección, porque mientras tanto se filtraba el miedo, el miedo a asestar un golpe mortal a mis ancianos padres, el miedo a lamentarlo el resto de mi vida. Tenía que quedarme. No por gusto, sino por obligación. Di media vuelta y eché a andar hacia la casa de mis padres, mientras inspeccionaba mis entrañas y buscaba esa cristiana explosión de júbilo que produce el obrar bien y que aumentaría mi recompensa en el cielo.

Cuando llegué, la furgoneta Datsun había desaparecido, al igual que Zarlingo y Cavallaro. Vi a mi madre en el dormitorio, al lado del viejo, que yacía desnudo bajo una sábana en la tórrida y pequeña habitación.

—¿Adónde has ido? —dijo mi madre—. Estaba muy preocupada.

—¿Por qué?

—Eres escritor. Este pueblo, de noche, no es lugar para ti.

Me pareció oír que mi padre sollozaba y di unos pasos hacia él. Lloraba en sueños, las lágrimas le brotaban de los ojos cerrados. Mi madre le enjugó las

humedecidas pestañas con el borde de la sábana.

—¿Por qué llora?

—Está soñando. Quiere estar con su madre.

Su madre. Muerta hacía sesenta años.

Sentí un nudo en la garganta y corrí a la cocina, en busca del vino. Iba por el segundo vaso cuando llegó mamá.

—He cambiado las sábanas, Henry. Dormirás en mi cama.

Estaba demasiado cansado para que aquello me importara. Como todas las habitaciones de la vieja vivienda, el dormitorio de mi madre era pequeño. La cama conservaba aún el calor del día y me metí desnudo bajo una sábana en la fosa que el peso de mi madre había formado en el colchón. La oscuridad fue total cuando apagué la lámpara de la mesita de noche. La almohada olía al pelo de mi madre, un olor dulzón a tierra que me hacía evocar otros tiempos, la época en que aún no había cumplido los veinte y suspiraba por marcharme.

Sí, me marché. Me marché cuando aún no había cumplido los veinte. La literatura tiró de mí. London, Dreiser, Sherwood Anderson, Thomas Wolfe, Hemingway, Fitzgerald, Silone, Hamsun, Steinbeck. Atrapado y atrincherado frente a la oscuridad y la soledad del valle, solía sentarme con libros de la biblioteca amontonados en la mesa de la cocina, desolado, escuchando la llamada de las voces de los libros, sediento de otros lugares.

Estaba harto de jugar al billar y al póquer y de decir sandeces delante de una cerveza, de irme por ahí, a la soledad de los huertos, con un grupo de tíos y tías, de dar zarpazos torpes a faldas y bragas, de dar zarpazos en vano. Las mujeres eran atractivas pero difíciles y a los diecinueve años se lesionan fácilmente los sentimientos; uno pensaba que las mujeres eran dulces y complacientes, pero ve que reaccionan como gatas rabiosas; se busca consuelo en las putas, que engañan menos, y con un poco de suerte, se aprende a leer.

El cabrón de mi viejo volvía a casa apestando a vino y gritaba apaga la luz, vete a la cama, qué coño te has creído, porque los libros eran una droga, mi adicción era alarmante y yo ya no parecía su hijo. Busca trabajo, decía, haz algo útil en la vida. Tenía razón. Sin duda la tenía. Todos opinaban como él. Incluso el personal de los billares notó el cambio. Ya no podíamos hablar como antes.

Busqué trabajo. Recogí almendra. Fui a la vendimia. Trabajé en los campos de lúpulo. Llegaron las lluvias, los campos se inundaron, fue imposible trabajar, gracias a Dios, y volví a la cocina, a seguir leyendo libros. Pensaban que estaba enfermo, tenía los ojos enrojecidos, la mirada perdida, mi madre me tocaba la frente: ¿Estás bien, Henry? Creo que tienes gripe.

Que vaya al médico, decía mi padre. Así sabremos lo que le pasa. ¿Qué va a ser de ti? ¿Quién cuidará de tu madre cuando yo me muera? No se gana un jornal leyendo libros. ¡Vete de aquí! Estamos en guerra. Alístate. Ve a San Francisco. Enrólate en un barco. Gánate la vida. Sé un hombre. ¿Sabes lo que es un hombre? Un hombre trabaja. Suda. Cava. Martillea. Construye. Gana unos dólares y los guarda. Mira quién fue a hablar, repliqué con sorna.

Pero era inútil discutir con aquel macarroni trotacalles, aquel palurdini de baja

cuna, aquel patán de los Abruzos, aquel pisamierda, aquel chupaaceras. ¿Qué sabía él? ¿Qué había leído?

Porque yo estaba bien. Tenía intereses. Una idea nueva del mundo exterior a San Elmo y a la televisión que me inflamaba, me sacudía y me disparaba la adrenalina. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? ¿Dónde había estado yo todos esos años? ¿Esforzándome por transportar un capazo, preparando argamasa? ¿Quién me había embotado el cerebro, había puesto los libros fuera de mi alcance, sin hacerles caso y despreciándolos? Mi viejo. Su ignorancia, la anarquía de vivir bajo su mismo techo, sus sermones, sus amenazas, su avaricia, sus intimidaciones, su pasión por el juego. En Navidad sin dinero. Al terminar el bachillerato un traje. Deudas, deudas. Dejamos de hablarnos. Un día nos cruzamos por la calle, al atravesar las vías del tren. Dio unos pasos más, se detuvo y se echó a reír. Me volví. Me señaló con el dedo y rio. Hizo como que leía un libro y siguió riendo. No reía de alegría. Reía de cólera, de frustración y desprecio.

Y entonces sucedió. Una noche que la lluvia golpeaba el inclinado techo de la cocina se introdujo en mi vida un espíritu grandioso. Tenía el libro en las manos y temblaba mientras me hablaba del hombre y el mundo, del amor y la sabiduría, del dolor y la culpa, y supe que yo ya no podía ser el de antes. El espíritu se llamaba Fiódor Mijáilovich Dostoievski. Sabía más de padres e hijos que ningún hombre en el mundo, y de hermanos, de curas, de delincuentes, de la culpa y la inocencia. Dostoievski me transformó. *El idiota*, *Los endemoniados*, *Los hermanos Karamazov*, *El jugador*. Me cambió radicalmente. Descubrí que respiraba, que veía horizontes invisibles. El odio por mi padre desapareció. Amé a mi padre, aquel pobre diablo, resentido y obsesionado. También amé a mi madre y a toda mi familia. Había llegado el momento de ser hombre, de irse de San Elmo, de entrar en el mundo. Quería pensar y sentir como Dostoievski. Quería escribir.

La semana anterior a mi partida me llamaron de la oficina de reclutamiento de Sacramento para someterme a un reconocimiento médico. Acudí contento. Otro que no fuera yo podría tomar decisiones en mi lugar. El ejército me rechazó. Tenía asma. Inflamación en los bronquios.

—No es nada. Lo he tenido siempre.

—Vaya a ver al médico.

Encontré la información que necesitaba en un libro de medicina de la biblioteca pública. ¿Era mortal el asma? Podía serlo. Pues que lo fuese. Dostoievski era epiléptico, yo era asmático. Para escribir bien un hombre tiene que tener una afección mortal. Era la única forma de afrontar la presencia de la muerte.

El primer día que pasé en Los Ángeles entré a trabajar de friegaplatos en la Cafetería Clifton. Al cabo de unos días me ascendieron a ayudante de camarero y me echaron por «intimar con el público», concretamente con una joven que iba con un libro de Edna St. Vincent Millay y que me invitó a su mesa para tomar un café y charlar de poesía.

Al día siguiente encontré otro puesto de friegaplatos en un bar del cruce de la Quinta con Main. Por cuatro dólares a la semana tenía una habitación en el piso de arriba, que compartía con otro friegaplatos. Se llamaba Hernández y estaba mal de la cabeza. Fue el primer escritor que conocí, un mexicano alto y risueño que se sentaba en la cama con la máquina de escribir en el regazo, y cada vez que escribía una línea se partía de risa. Trabajaba en un libro titulado *Diversión y provecho de lavar platos*. El libro estaba tan desquiciado como el autor. Solía dormirme mientras me leía el manuscrito, desternillándome de risa. Un capítulo se titulaba «El misterio del agua caliente»; otro, «Manos limpias, mente limpia».

Pero el trabajo era agotador, el suelo estaba siempre inundado por culpa de las cañerías rotas y la comida era incomedible. Dejé el trabajo y pasé al sector textil, a empujar percheros y hacer recados para todo el mundo. Había una docena de jefes y todos me enviaban en busca de café, bocadillos, periódicos y un centenar de bagatelas. Uno tenía taxi propio y me dijo si quería conducirlo de noche. Acepté, aunque desconocía por completo la gigantesca y complicada ciudad. La primera noche estuve ocho horas recorriendo el centro de Los Ángeles sin que me parase un solo cliente. El jefe me dijo que las cosas mejorarían cuando remitiera la temporada seca, y que rezase por que lloviera.

La noche siguiente me pararon mis primeros clientes, un negro y su novia. El hombre dijo que fuera al cruce de la Noventa y seis con Central Avenue. Mientras yo consultaba el plano de la ciudad, me dijo:

—¿Es que no sabe dónde está el cruce de la Noventa y seis con la Central? —Le dije que acababa de llegar a Los Ángeles—. Yo le indicaré el camino —repuso—. Siga hasta el final de la manzana y gire a la izquierda.

Seguí sus indicaciones durante dos horas, por todo San Bernardino, donde me dijo que parase ante un solar completamente vacío, en un tramo de calle sin farolas ni aceras. Sentí el cañón de una pistola en la oreja y me dijo que me apeara. Su novia me registró y se quedó con todos mis haberes, nueve dólares. Se fueron con el coche, dejándome en aquel lugar que se parecía mucho al Valle de la Muerte.

Despuntaba ya el alba por oriente cuando se acercó un coche patrulla en silencio y me vio andando hacia unas luces lejanas que parecían de una ciudad. Estuve tres horas en la comisaría de San Bernardino, interrogado sin piedad por dos agentes que

sospechaban que yo era un desertor o me había ausentado sin permiso. No les causó buena impresión que en mi cartilla militar pusiera que me habían declarado inútil. Me tomaron las huellas y comprobaron si tenía antecedentes. Me soltaron al mediodía, sin darme de desayunar, ni siquiera un café, y me ordenaron que me fuera de San Bernardino. Eran mala gente: ni siquiera me indicaron cómo se salía de allí.

Anduve por la calle preguntando a los viandantes. Nadie parecía saber cómo se salía de San Bernardino y al final tuve que averiguarlo por mi cuenta. Hice autostop durante una hora hasta que por fin se detuvo un camión. El conductor no iba a Los Ángeles, sino a Wilmington. A mí me bastaba. Cualquier sitio era mejor que San Bernardino. Cuando le conté que me habían robado y detenido, se echó a reír.

—Vaya suerte —dijo. Me dejó en Wilmington Boulevard.

Wilmington era la locura, una ciudad portuaria en medio de la guerra. Más que proyectarla, daba la sensación de que la habían descargado. Las calles estaban atestadas de grandes camiones que pasaban por cruces congestionados en los que soldados, marineros y civiles se reían de los semáforos y atravesaban la calzada entre bocinazos e insultos de los conductores. Avancé con la corriente humana por Avalon Avenue, sin saber adónde iba. Estaba cansado, sucio y mareado, y me sentía flotando como un corcho por una calle flanqueada por torres de perforación, fábricas, almacenes de maderas, montones de vigas y cañerías de acero, columnas de tanques y camiones, billares, casas de juego, tiendas de coches de segunda mano e incluso un parque de atracciones con noria y tiovivo. La risa de las mujeres de los bares inundaba la calzada. Había putas apoyadas en las puertas, borrachos sentados en el bordillo de la acera, policías sonrientes que patrullaban con atención ausente. ¿Dónde me encontraba? ¿En Liverpool? ¿En Singapur? ¿En Marsella? Pensé en mi padre, en cuánto le habría gustado aquel insólito lugar... el juego, los bares, los edificios que se alzaban en cada palmo libre de suelo urbano.

Hambre. Olí a salsa de tomate, a pizza, y el olor salía de un restaurante italiano. Doblé la esquina, entré en el callejón y busqué la puerta trasera. Cuando llamé a la negra puerta de tela metálica salió volando una nube de moscas y vi la cara de una italiana que me miraba, una cuarentona gruesa, redonda como una albóndiga. Quisiera trabajar a cambio de comida, dije. Me miró asombrada y con el entrecejo fruncido. Estoy hambriento, añadí. Abrió la puerta, me señaló tres grandes cubos de basura y me indicó con gestos que los sacara. Los saqué a la calle entre la euforia de las moscas. La mujer se acercó a una mesa de madera con media barra de pan que abrió por la mitad, le quitó la miga y lo llenó con salchichón y queso graso. Le di las gracias y le dije que buscaba trabajo. Era lavaplatos con experiencia, le expliqué. Abrió la puerta y me invitó a salir. Anduve por el callejón hasta llegar a un aparcamiento de remolques. Por la hierba sin cuidar culebreaba una manguera negra. Me senté en el enganche de un remolque, me comí el bocadillo y bebí agua caliente de la manguera.

A kilómetro y medio de allí, ya en el puerto, tropecé con la Conservera Toyo.

Había un rótulo: SE NECESITAN MECÁNICOS Y PEONES.

Yo peón. Yo, que no era ayudante de oficial, ni era cantero, ni era albañil. Aún oía al viejo: aprende un oficio, sé algo especial. Joder, papá. Aún no he cumplido los veinte, dame tiempo.

El tipo se llamaba Coletti. Piel oscura, quizá siciliano. Era el jefe de personal. Paisano, le dije sonriendo. No le gustó. Busco trabajo. No hay trabajo, dijo. Pero el rótulo de fuera dice... Tal vez mañana, dijo.

Salí a la calle y me dirigí al centro por Avalon Boulevard. Pero ¿adónde?, ¿y por qué? Me senté en una parada de autobús. Podía llamar a Virgil a cobro revertido y pedirle que me enviara dinero. No, se lo contaría a mamá, lo cual carecería de importancia, pero el viejo se enteraría y se echaría a reír. Se lo advertí, diría, eso le pasa por no hacer caso a su padre.

Me levanté y seguí andando, ya con los pies doloridos. Me crucé con otro vagabundo. Era un atardecer tórrido, pero llevaba un abrigo largo, con los bolsillos llenos de objetos.

—Oye, ¿dónde se puede comer?

—Hay muchos restaurantes —dijo.

—Estoy sin blanca.

—Y yo.

—¿Y dónde comes tú?

—En la Misión del Espíritu Santo.

—¿Dónde está?

—Ven conmigo.

La Misión del Espíritu Santo estaba en Banning Street, entre dos casas de empeño. Antaño había sido una tienda. En la puerta había un grupo de unos treinta hombres, todos tan bien vestidos y afeitados como yo. Algunos estaban sentados en la acera, con la espalda apoyada en la pared. A las siete se abrió la puerta y el señor Atwater, un hombre de color, nos dijo que entráramos. Al fondo había un estrado donde se encontraba la señora Atwater con una guitarra. Nos sentamos en bancos largos, nos dieron libros de himnos y la señora Atwater nos hizo cantar. Luego, el señor Atwater se puso delante de nosotros y nos habló de la misericordia de Dios, de la importancia de la fe y de la perversidad del alcohol. Era un hombre corpulento de voz suave y barbita blanca, un hombre bueno y amable.

Acabado el sermón, rodeamos una mampara y pasamos al comedor, mesas largas, bancos largos, y dos señoras negras nos sirvieron un plato de estofado, un trozo de pan y una manzana. Todo era gratis y se repartía todas las tardes a las siete. Suspiré de alivio. Mi vida estaba resuelta.

Aquella noche dormí en Avalon, en el solar de un negocio de coches de segunda mano, en un viejo Cadillac con asiento trasero de terciopelo, cómodo y con la longitud suficiente. A las ocho de la mañana ya estaba otra vez en la Conservera Toyo, delante de la mesa del señor Coletti. Levantó la vista de unos papeles.

—Hoy no hay nada —dijo.

—¿Mañana?

—Nunca se sabe.

Aquello me dio ánimos. Me caía bien Coletti. Nos entendíamos y ya empezábamos a conocernos. Todas las mañanas dejaba el Cadillac y me iba a la Toyo a charlar un rato con él. Nunca cruzamos palabras violentas. A veces se quedaba mirando mi ropa, el traje gris que no me quitaba desde que había llegado a Los Ángeles, ya arrugado, sucio y deforme. «Hoy no hay nada», decía. «Las cosas van todavía despacio». Hasta que un día tocamos un punto relacionado con la producción.

—No hay pescado —dijo—. Estamos esperando a los barcos.

Yo no cabía en mí de entusiasmo. Me había dado información confidencial. No tardaría en conseguir un empleo. Tenía que persistir. Ya no necesitaba buscar en otros sitios. Dios sabía que lo había intentado.

¿Por qué me habían rechazado? ¿Por mi ropa? ¿Por mi cara? Me miraba en los escaparates, veía la negra película de la barba, el aspecto demacrado, el aire de derrota. ¿Repugnaba a la gente? ¿Despertaba algún misterioso antagonismo, la ira del mundo? Llegó un momento en que me daba miedo hablar con jefes y capataces. Solo Coletti y el señor Atwater me aceptaban, me daban esperanzas y comida. Recorría las calles. Iba a la biblioteca pública, leía unas horas y volvía a cenar a la Misión del Espíritu Santo. Me pasó por la cabeza la idea de mendigar, había visto pedigüños recibiendo monedas y parecía fácil. Pero me faltaba valor. Me daba demasiada vergüenza. En aquellos momentos me parecía insufrible incluso el período febril en que me había ganado la vida fregando platos en Los Ángeles.

Al cabo de un mes en Wilmington respondió Coletti.

—Empiezas mañana. Te quiero aquí a las siete.

Quise besarle la mano, pero me limité a decirle:

—Gracias.

Salí con el pecho rebosante de alegría y dolor, pasé por los muelles, donde los estibadores cargaban mercancías y había trabajadores maniobrando con carretillas elevadoras, riendo y bromeando, y yo también reía, porque era uno de ellos, tenía un empleo, pertenecía otra vez a la especie humana. En la Misión del Espíritu Santo canté a pleno pulmón y lloré cuando el señor Atwater nos habló de la misericordia de Dios. Cuando repartieron las rojas manzanas Washington, sostuve la mía como si fuera el cáliz bendito, demasiado sagrado para consumirse.

Junto a mí se sentaba una anciana con unos cuantos dientes que parecían colmillos de animal. Le sonreí y le pregunté si le apetecía otra manzana. Asintió con la cabeza sonriendo, cogió la manzana y la guardó en una bolsa de papel. Me sentí ennoblecido. En vez de pedir, daba.

Y llegó la hora de dormir, de retirarse y prepararse para la primera jornada laboral. Nada más subir a mi Cadillac y tumbarme, el encargado del establecimiento se abalanzó sobre mí y me dijo que bajara del coche. Enarboló un gato manual, como

si fuera a machacarme el cráneo.

—Largo de aquí, vago. La próxima vez avisaré a la policía.

Un vagabundo siempre toma nota de los lugares donde puede dormir: edificios vacíos, sótanos abiertos, cobertizos. Yo tenía archivado en mi cerebro un lugar así, un escondrijo bajo un puente del Tucker, que solo era río cuando llovía.

Camino del puente pasé por la terminal de los vapores de pasajeros que iban a Catalina, para proveerme de tabaco. La terminal era sin duda el mejor centro de abastecimiento de todo el puerto. Tenía las mejores marcas —Pall Mall, Tareyton, Chesterfield—, en tamaño largo y en abundancia. Era la mejor hora para reponer existencias, porque el *Catalina* acababa de volver de la isla y los pasajeros ya se habían ido. No me defraudaron mis previsiones. Todos los ceniceros estaban a rebosar de colillas maravillosas y los recorrí uno por uno, seleccionando los de mis marcas preferidas y llenándome los bolsillos de la chaqueta. Había sido un buen día. Tenía una colocación, había cenado opíparamente en el Espíritu Santo y tenía tabaco de sobra para el día siguiente.

Una luna color crema iluminaba el puerto mientras avanzaba penosamente por la arena y entre los arbustos hacia el puente del Tucker. El cauce era un hilo de residuos de alcantarilla que surcaba el lecho de arena blanca. Habían arrastrado una barca debajo del puente y la habían cubierto con una lona. Doblé la lona y le di forma de colchón. ¡Cuánta belleza había bajo aquel puente! Los amarillentos rayos de luna penetraban por ambos lados y el agua reía cuando el creciente flujo de la marea se estrellaba contra los pilares.

Me tendí de espaldas y pensé en el futuro. Había que aplazar todos los proyectos literarios. Lo que importaba en el presente era seguir vivo. Y decidí que nunca más volvería a ser pobre. Me mataría a trabajar para Coletti y la Conservera Toyo. Ahorraría hasta el último centavo. Guardaría la calderilla en el bolsillo e ingresaría los dólares en el banco. Protegería mi cuerpo, mi vida, con dinero. Sería inexpugnable. No volverían a hacerme daño. Todavía era joven. El 8 de diciembre, un mes más tarde, cumpliría los veinte. Había tiempo de sobra. Por fin soplaban todos los vientos a mi favor. Sonreí mientras musitaba un padrenuestro.

Me despertó una picadura. Tenía algo en la pierna. Me incorporé. Sentí otra picadura en la mano, en el dedo meñique. Sacudí la mano. Colgando de mi dedo había una bestia, un animal, un ser. Era de color marrón. Era un cangrejo. Seguí colgado. Lo estrellé contra el bote. Se desprendió. Me levanté. Estaba inundado de cangrejos, los tenía por las piernas, por dentro de los pantalones, y avanzaban mordiéndome. Los sentí en el escroto. Me quité uno de la cabeza. Di un salto y un grito. Me cayeron de la ropa. Producían un ruidito metálico. Me puse a dar saltos. Grité de terror. Salí corriendo de debajo del puente y me desnudé a plena luz del día. Desde allí veía el tráfico. Me quité los pantalones, la camisa, los calzoncillos. Me quedé desnudo, ardiendo por todas partes, y me froté con arena las sangrantes heridas, corrí como un poseso, me revolqué en los arbustos y la arena, y aullé como

un perro. Oí una sirena. Vi la roja luz destellante. Vi acercarse el coche patrulla, frenar en la arena. Dos agentes con porra corrieron hacia mí.

—¡Mi ropa! —dije, recogéndola de cualquier manera, la camisa, la chaqueta, el pantalón, los agentes corriendo detrás de mí mientras yo me alejaba a gatas.

Me sujetaron por las axilas y me condujeron al coche patrulla. Abrieron la portezuela y me arrojaron al interior. Me cubrí las partes con la ropa y me puse a tiritar, el coche arrancó, los dientes me castañeteaban, me sentía morir y luchaba por seguir vivo.

Me llevaron a la sala de urgencias del hospital. El coche frenó bruscamente en la entrada.

—Póngase los pantalones —dijo el policía más viejo.

Deshice el montón de ropa sin dejar de tiritar y con la mano cepillé la arena sobre el asiento y el suelo del vehículo. El policía viejo se puso furioso.

—¡Cuidado con esa arena!

Cogió una manta y me abrió la puerta. Cuando bajé, me puso la manta encima.

Entraron conmigo por la puerta lateral de urgencias y el policía viejo dio un tirón a la manta. La arrojó al suelo con asco. Yo seguía con la ropa abrazada contra el pecho. El médico nos miraba impávido.

—Esta vez le traemos una joya, doctor —dijo el policía viejo sonriendo.

El médico era un sujeto rubio de unos treinta años e iba enfundado en una bata azul. Me raspó el hombro con la uña, con delicadeza. Tenía la piel tan sucia que había adquirido el color gris verdoso de la caballa.

—¿Se ha bañado usted alguna vez? —preguntó el médico.

—Antes me bañaba a menudo.

—Deje la ropa en la silla y sígame.

Tiré los harapos en la silla y fui con él por el pasillo hasta que llegamos a una ducha. Me alargó una pastilla de jabón y una toalla. Me metí bajo el agua caliente. Nunca había estado tan cerca del cielo. Dejé de tiritar y volví a ver el color rosado de mi carne. Me sequé y regresé a la sala de urgencias. Los policías seguían allí, fumando y hablando con el médico. Me tendí en la camilla y el médico me puso en las heridas un antiséptico amarillento. El policía viejo empezó a interrogarme: nombre, dirección, situación militar. Luego me preguntó con toda tranquilidad:

—¿Desde cuándo lleva haciéndolo?

Lo miré.

—¿El qué?

—Exhibicionismo.

Me incorporé.

—¡Nunca!

Volví a tiritar mientras contaba lo de la agresión de los cangrejos. Los entretuve pero no los convencí. Les mostré los brazos y las piernas para que vieran las heridas. Los agentes no se inmutaron.

—Puede que se las haya infligido usted —dijo el policía viejo, volviéndose hacia el facultativo—. ¿Usted qué cree, doctor?

Se me hizo un nudo en el estómago y me quedé mirando al médico con expectación. Hasta entonces había sido imparcial y algo simpático, era un profesional, pero no era un policía.

—¡Dígaselo! —bramé.

Apartó los ojos de mí, miró a los policías y volvió a lavar las heridas.

—No creo que se las haya infligido él —dijo—. Pero tampoco que le atacaran los cangrejos.

Sentí la angustia en el pecho, la agitación que induce al llanto. ¡Dios Todopoderoso, no quiero llorar! ¡Señor, haz que sea un hombre como mi padre!

El policía viejo dio un salto de pronto.

—¡Por Dios! —exclamó mirando al suelo.

Un cangrejo avanzaba hacia él, deslizándose por el reluciente suelo de baldosas. Otro corría con premura hacia la ranura de la puerta. Otro salió de la pernera de mi pantalón, moviendo las antenas como si inspeccionara aquel territorio desconocido. Entonces rompí a llorar. Me senté en la camilla, me abracé las rodillas y lloré, porque el mundo estaba corrompido y lo único que acudía en mi ayuda era aquel puñado de animalejos que eran los causantes de todo.

Mi estallido impresionó a los agentes. Salieron de espaldas y volvieron al coche patrulla. Los vi por la ventana, en los asientos delanteros, la cabeza echada hacia atrás, la gorra sobre los ojos.

El médico se lavó las manos y se las secó con cara de arrepentimiento.

—Echemos otro vistazo a estas picaduras de cangrejo —sugirió, y siguió murmurando para sí mientras tocaba distintos puntos—. Voy a ponerle una antitetánica —dijo—. ¿Le han puesto alguna?

Le dije que sí, hacía un par de años. Me puso boca abajo y me clavó una aguja en la nalga. Me dolió. Me incorporé.

—¿Ya está?

—Todavía no. También quiero administrarle penicilina.

Me la puso en el brazo.

—Muy bien —dijo—. Puede vestirse.

Recogí los pantalones llenos de arena. Los levanté para mirarlos. Daban auténtico asco.

—Si a los agentes no les importa, yo preferiría la manta.

—Vamos a solucionar eso.

Se alejó por el pasillo y volvió con unos Levi's, una camiseta gruesa de color gris, calzoncillos y calcetines. Era ropa vieja, pero estaba limpia. Le di las gracias y me vestí mientras él perseguía a los cangrejos con un trapo empapado en cloroformo.

Nos despedimos, subí al coche patrulla y me llevaron a la comisaría del distrito de Wilmington del Departamento de Policía de Los Ángeles. Me ficharon por vago. Me

encerraron en el calabozo con otros cuatro delincuentes y a eso de mediodía el furgón nos llevó a la cárcel de Lincoln Heights, en Los Ángeles.

Pensé en la Conservera Toyo, en las esperanzas depositadas en ella, en su hermosura, ajándose allá en el muelle, llena de latas y despidiendo un fascinante hedor a pescado, a aguas residuales, a basura, a alquitrán, y pensé con afecto en Coletti, que había creído en mí. Y me pregunté si yo era tan maduro como me pensaba. Miré a los demás presos del furgón. Los habían detenido por camorristas, tenían los ojos amoratados, alguno llevaba la cabeza vendada y otro los nudillos. Una panda de desgraciados desplazándose bajo los cálidos rayos del sol.

El trayecto terminó en la sección de borrachos de Lincoln Heights, una celda muy grande con hombres de ropa arrugada, tirados en bancos de madera, cansados de esperar.

Por la mañana me condujeron con otros cincuenta al juzgado de Sunrise. Cuando vocearon mi nombre, me adelanté y me declaré culpable de vagancia. No tenía elección. Si me hubiera declarado inocente, dado que no tenía la inevitable fianza me habrían tenido dos meses entre rejas, mientras esperaba el juicio y el nombramiento del abogado de oficio. El juez me condenó a diez dólares de multa o cinco días de cárcel.

Al despertar el cuarto día de condena vi a un viejo conocido al que habían llevado a mi celda durante la noche. Era el Loco Hernández, el escritor friegaplatos. Estaba sentado en su litera, fumando un cigarrillo. Se abalanzó sobre mí, como si fuéramos amigos de toda la vida, y bailó conmigo por la celda. Estaba acusado de posesión de marihuana. Y no es solo que le hubieran acusado de poseerla, es que la estaba fumando, con el porro medio escondido en la mano. Esto explicaba su entusiasmo al verme. Dado que estaba eufórico, le pedí que me prestara algo de dinero.

—¡Todo lo que tengo! —Se quitó un zapato, sacó un billete y me lo puso en la mano. Un dólar—. Hay más donde salió este —fanfarroneó. Pero era mentira. Miré el interior del zapato y allí no había más billetes.

¡El bueno de Hernández! Nunca sabría lo que significó para mí aquel dólar la mañana que me pusieron en libertad: un viaje en autobús hasta el puerto, nada de autostop, sin miedo de que volvieran a detenerme, un paseo hasta la Conservera Toyo y mi amigo Coletti.

Lo encontré mirando unos papeles que tenía en la mesa.

—Buenas, señor Coletti —dije.

—Creí que querías trabajar.

—He estado enfermo, en el hospital.

—Tienes mala cara.

—Ya estoy bien.

—Ve al almacén y habla con Julio.

Julio era el segundo encargado de un equipo compuesto por diez hombres, seis mexicanos y cuatro filipinos. Estaban cargando cajas de latas de atún en un vagón de

tren. Me puse en la cadena. Se pasaban las cajas como si fueran pelotas de baloncesto, riendo y haciendo el ganso. Yo tenía que recurrir a todas mis fuerzas para moverlas. Fue una jornada larga y cuando concluyó, no podía ni doblar los dedos.

Volví al despacho de Coletti. Se estaba poniendo la chaqueta.

—¿Sí?

—¿Podría pagarme por lo que he trabajado hoy?

—En esta empresa no hacemos eso.

—Necesito encontrar alojamiento.

—Joder, cuántos problemas tienes.

Pero sacó seis dólares del cajón y me los dio.

Fui un desastre en la Conservera Toyo. Una vergüenza. No podía con el trabajo. Era demasiado pesado para mí. A los dieciocho años, en el último curso del instituto, pesaba setenta y cinco kilos, no era un individuo corpulento, pero sí fornido, un sujeto chaparro con buenos músculos y piernas recias, un defensa potente, un beisbolista rápido. En la conservera era otra historia. Aquellos filipinos delgados y nervudos, aquellos incansables mexicanos me dejaban en ridículo, me moría de vergüenza y me agotaba inútilmente. Cargaban sacos de sal marina de cincuenta kilos como si tal cosa, mientras que a mí se me amorataba la cara por el esfuerzo y se me caían los sacos. Mientras yo descansaba una hora con la lengua fuera, ellos cargaban hielo picado. Julio, el encargado, observaba sin decir nada. También los demás veían lo que ocurría y fingían no verlo. Era una prueba y estaban esperando a que yo tirase la toalla. Incluso Coletti se dejaba caer por allí para controlar el trabajo desde la puerta: observaba un momento y se iba. Cierta día tuvimos que sacar toneladas de hielo de la bodega de un barco pesquero medio hundido. Estuvimos metidos en agua helada durante dos días, con botas hasta la ingle. Me detuve a descansar en un montón de sacos y me quedé dormido. Me despertó Julio.

La faena había terminado, habían sacado todo el hielo. Estaba helado y tiritando. Coletti quería verme.

—Estás despedido —dijo, alargándome un cheque.

Había estado dos semanas y dos días en la Conservera Toyo. El cheque era por tres semanas.

—Una pequeña gratificación —dijo Coletti.

¿Y ahora? ¿En qué mundo encajaba un hombre que no era capaz ni de cargar fertilizante con una pala? Recordé otra vida, las horas sagradas con Dostoievski, y supe que aquello no volvería nunca. ¿Trabajaría de conserje? ¿En un estanco? ¿De botones? Mi abuelo, el padre de mi padre, había sido afilador ambulante en los Abruzos. ¿Era aquel mi destino? De pronto quise volver a casa, a la casa de mi padre, a los brazos de mi madre, a sus menestras, a mi antigua cama, para quedarme allí acostado el resto de mi vida. Pero era imposible. ¿Con qué cara me presentaba ante ellos? Durante los primeros días les había escrito unas cuantas cartas, todas llenas de inventos y mentiras. Nunca más podría mirarles a la cara.

Fui de lo más oportuno. Llegué a San Elmo tres horas después de declarármeme una gripe. Mi madre estaba en el fregadero, se volvió y me vio en la puerta.

—¡Henry! Dios Santo, ¿qué ha ocurrido?

Me metió en la cama. Me dio sopa caliente. Llamó al doctor Maselli, que me recetó antibióticos. Desperté y vi a mi padre.

—¿Cómo estás?

—De fábula —dije.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—El que haga falta.

—¿Quieres trabajar conmigo?

—En este preciso momento, no.

—Duerme. Ya hablaremos.

Comí y dormí. A veces dormía y comía. El colon se me atascó. Mi madre me puso una lavativa. No funcionó. Me puso otra. Me encerré en el cuarto de baño y empujé con fuerza. ¡Éxito! Salió con mucho ruido. Mi madre, al otro lado de la puerta, rompió a aplaudir.

—¡Gracias, Señor, gracias, Señor!

Fue como si la purga hubiera eliminado todos los males, las toxinas del cuerpo y las imperfecciones del alma. Por la mañana me sentía limpio y puro. Puse una mesita junto a la ventana y empecé a escribir.

Escribí a mano, en un cuaderno escolar de papel pautado, ya que de máquinas de escribir no sabía nada ni me importaba. Bastaba con mi caligrafía, que era clara, minuciosa y pulcra. En dos días terminé un cuento sobre la Conservera Toyo, sobre el personal masculino y femenino que trabajaba allí y sobre la aventura amorosa que tenían mi jefe, José, y una mexicana. Al terminarlo, lo repasé para ver el efecto. No, no era Fiódor Dostoievski. No sabía lo que era. Un popurrí. Era Jack London, Raymond Chandler, James M. Cain, Hemingway, Steinbeck y Scott Fitzgerald. Incluso tenía algún rasgo de Henry Molise. Una maravilla, un objeto bello. ¿Qué podía hacer con él? ¿Dónde le sacaría más provecho? En *The Saturday Evening Post*; naturalmente. Y allí lo envié, con cuaderno y todo.

Me lo devolvieron tan aprisa que dudé que hubiera tenido tiempo de ir y volver de Filadelfia. Sonreí al ver la nota de rechazo. No importaba. Ya tenía otro cuento listo para echarlo al buzón. Este otro lo envié a *The Saturday Evening Post*, el primero lo mandé a *Collier's*. En dos meses —defendiéndome del viejo con una mano y escribiendo con la otra— terminé cinco cuentos sobre la conservera, sobre el puerto de Los Ángeles, sobre filipinos y mexicanos. No recibí el menor comentario crítico del *Post* ni de *Collier's*. Ni una sola frase humana que reconociera mi existencia. Inspeccioné detenidamente las páginas de los manuscritos devueltos. No vi manchas, ni huellas de dedos, ninguna señal. Eran tiempos difíciles. El viejo me miraba como si contendiera con un perro que estorbaba, un perro que comía demasiado y dejaba pelos en el sofá. En otra época me gruñía porque leía demasiado. Ahora se burlaba porque escribía demasiado. Lo intenté con valentía por última vez. Terminé un cuento sobre el Loco Hernández y lo mandé al *Post* Con él fueron mis últimas esperanzas de librarme del ladrillo, la piedra y el hormigón. Me dio la sensación de que me lo devolvían más aprisa que los anteriores, y abrí el sobre marrón sentado en los escalones del porche. Sufrí una conmoción. Con el manuscrito venía una carta. Decía:

Estimado señor Molise:

¿Qué tiene usted contra las máquinas de escribir? Si mecanografía este escrito en papel normal de 22 X 30 cm, con mucho gusto le echaré otro vistazo. En el presente estado ni lo tocarían en la imprenta.

Atentamente,

Hice un esfuerzo para no salir corriendo hacia el *San Elmo Journal*. Sentía los latidos del corazón en la garganta y tenía miedo de desmayarme en la calle con el cuento del Loco Hernández abrazado contra el pecho. Se lo enseñé a Art Cohen, director del *Journal* y mi profesor de inglés en el instituto. Me condujo ante una máquina de escribir que había en la parte trasera y me dijo que me sentase. Durante media hora me dio instrucciones sobre el uso de la máquina. Luego me dejó solo. Me había costado dos días escribir el cuento del Loco Hernández. Tardé diez en mecanografiarlo sin equivocaciones. Pero ¿qué eran diez días? Cuando llegara el cheque me iría a San Francisco y alquilaría una habitación en North Beach. Compraría una máquina de escribir, la instalaría junto a una ventana que diese al mar y escribiría. Lo mejor de todo era que ya no tendría que preocuparme por transportar capazos, mezclar barro y chapotear en el hormigón húmedo.

¿Qué te pasa, Dostoievski? ¿Es que no te parece bien el *Saturday Evening Post*? Pues voy a decirte algo, Fiódor. He visto tus trabajos periodísticos de 1875 y, francamente, son chabacanos y comerciales, pero con ellos ganaste buenos rublos. Así que no nos escandalicemos por el cuento del *Post*. En tu época hiciste cosas peores...

Y allí estaba yo, en la oscuridad, en la fosa del colchón de mi madre, oliendo el dulce aroma de su pelo, y allí estaba él otra vez, el incansable viejo, otra vez tratando de convencerme de que lo acompañase a aquellas inhóspitas montañas donde aguardaba el hormigón y donde un idiota quería construir una cámara de ahumar comestibles. Tanto ajetreo para esto. Después de treinta años había visto la luz. Al final iba a ser peón de albañil.

Por la mañana me despertaron los ruidos, pasos vigorosos delante de mi ventana, estrépito de madera, gritos, risas. El sol estaba alto, pegaba fuerte y trataba de colarse por las persianas con malas ideas.

Encontré una vieja bata de algodón en el armario de mi madre y salí al porche delantero. Zarlingo, Cavallaro y mi padre estaban cargando material de construcción en la furgoneta Datsun: tablas, palas, artesas de hormigón, una carretilla, herramientas. Sudaban bajo el calor matutino; papá tenía la cara más roja que una rosa y una mancha de sudor le recorría de arriba abajo la espalda de la camisa caqui.

Se detuvieron junto a la furgoneta a limpiarse la cara y tomarse una cerveza. El cielo era una despejada sábana de fuego azul, trémula, infinita. No me vieron hasta pasados unos minutos.

—¿Aún no te has vestido? —dijo mi padre.

—No, aún no me he vestido.

—¿Por qué no te vistes como todo el mundo?

—Acabo de levantarme. ¿Te molesta?

—¿Vas a trabajar conmigo o no?

—Aún no estamos en las montañas.

Zarlingo miró en la cabina de la furgoneta.

—Mierda. Nos hemos quedado sin cerveza.

—Vamos al Roma —dijo papá—. Prefiero la cerveza de barril. —Me miró entornando los ojos, como si le diese el sol en la cara—. Vístete. Eso que llevas es la bata de tu madre. Quítatela. Nos vamos dentro de una hora. Espero que estés listo para entonces.

Subieron a la cabina. Zarlingo se puso al volante. No me gustaba el cariz que tomaba aquello. El aire bullía, cargado de vibraciones diabólicas. En cuanto se puso en marcha el vehículo, lancé un alarido. Zarlingo pisó el freno. Me acerqué a la furgoneta. Mi padre se asomó por la ventanilla.

—¿Qué pasa ahora?

Señalé con la cabeza a sus amigos.

—¿También trabajan contigo estos dos borrachos? Porque si es así, dimito inmediatamente.

—¿Que dimites? —estalló—. ¡Pero si no has empezado!

—¿Trabajan o no trabajan contigo?

Zarlingo puso la mano en la rodilla de mi padre para calmarlo.

—Yo hablaré con el chico, Nick. —Se volvió hacia mí—. Mira, hijito, nosotros no trabajamos con tu padre.

—No me llame hijito —dije.

—Le estamos echando una mano —añadió—. ¿Lo entiendes, macho? O sea que cierra el pico y vete a incordiar a otra parte.

—*Mannaggia!* —bramó mi padre, bajando de la furgoneta, encarándose conmigo y rociándome de saliva—. ¿Qué te has propuesto? Estos hombres son amigos míos. Me están haciendo un favor, cargan mis herramientas gratis, ¿qué derecho tienes a hablar así? Utiliza la cabeza. Ten algún respeto.

Apesadumbrados y ofendidos, Zarlingo y Cavallaro miraban fijamente al frente. Yo no entendía por qué los defendía papá, eran gentuza, unos mierdas malintencionados y era imposible tener educación con ellos. De todos modos, para que hubiera paz, dije:

—Lo siento.

Siguieron rígidos e indignados. Mi padre volvió a subir a la cabina de la furgoneta.

—Vámonos —dijo.

Zarlingo metió la primera y mientras la furgoneta se alejaba, mi padre se asomó por la ventanilla.

—Vístete, joder. Y quítate esa bata.

Me estremecí al sentirlas, aquellas temibles vibraciones, porque había algo estúpido e inexorable en todo aquel asunto, una trampa, un agujero negro y lleno de serpientes de cascabel. Debería haber abandonado la escena en aquel punto y hora, incluso con la bata de mi madre puesta debería haber abordado el primer autobús que saliera del pueblo.

Lejos de ello, me duché, me afeité y me puse las viejas prendas de mi juventud, un pantalón de pana, una camisa de paño basto y unas botas de excursionista ya deformes. Qué extraño era sentirme dentro de aquella ropa antigua, como una serpiente que muda la piel y descubre debajo otra anterior. Me sentía como un viejo de dieciséis años.

Mi madre se quedó mirando la ropa. Le daba igual lo que me pusiera.

—Qué joven estás —dijo.

—Me sienta como un tiro.

Quise decirle que aquella ropa me recordaba a la ropa de un muerto, a la ropa de mi adolescencia, a una época de tensión y crisis, a la pobreza de la familia en medio de la prosperidad de mi padre, a la ira que este me producía, al convencimiento de que Dios no gobernaba el mundo a fin de cuentas, a la sed de éxitos y placeres, a saltar las barreras de la casa y el pueblo, a transformarme en otro, a escribir, a follar y escribir.

Mientras desayunaba experimenté un cambio de perspectiva en consonancia con el cambio de ropa: los mismos cuchillos y tenedores de mi juventud, los mismos platos, el mango liso y gastado del mismo cuchillo del pan, el anticuado crucifijo colgado encima de la cocina, todo igual de viejo, igual de liso e igual de blando que la mano de mi madre. Mientras yo tomaba el café, ella me observó con mirada

inquieta, insegura de mi identidad.

—No es obligatorio que trabajes con tu padre. Tal vez sea mejor que no lo hagas.

—Ya lo sé.

—Haz lo que consideres que está bien... para ti.

La ética no era el meollo de la cuestión. Era que yo había visto la muerte reflejada en la cara de un anciano que se aferraba a la vida con furia. No me extraña que fuera tozudo, caprichoso, egoísta y estuviera un poco loco. Pese a todo seguía siendo mi padre. Si le fallaba en aquel último esfuerzo suyo por hacer algo podría acelerar su final, y yo no quería cargar con aquella responsabilidad el resto de mi vida. La verdad es que en ningún momento me había negado a ir con él a las montañas. Simplemente había dejado que él y mi madre me involucraran en el plan. Mi padre tenía derecho a un último y pequeño triunfo, a construir aquella cámara de piedra en las montañas.

Como aún faltaba media hora para partir, decidí dar una sorpresa a mi mujer y visité a su madre. Hilda Dietrich tenía ochenta años y vivía sola en una casita blanca que parecía un joyero, situada a unas manzanas. La casa tenía cien años de antigüedad y era francamente pequeña, con una galería de columnas blancas alrededor y rosas trepadoras y madreselva en los espaldares del porche porticado de la entrada. La parcela estaba tan limpia y adecentada que parecía un escenario teatral. Entre la valla de madera blanca y el alto seto de eugenia que cerraba el callejón trasero había media hectárea de césped, arriates y pilas para pájaros. No había ni una ramita, ni una hoja mustia enturbiando la herbosa superficie. El lugar era célebre en la zona. Todo el mundo hacía fotos de aquella casita genuinamente californiana, cuidada con gran celo por una anciana muy digna que había dedicado toda su vida a ella.

Hilda Dietrich y yo estábamos estrechamente unidos por un sentimiento que nos ataba para toda la eternidad: el odio. Nunca había perdonado a Harriett que se casara conmigo ni yo le perdonaba a ella que fuese la madre de mi mujer.

Lo que mi suegra no toleraba era mi ascendencia italiana. San Elmo ha cambiado mucho, pero hace cuarenta años los inmigrantes italianos representaban la tercera parte de la población. Los señoritos de la zona, los americanoprotestantes —los Schmidt, los Eicheldorn, los Kisberg y los Dietrich—, llenos de horror, se vieron de pronto rodeados por ruidosos macarronis que trabajaban en la construcción del ferrocarril de la Southern Pacific. Macarronis que se multiplicaron en proles numerosas de tez desagradablemente morena y construyeron una iglesia católica para cultivar sus primitivas supersticiones.

Con la promulgación de la Ley Seca, muchos de aquellos primates se dedicaron al contrabando. Compraron tierras, cultivaron viñas y, a pesar de las bombas que estallaban ocasionalmente y un par de tiroteos entre bandas, adquirieron una respetabilidad molesta. En 1926 saltó por los aires la fachada del Café Roma y en 1931 un matón llamado Petresini fue abatido a tiros en el cruce de Lincoln y Vernon. Los proyectiles que mataron a Petresini se incrustaron en un poste de teléfonos que había allí mismo, y los niños de las generaciones posteriores acudíamos a medir la profundidad de los impactos, como Santo Tomás cuando introdujo el dubitativo dedo en las heridas de Nuestro Señor.

Hilda Dietrich tenía cuarenta años en la época de Franklin Roosevelt, ya era madre y estaba casada con el reverendo Herman Dietrich, pastor de la Iglesia luterana. Al igual que su marido, que lo decía en el púlpito, la señora Dietrich estaba totalmente convencida de que los italianos tenían sangre africana, de que todos llevaban navaja y de que el país estaba en las garras de la Mafia. No era ninguna exageración. Había muchas personas preocupadas que también lo creían, en

particular los italoamericanos.

Conocí a Harriet Dietrich un año después de la defunción de su padre, durante el verano en que se publicó mi primer libro. Había llegado de Berkeley y trabajaba de auxiliar en la biblioteca pública. Le firmé los dos ejemplares que tenían en la biblioteca, los estrechó contra su pecho y elogió mi obra, la nobleza de su objetivo, el estilo espontáneo, etc. Yo era mejor que Faulkner, dijo, mejor que Hemingway. Admití que sí y abandoné la biblioteca mareado. ¡Qué inteligencia tan delicada tenía! Bien informada, perspicaz, y con un conocimiento de la literatura mundial que me dejaba sin aliento. Cuando cayó la noche, cuatro horas después, me planté en su casa, dispuesto a proseguir nuestra estimulante conversación.

Como no habíamos quedado, se llevó una sorpresa, me recibió con una sonrisa y me hizo pasar a un saloncito Victoriano, donde vi sillas de terciopelo rojo y un confidente. Me dijo susurrando que su madre se había acostado ya y que estaba en la habitación contigua. Fingí cierta pesadumbre, me disculpé por presentarme tan tarde y me dirigí a la puerta, sabiendo que ella me lo impediría, cosa que hizo en el acto, conduciéndome otra vez hacia el confidente, donde no hice más que mirarle el noble, redondo y sensual trasero y preguntarme si tendría el vello púbico tan rubio como la melena que le llegaba hasta el hombro. Su voz era dulce cual brisa nocturna y fantaseé con que su boca de cereza me susurraba: «¡Fóllame, por favor, Henry, fóllame!». La vi cruzar y descruzar unas piernas de oro que asomaban bajo una falda corta, y lancé un suspiro al imaginar que me atenazaba con ellas con una llave de tijera. El pecho le subía y le bajaba al respirar e imaginé que le desnudaba los senos de forma solemne, como si elevara sendos cálices de oro hacia el cielo. El polvo estaba cantado, porque estábamos pegados como lapas y buscando posturas. No era amor, sino algo mejor: lujuria.

Entonces oímos salir del dormitorio la voz áspera y enfadada de la señora Dietrich:

—Harriet, haz el favor de venir.

Harriet puso cara de temor, sonrió con nerviosismo mientras se disculpaba y abrió la puerta del dormitorio en sombras. En cuanto Harriet cerró la puerta hubo un cruce de murmullos irritados. Medio minuto después salía Harriet echando chispas por los ojos. Evitó mi mirada y procuró calmarse.

—¿Pasa algo? —dije.

Sonrió.

—Te pido perdón por hacerte esta pregunta, pero ¿vas... armado?

—¿Quieres decir si llevo pistola?

Era todo tan ridículo que se echó a reír.

—Mi madre dice que a lo mejor llevas encima una navaja.

—¿Por qué?

—Porque eres italiano.

—Ay, joder, está loca.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció la señora Dietrich con una bata encima del camisón y calzada con zapatillas. Decían que había sido una de las mujeres más hermosas del pueblo. Ya no lo era. Tenía las mejillas flácidas y se le notaban los tendones del cuello, aunque conservaba unas curvas atractivas. Extendió el brazo con autoridad y me señaló la puerta de la calle.

—¡Fuera! —exigió—. Váyase de mi casa, joven, o llamo a la policía.

Miré a Harriet.

—Pero ¿qué es esto?

—Vete, por favor —dijo cogiéndome la mano—. Por favor.

Fui a la puerta con ella.

—¿Qué pasa aquí?

Me empujó hacia el porche con suavidad.

—Nos veremos mañana, en la biblioteca.

—Cierra la puerta —dijo la señora Dietrich.

Harriet era valiente, pero le habían enseñado a temer a su intratable progenitora. La señora Dietrich, como es natural, le prohibió volver a verme, de manera que nos vimos obligados a pasar a la clandestinidad. No era fácil en Placer County. Había Dietrich por todas partes, en pueblos, en granjas, en aldeas de montaña. Acudíamos a las citas en coches separados y solíamos vernos en restaurantes de carretera, en caminos comarcales, en granjas abandonadas, en huertos y viñedos.

Si un primo o un tío nos localizaban, avisaban por teléfono al palacio real de San Elmo. Al principio tuvo su gracia, pero al cabo de un par de meses nos hartamos. Una mañana de julio fui a buscarla a la biblioteca, la cogí del brazo y la llevé al coche. Fuimos al Lago Tahoe, a la parte de Nevada, y allí nos casó un juez de paz. Pasamos la noche de bodas en un hotel junto al lago y a la mañana siguiente volvimos a San Elmo para enfrentarnos con la señora Dietrich. Llovía a cántaros cuando nos detuvimos delante de la casa.

Mientras bajábamos, la señora Dietrich salió de la casa con un impermeable y un paraguas. Su lúgubre expresión, su boca apretada y la tensión de los tendones de su cuello nos informaron de que ya lo sabía y no tenía nada que decir. Subimos los escalones del porche cogidos de la mano. Harriet aventuró una sonrisa.

—Mamá, Henry y yo nos hemos casado.

La señora Dietrich levantó el paraguas y me golpeó en la cabeza.

Habían transcurrido veinticinco años y hacía ya mucho que Harriet y su madre habían hecho las paces. Se carteaban, se llamaban por teléfono y nuestros dos hijos pasaban muchos veranos con la abuela de San Elmo. Pero Henry Molise era anatema. En la casa de los Dietrich no se mencionaba su nombre ni se hablaba de sus libros y guiones de cine. Cada vez que íbamos a San Elmo, Harriet se quedaba en casa de su madre y yo en la de mis padres. Cuatro años atrás, sin embargo, Hilda Dietrich había contraído una pulmonía; su médico nos dijo que estaba en situación crítica y que era conveniente que fuéramos, y así lo hicimos. Fue la primera y última vez que pernocté

en la casa de los Dietrich.

Evité a la enferma todo lo que pude y por el día me iba a jugar al golf, para eclipsarme y no cabrearla en aquel estado. Pero la señora estaba bien y, ante el asombro de su médico, pudo levantarse a los dos días de nuestra llegada. El médico aseguró que era un milagro de los antibióticos, pero yo sabía que era otra cosa. Hilda Dietrich se había curado sola a fuerza de voluntad simplemente para echarme de su domicilio. Cuando nos fuimos, salió al porche para despedirse de su hija con un beso y darle las gracias por la visita.

No estrechó la mano que le alargué, pero dijo:

—Adiós, señor Horrise.

—Molise —dije.

Sonrió con maldad.

—Como si hubiera alguna diferencia.

Nos alejamos del porche, camino del taxi que aguardaba.

—Vieja bruja —dije.

—No seas intolerante —dijo Harriet.

—Vieja bruja.

Llamé cuatro veces al timbre de Hilda Dietrich hasta que se abrieron las cortinas y el rostro blanco de la anciana apareció tras la puerta de cristal, con los fríos ojos dilatados de fastidio. Y allí se quedó, mirándome, sin hacer el menor ademán de abrir la puerta.

—Buenos días —dije.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Harriet me dijo que pasara por aquí.

—¿Con qué objeto?

—Para hacerle una visita. Para ver cómo estaba.

Titubeó.

—Estoy muy ocupada ahora. Dígale a Harriet que estoy bien.

—Será solo un momento.

—En otra ocasión, señor Horrise.

—Molise —dije, silabeando el nombre—. Con eme y con ele.

—Ya que está aquí, me gustaría que se llevara sus palos de golf.

Me había olvidado los palos cuando la visitamos a causa de su enfermedad. Deliberadamente, porque me gustaba el campo local, pero detestaba ir de aquí para allá con los palos. Además, tenía otro juego en casa.

—Preferiría dejarlos aquí, si no es molestia.

—Es muchísima molestia —me soltó.

—En ese caso me los llevaré —dije, esperando que abriese la puerta.

—Están en el cobertizo.

La conversación se interrumpió en seco, nos quedamos mirándonos mutuamente y sentí que la sangre me hervía en el pecho y una necesidad irresistible de cogerle el

viejo y sarmentoso cuello con las dos manos y rompérselo.

La profundidad de su desdén era infinita. Harriet me había dicho que había «cambiado», pero ¿en qué sentido? ¿En que ahora me odiaba más? ¿Qué le había hecho yo a aquella mujer? Si hubiera maltratado a su hija o me hubieran sorprendido con otra mujer, el resentimiento de la madre habría tenido una explicación. Pero en aquellos ojos destellantes y avejentados había algo más que odio. Había temor, había locura, había obsesión enfermiza, miedo a que la rajase con una navaja, al estilo italiano. Nada de cuanto yo dijera o hiciese se lo quitaría de la cabeza, y aquello me crispó y me encabritó.

Me alejé, bajé los escalones a toda velocidad y di la vuelta a la casa, camino del cobertizo. ¡Mis palos de golf! Los había guardado en el rincón más olvidado de un ropero para que no molestaran. ¡Mis palos! Mis magníficos Stan Thompson hechos por encargo, cuatro drivers, nueve hierros, con mango especial y asta plumiforme de grafito, palos caros, armas perfectamente equilibradas que lanzaban las pelotas bien y lejos.

Y allí estaban ahora, en el húmedo suelo de adobe del cobertizo, y la bolsa de cuero casi se me deshizo en las manos cuando la levanté. Escandaloso. Una catástrofe. Tan sacrílego como escupir en la hostia consagrada. Solo un golfista podía comprender que aquello era brutalidad gratuita. Todos los palos estaban oxidados y todos los mangos corroídos. Aquello era algo más que un asesinato perpetrado contra unos palos de golf. Era una agresión contra mí, contra mi vida, contra mi placer. Solo una mente enferma podía haber concebido una profanación así.

Quise vengarme, devolver el golpe, destruir. Miré a mi alrededor y vi las herramientas colgadas limpiamente de los ganchos: rastrillos, palas, tijeras de podar y otros instrumentos. Cogí una sierra y una pala y lancé un suspiro de placer cuando terminé de cortar el mango. Pero entonces me sentí ridículo y avergonzado.

De pronto descubrí los guantes, unos guantes gruesos de jardinería que colgaban de un clavo y tenían la forma de las pequeñas manos de Hilda Dietrich. Me abrí la bragueta y vacié la vejiga en ambos. Tenían forma humana cuando volví a colgarlos: hinchados, grotescos, goteantes, las palmas abiertas, húmedos y suplicantes.

Los tres viejos estaban esperando en la furgoneta cuando volví a la casa, Zarlingo al volante, mi padre entre él y Cavallaro.

—¿Dónde has estado? —preguntó mi padre con voz pastosa—. Vamos, muévete.

Me detuve junto a ellos y observé la inmovilidad de sus caras. Puede que Cavallaro estuviese sobrio, pero Zarlingo y mi padre estaban como una cuba y fumaban sendos puros. Zarlingo estaba totalmente ciego y se le escurría la saliva por las comisuras de la boca.

—Vámonos de una vez —dijo.

—Usted está demasiado borracho para conducir —dije.

Sonrió como un idiota.

—¿Qué te pasa, vago? ¿Tienes miedo?

—Un miedo mortal. Yo no voy.

Eché a andar hacia la casa y los dejé plantados. Mi madre espiaba desde detrás de la puerta de tela metálica.

—Son mala compañía, Henry. Sé buen chico y no vayas con ellos.

Entró conmigo en la cocina y me vio preparar un bocadillo de salchichón.

—Anoche tuve un sueño horrible —dijo—. La furgoneta caía por un precipicio y tú te matabas. Tenías el pecho partido y abierto, y no dejabas de gritar, pero no acudía nadie.

—Gracias por contármelo, mamá.

Cavallaro entró en la casa y se quedó indeciso en la puerta de la cocina.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—¿Te sentirías más seguro si condujera yo?

—¿Cuánto ha bebido usted?

—Dos cervezas, válgame Dios.

Reflexioné mientras daba un mordisco al bocadillo. Cavallaro procuraba ser razonable. No era tan zafio como Zarlingo.

—Mamá —dije—, ¿confías en este hombre?

Mi madre se acercó a él y lo miró a la cara.

—Júrame que no beberás, Louie.

—Te lo juro —dijo, levantando la mano derecha.

—Júralo por la sangre de la Santísima Virgen.

—Lo juro.

Mamá me sonrió con ánimo.

—Ve con ellos, Henry. Todo saldrá bien.

El proyector de mi destino emitió entonces una imagen submarina y vi peces nadando alrededor de mis huesos blancos y mondos. Miré a Cavallaro y a mi madre,

y ya no supe qué pensar. Puede que el más loco de todos fuera el que se había meado en los guantes.

Quisieron que fuese con ellos, en la cabina, pero dije que no.

—Hay sitio de sobra —dijo papá—. Siéntate en mis rodillas.

—No gracias, papi. Iré detrás.

La parte posterior estaba llena de trastos de papá, que fui apartando hasta que pude enderezar la carretilla. Puse encima una lona y me senté al estilo gurú. No cabía duda de que los visillos de organdí rosa que cubrían las ventanillas habían sido cosa de la mujer de Zarlingo. El interior era como un burdel móvil en el que hubiera entrado un albañil con todas sus herramientas. Por la ventanilla vi a mi madre llorando y agitando un pañuelo. La miré con pesar, porque podía ser muy bien la última vez que viera la casa. Cavallaro bajó por Pleasant Street hasta Lincoln, luego dobló al este por Vernon hasta la autopista 80.

Ya fuera del pueblo y tras recorrer unos kilómetros, los tres viejos empezaron a cantar a grito pelado las canciones populares de su juventud, «Let Me Call You Sweetheart», «The Prisoner's Song» y «Three O'Clock in the Morning». Desafinaban de un modo horrible, pero se les notaba contentos, como compañeros de excursión que son libres para ir a donde quieran y evocan los viejos tiempos.

Por la ventanilla pasaban las hermosas laderas otoñales de las colinas, acerolos, carrascas y pinos, casas de labor, viñedos, vacas y ovejas que pastaban entre piedras blancas, melocotoneros y perales. El otoño era allí una estación recia en que la tierra desnudaba su vigor y su fertilidad, y había algo agreste en el aire.

Sonó un golpe en la ventanilla de separación. La abrí.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó mi padre.

—Claro.

Me la pasó goteando y fría gracias a la nevera portátil, y a mi seca garganta le supo a gloria, a perfección, con el tórrido sol encima, los picos blancos de las montañas a lo lejos y la furgoneta Datsun ronroneando con seguridad por la ancha carretera. Ya me sentía bien. Puede que el viaje no fuera un fracaso a la postre.

A treinta kilómetros de San Elmo, Cavallaro redujo la velocidad y dobló bruscamente a la derecha. Entramos en los viñedos de Angelo Musso, un suelo sagrado para mi padre y sus amigos. Durante cincuenta años habían paladeado el estupendo Chianti y el clarete que producían las cepas de aquellas colinas rocosas. No eran solo clientes de Angelo: eran sus esclavos, hombres que se angustiaban cuando se estropeaba la cosecha, porque aquel vino era la leche de su segunda infancia; una vez al mes la entregaban a los clientes por la puerta trasera en garrafas de cuatro litros y recogían los envases vacíos.

Cada cinco años aproximadamente había una helada que destruía las cepas o la última cosecha se agriaba inexplicablemente y los paisanos tenían que pasarse a otra marca. Esta situación les desesperaba, les producía insomnio y reumatismo. Todos los clientes de Angelo vivían con miedo de que pudiera morirse antes que ellos.

La grava del camino crujió cuando frenamos junto a la casa de Musso y bajamos de la furgoneta. Era una casa preciosa, de piedra y de dos plantas, construida por mi padre hacía mucho. Estaba sepultada por las parras que trepaban por la chimenea que sobresalía de la inclinada techumbre de tejas. Un rumor, semejante al del tráfico lejano, vibraba en el aire. Eran abejas, miles de abejas que revoloteaban enfadadas en las parras, un zumbido que sonaba a fúnebre cuando se percibía el ritmo quejumbroso de aquel misterioso treno que parecía levantar la casa del suelo y mantenerla en melancólica suspensión.

Junto a la casa había una pérgola de vides trepadoras, tan densa que no dejaba pasar la luz ni el calor del sol, y bajo su sombra, en el extremo de una mesa alargada, estaba sentado Angelo Musso, de ochenta y cuatro inviernos, un enano calvo, apergaminado, con una piel tiznada por el sol y unos ojos del dorado color del moscatel. Estaba sentado en un sillón roto de terciopelo, tan bajo que la barbilla apenas le llegaba a la mesa.

Angelo Musso no podía articular palabra porque le habían extirpado la laringe a causa de un cáncer hacía diez años. En la pechera de la camisa azul se le veía un reguero de ceniza gris, y tosía sin parar, dado que fumaba sin parar, con dos cajetillas de Camel delante, una garrafa de vino, un encendedor y un cenicero a rebosar.

Angelo Musso era doblemente especial para mi padre y la mayoría de los italianos viejos de Placer County, un oráculo que no transmitía sabiduría, un sabio que no daba consejos, un profeta que no profetizaba y un dios que fermentaba el vino más sabroso del mundo en un campo de quince hectáreas, dotado de piedras grandes y unas cepas sublimes. Aquello lo convertía en divino. Aquello y su silencio forzoso. Como no podía hablar, todos acudían a él para contarle sus problemas. Y todos encontraban soluciones en sus ojos amarillentos.

Nos acercamos a él con devoción, como monjes en hilera que rinden homenaje al abad, le hacen una reverencia, le cogen la mano acartonada y cubierta de venas y se la besan solemnemente. Le hablaron entre susurros, en italiano, le felicitaron por su perfecto estado de salud, diciéndole que cada año parecía más joven, haciéndole sonreír con alegría desdentada.

Mi padre me presentó y, aunque el viejo me había visto muchas veces, no me reconoció en aquel momento. Fiel a la costumbre, le besé una mano que parecía puro hueso y pellejo, me fijé en las manchas amarillas de sus dedos y olí la nicotina que le impregnaba la piel.

Nos sentamos a la mesa y Angelo golpeó la garrafa con una cuchara. A los sonos del campanilleo se abrió la puerta de la cocina y apareció una mujer que llevaba una bandeja con comida y vino.

Era baja, gorda y graciosa como un elefante, pero nos atendió con rapidez, puso los vasos, dos jarras de vino y platos con pan y queso provolone. Tenía unos cincuenta años, un tronco muy ancho que le empujaba la cabeza y un cuello que no se veía por ninguna parte. Llevaba una camiseta, pantalón con peto y un delantalito de volantes. Además tenía bigote, una ligera pelusa del mismo color negro que su pelo. La miré fascinado. No había visto a aquella mujer en mi vida.

—Odette, el ama de llaves —murmuró mi padre.

Odette sirvió a los invitados con rapidez, haciendo piruetas alrededor de la mesa, y volvió a la cocina.

Por respeto al mutismo de Angelo no hablamos mientras comíamos y bebíamos; fue una situación extraña; al fin y al cabo, Angelo oía perfectamente. Pero lo mirábamos besándonos la punta de los dedos para expresarle nuestra satisfacción por el vino frío, la mozzarella casera y el pan italiano. Entonces llegaron las abejas, al principio en avanzadillas individuales, luego en pelotones, para inspeccionar a los invitados de Angelo, aterrizar en sus camisas, en sus brazos, en el borde de los vasos y garrafas. Formaron una especie de aureola alrededor de las canas del anfitrión y probaron su queso y su vino, y el anfitrión parecía gustar de su compañía.

No tardaron en fijarse en mí; primero se acercaron dos o tres, revoloteando, saboreando, olisqueando, luego llegó una horda desenfrenada. Se me pusieron en el pelo y en las orejas, en las manos y en el cuello, me acordé de los cangrejos y me eché a temblar con terror creciente, con deseos de salir corriendo hacia los campos; no obstante, contuve la respiración y el impulso porque sabía que me harían picadillo si lo intentaba.

Angelo emitió una especie de cacareo al ver mis apuros, una risa gallinácea que resonó en su garganta muda, y sus ojillos chispearon como bujías.

—Tú tranquilo —me advirtió mi padre—. Sé cordial con ellas. Para que os conozcáis.

No me picaron, se limitaron a posarse sobre mí y la mayoría se fue tan rápido como había llegado. Bebiendo, bebiendo, pasamos a la etapa de la meditación

profunda, el embrujo del vino trascendió el milagro de su sabor, envolvió nuestra alma en el capullo de las zumbantes abejas, un ronroneo dulce, la cosecha abundante y fresca en aquellas colinas cálidas, ya en brazos de Morfeo y mientras el tiempo transcurría al ritmo del zumbido de las abejas.

Dormí alrededor de una hora, con la cabeza en los brazos y los brazos en la mesa. Al despertar sentí como si me explotasen bombas en el interior del cráneo y mis ojos se esforzaran por salirse de las órbitas. Mi padre murmuraba solo, metía el dedo en el vaso de vino y lo chupeteaba como un idiota. Vi a Cavallaro dando traspiés al sol, haciendo eses mientras avanzaba hacia nosotros, forcejeando por subirse la cremallera de la bragueta sin conseguirlo. Zarlingo y nuestro anfitrión habían desaparecido.

Ardía de sed, quería agua fría en la cara, en todo el cuerpo, un arroyo, una charca, un abrevadero, limpieza fría, me puse en pie y salí al sol dando tumbos, hacia la bodega que había a unos cien metros, una construcción de piedra que parecía una vivienda. ¿Qué había pasado? ¿Por qué había bebido tanto? Tomarse un vino, o dos, incluso tres, vale. Pero sumergir la cabeza, beber sin medida, atiborrarse con el calor que hacía, tentar a la muerte como si tal cosa, en silencio, en compañía de unos viejos borrachos..., *mamma mia!*

Los goznes de la maciza puerta de tablas chirriaron en el momento en que salía Zarlingo, que, cegado por el sol, se tropezó conmigo. Estaba pálido, con la desdicha respuntada en su rostro. Me hizo a un lado como si fuera un zombi y se dirigió a la casa, sujetándose con la mano la hebilla del cinturón. Lo vi alejarse. Llevaba los pantalones al revés.

Me di la vuelta, vi a Odette en el umbral y retrocedí con estupor. Me sonrió, con su delicioso bigote.

—Hola, machote.

—Hola —dije.

—¿Te apetece algo movido?

Fue a tocarme la bragueta y retrocedí.

—Ostras, no.

—Lo que quieras. También la chupo.

—Yo paso.

Me alejé y eché a correr por el sendero, dejé atrás la bodega y me adentré en la viña. En una colina situada a unos doscientos metros vi aspersores oscilantes que creaban un arco iris mientras lanzaban chorros de agua sobre un campo de cepas en las que despuntaban los renuevos. Me dirigí a aquel lugar, me quité la ropa y me quedé desnudo al final del arco iris. Fue una ducha de verano que me refrescó el alma, una ducha nostálgica, un día en Italia, las colinas de la Toscana, y cuando me vestí ya estaba sobrio otra vez.

Al volver a la casa de Angelo vi a Zarlingo y Cavallaro dormidos en la cabina de la furgoneta. Mi padre no estaba a la vista. Fui a la cocina y llamé a la puerta varias

veces. Al final abrí y entré en aquel amplio y desordenado recinto. Odette era un ama de llaves fatal. El fregadero estaba lleno de platos sucios y en el centro de la cocina había un cubo de basura sin tapa. Angelo dormía en un sofá cama, con la dentadura postiza y el tabaco en una mesilla de noche.

Volví al exterior. Odette y mi viejo llegaban por el sendero de la bodega. Las piernas de mi padre parecían de muñeco de trapo. La mujer lo llevaba sujeto por la cintura, deshaciéndose en carcajadas. Estaba completamente dormido, con la camisa por fuera. Entré Odette y yo lo metimos en la cabina, ante el volante, y como quedó con el culo vuelto hacia mí, le di un rodillazo con toda la fuerza que pude y la alegría inundó mi alma.

Dadas las circunstancias, me tocó conducir a mí, con Zarlingo atrás, en la carretilla, y mi padre en la cabina, entre Cavallaro y yo. Dejamos atrás la tierra de las colinas, los huertos y los viñedos y comenzamos a ascender hacia las montañas. El viejo dormía profundamente apoyado en mi hombro, con el aliento agrio como un barril de Angelo Musso.

Al cabo del rato refrescó y la carretera se cubrió de mantos de niebla descendente. Abrí la ventanilla y entraron jirones de nube que acariciaron el pelo de mi padre. Aquel aire le sentaba bien, frío en la nariz y en los pulmones, y despertó mirando a su alrededor, con los ojos como cerezas aplastadas. Tenía ganas de fumarse un puro.

La carretera descendió y fuimos cuesta abajo unos tres kilómetros, hasta un lugar llamado Hondonada de los Alpes. Había una tienda de comestibles y un pequeño bungalow. Frené delante de la tienda y mi padre y Cavallaro se apearon como sacos de leña (oí crujir sus huesos). Zarlingo salió de la parte trasera gruñendo como un animal salvaje. Los tres se alejaron dando tumbos y se adentraron en una catedral de pinos gigantescos, en diferentes direcciones, y vaciaron la vejiga pegados cada uno a un árbol, secreta y furtivamente, bamboleándose como sonámbulos y dándose la espalda, demasiado púdicos para enseñar la polla.

Zarlingo y Cavallaro volvieron a la furgoneta, pero mi padre se fue derecho a la tienda de comestibles. Volvió con un puro en la boca y un paquetito bajo el brazo. Se acercó a la furgoneta con grotesca dignidad de borracho y casi se cayó de bruces al subir.

—¡En marcha! —ordenó, como un idiota que manda sobre otros idiotas.

Le lancé una mirada asesina, asqueado de su alcoholismo vicioso y por derrochar los pocos días de vida que le quedaban.

Abrió la bolsa de papel con sonrisa de diablillo. Era una botella de brandy de medio litro. Me miró, rompió a reír al ver mi cara de repugnancia, y sentí cólera e indignación. Cuando se llevó la botella a los labios, se la arrebaté y la tiré por la ventanilla. Reventó contra una piedra. Mi padre se sorprendió, pero no dijo nada. Sacudió la ceniza del puro y se quedó taladrando el parabrisas con ojos enrojecidos de loco, mientras murmuraba una sarta de insultos en italiano, algo sobre América y la mierda de perro.

Eran ya las seis, el sol se había puesto en la Hondonada de los Alpes hacía un rato y el frío crecía con la rápida noche, pero seguimos subiendo hasta donde el sol creaba una tarta nupcial con los picos nevados, por la autopista 80 que serpenteaba, en dirección este y a dos mil metros de altitud. Con el sol poniente detrás pasamos por las solitarias aldeas de montaña, Descanso del Emigrante, Cisco, Fuentesoda, Desfiladero de Donner.

Al cruzar el desfiladero, mi padre me dijo que redujera la velocidad.

—Ya falta poco.

Oteé el paisaje buscando rastros del campo de golf de Monte Casino, el *green* con los banderines, los jugadores, las calles onduladas, el club. La verdad que latía en el fondo de mi mente era que la razón más poderosa para haber emprendido aquel viaje era el campo de golf. Pero lo único que veía a ambos lados de la carretera era un océano de pinos, alto y denso, que se perdía en el infinito.

—No veo el campo de golf, papá.

Siguió mirando al frente, sin decir nada.

—¿Dónde está el campo de golf? —añadí.

—No hay ninguno.

—Me dijiste que había un campo de golf.

—No hay campo de golf.

—¿Entonces?

—Si te lo dije, demándame.

—¿Por qué lo dijiste?

—Porque si no te lo hubiera dicho, no habrías venido.

Se volvió hacia mí entre dolido y avergonzado, un hombre herido con los ojos heridos, y de pronto tuve un *flash-back*, él tenía nueve años, estaba en una paupérrima aldea italiana, cogido por su padre en una mentira infantil y tenía la misma expresión herida que en la cabina de la furgoneta. Es triste ver cómo se instalan las arrugas en la cara y forman pliegues imborrables. No me gustaba ver aquella tristeza en su cara. Me caía mejor cuando era arrogante, egoísta, inflexible y cabrón hasta la médula. Le di una palmada en la rodilla.

—No pasa nada —le dije sonriendo—. Habría venido de todos modos.

Le temblaban las manos cuando encendió la cerilla y la acercó al puro ya encendido.

—Tampoco hay pista de tenis, ¿verdad? —dije sonriéndole.

—No hay pista de tenis.

—¿Ni piscina?

—Tampoco.

—¿Y osos y lobos grises?

Quiso reír y casi lo consiguió.

El Parador Monte Casino no era en absoluto un parador. Era un motel. Tras seguir medio kilómetro por una desviación comarcal de la autopista llegamos a un claro del bosque. Desperdigada entre los árboles había una docena de bungalows y al lado de casi todos vi coches estacionados. Si no hubiera sido por los coches, habría podido ser perfectamente un poblado de colonos del siglo anterior, con espesas columnas de humo saliendo de las chimeneas y coronando las copas de los árboles, el aire frío impregnado de olor a tocino y chuletas. El rótulo de neón que decía OFICINA sobre la puerta del bungalow más alejado estropeaba el primitivismo de la escena.

Nos detuvimos delante de la oficina, mi padre tocó el claxon un par de veces y salió Sam Ramponi, un setentón chaparro de barriga redonda, con cuerpo de oso y cara de lobo. Dio un grito de reconocimiento jubiloso y corrió hacia la furgoneta mientras mi padre y Cavallaro se apeaban. Era indudable que el sonriente Sam Ramponi, con la ancha cara veteada de redecillas moradas de capilares rotos y con aquella dentadura postiza grande y asquerosa, pertenecía también a la hermandad de la uva. Hubo muchas carcajadas y apretones de manos, y cuando Zarlingo salió de la parte trasera comenzó otra vez el regocijo, las palmadas en la espalda, los bufidos, los abrazos —un reencuentro de exalumnos—, porque Sam Ramponi era de San Elmo, un guardafrenos jubilado que añoraba los buenos tiempos en que el Café Roma era el centro del universo y el mundo no era todavía una *merde*.

Me miró con afecto cuando mi padre nos presentó.

—Mi hijo mayor. Es mi ayudante.

Ramponi me estrechó la mano.

—Qué tal, Tony. ¡Ahora te recuerdo! El mejor jugador de rugby que ha habido en San Elmo.

Yo no me llamaba Tony y no había jugado al rugby en el instituto, pero el viejo solo quería ser cordial.

—¡Venga, chico! —bramó mi padre—. Descarga la furgoneta. —Era su peor defecto: el síndrome del jefazo, del mandamás—. Llévatela detrás de aquellos bungalows. Verás piedras y un montón de arena. Descarga allí. Y ten cuidado con mis herramientas. Tápalas, por si lloviera.

Sus tres amigos estaban impresionados y nos miraban en silencio.

—¡A la orden, señor! —Le hice un saludo y subí al vehículo.

Ramponi condujo a sus amigos hacia la oficina.

—Seguidme, capullos. Vamos a jugar a las cartas.

Ya había oscurecido cuando terminé de descargar la furgoneta. Una luna en forma de calabaza se deslizaba por encima de las copas de los árboles, iluminando los cimientos de la cámara para ahumados, que consistían en un bloque de hormigón recién vertido. Mi padre tenía razón. Iba a ser un trabajo breve y sencillo, y al cabo de diez días estaríamos de vuelta.

El rótulo de COMPLETO parpadeaba encima del porche cuando volví con la furgoneta a la oficina del motel. Entré, crucé la recepción y accedí a la cocina, donde los cuatro paisanos jugaban al póquer alrededor de una mesa cubierta por un mantel blanco de hule. La señora Ramponi, una mujer muy canija, servía vino de Angelo Musso de una jarra. Tenía un aspecto frágil y para servir el mosto apretaba la jarra contra el pecho con ambos brazos. Tenía la piel del color de las alubias y el cuero cabelludo le brillaba bajo las raleantes canas a la luz de la bombilla que colgaba del techo.

Sam Ramponi trataba a su mujer de tal modo que Gloria Steinem lo habría cosido a balazos allí mismo. No se molestó en presentarme, y cuando la mujer me saludó con la cabeza y sonrió, enseñando los dientes mellados, yo le dije hola.

—Ponle un vaso —dijo Sam.

La señora Ramponi dejó la jarra en el aparador para alargarme un vaso con la mano libre. Le di las gracias cuando lo llenó.

—De nada —dijo.

—Fuera —ordenó Sam.

Cruzó la cocina inmediatamente, entró en un dormitorio abierto y se sentó en la semipenumbra, junto a la puerta, con los brazos cruzados, en espera de más órdenes. Me recordó a las ancianas que cuidaban de los lavabos de caballeros de los clubes nocturnos de Roma. Al principio pensé en incorporarme a la partida, pero saltaba a la vista que yo era un intruso, de otra generación, y nadie me invitaba a sentarme. En cualquier caso, me acerqué a la mesa para observar el desarrollo de la partida. Ramponi se empotró un puro en la boca y buscó una cerilla. Su mujer se materializó a su lado en el acto y le puso una cerilla bajo la tensa quijada.

—Bungalow siete —dijo—. Dale la vuelta al colchón. Pon sábanas limpias para Nick y su hijo.

La mujer se fue volando.

Sam Ramponi repartió las cartas. Jugaban a póquer normal y se podía abrir con cualquier cantidad, hasta medio dólar. Las fichas eran de cinco, diez y veinticinco centavos. El juego iba muy igualado hasta el momento, todos tenían aproximadamente la misma cantidad de fichas.

Zarlingo recogió sus cartas y vi que tenía dos reinas y un as, lo cual no está mal cuando se es mano en una pequeña partida entre amigos. Pero dijo:

—Paso.

Los otros también pasaron, engrosaron el bote con otros diez centavos por barba y Ramponi dio cartas. Volví a mirar la jugada de Zarlingo. Esta vez tenía dos reyes y un as.

—Paso —dijo.

Todos pasaron y otras cuatro monedas de diez centavos fueron a parar al bote. Jugaban sobre seguro al póquer amarrado de los miedicas, aumentando el bote sin parar, en espera de una confrontación. Por suerte para mi viejo, el bote era insignificante y las subidas tenían un límite. Era demasiado voluble para jugar al póquer, demasiado impaciente, un perdedor nato que jugaba a lo que no debía. Y no obstante era su juego favorito. Le gustaba atacar con temeridad. La actitud comedida de sus contrincantes, su estoicismo, le impulsaban a tomar decisiones precipitadas. Si recibía malas cartas ponía cara de desesperación. Le daban tres ases y sonreía de oreja a oreja. Pillado y vencido, era demasiado soberbio para abandonar y trataba de marcarse un farol. Y entonces lo machacaban. Lo había visto tantas veces que me asombraba que fueran capaces de quedarse con su dinero.

Pero aquella noche no vi aquellas maniobras y se notaba que la partida no iba a durar. Mi padre, Zarlingo y Cavallaro estaban muertos de cansancio, deshechos por aquel ritmo crapuloso. Habían bebido la noche anterior y casi todo el día, y seguían chupando el mosto de Angelo.

Volvió la señora Ramponi y me entregó la llave del bungalow 7.

—Espero que estén cómodos —dijo, deteniéndose un momento, fingiendo que miraba la partida.

Ramponi la miró con el entrecejo fruncido.

—Comida —dijo.

La señora Ramponi regresó al instante con un pan y un tarro de mahonesa. ¡Ay, Ramponi! Tenía ojos en el cogote, porque la mujer estaba a sus espaldas cuando se puso a untar el pan para hacer bocadillos.

—Mantequilla —dijo el marido.

La mujer volvió con la mantequilla. Le di a Zarlingo las llaves de la furgoneta y retrocedí hacia la puerta. La última mano era un duelo entre mi padre y Ramponi. Mi padre enseñó doble pareja de reyes y reinas. Ramponi enseñó tres doses y se llevó el bote.

Me despedí de todos, pero ninguno me hizo caso, y seguí retrocediendo hasta la puerta. Ramponi me habló entonces, sin entusiasmo, sin convicción:

—Oye, Tony, ¿seguro que no quieres jugar un par de manos?

—Déjalo que descanse —dijo mi padre—. Mañana le espera un largo día.

La noche era fría y neblinosa. En media docena de bungalows se oía a Archie Bunker injuriando a su mujer y al público partiéndose de risa. No cabía la menor duda: Archie merecía estar en aquella partida de póquer, entre los suyos.

Saqué de la furgoneta el equipaje y un costal de herramientas y los trasladé al bungalow 7. El interior se había adecentado como una típica habitación de motel: cocina, bar, sofá, moqueta, dos sillas, un televisor y una cama.

La cama no me gustó. Era de matrimonio y eso significaba que tendría que dormir con el viejo. Asustado, me senté en el colchón y afronté el dilema. Nunca había dormido con mi padre. La verdad es que no lo había tocado en toda mi vida, exceptuando los ocasionales apretones de manos que nos habíamos dado con el paso del tiempo, y no me apetecía dormir en la misma cama que él. Pensé en la vejez de sus huesos, en la vejez de su piel, en su vejez solitaria y malhumorada, en la vejez aliñada con vino, la suya y la de aquellos amigos suyos, borrachos y pecadores; y pensé en lo hijo de puta que había sido: un macarroni cerril, despótico, soez y disoluto que me había engañado para enrolarme en aquel chapucero safari a las montañas, lejos de mi mujer, mi casa y mi trabajo, y todo por su zafia vanidad, para demostrarse a sí mismo que aún era un constructor de primera.

Y empecé a recordarlo todo. Tenía diez años y había un baile callejero en San Elmo, la noche del 4 de julio. Yo estaba en el callejón que quedaba detrás del recinto de baile, rebuscando en los cubos de basura. En la oscuridad vi a una pareja haciendo el amor contra un poste de teléfonos, la mujer con el vestido levantado, el hombre golpeándola con la pelvis. Sabía lo que estaban haciendo, pero me asusté y me agaché detrás de un montón de cajas. El hombre y la mujer avanzaron hacia mí cogidos de la mano. El hombre era mi padre. La mujer era Della Lorenzo y vivía a dos puertas de la nuestra, con su marido y sus dos hijos, que iban a la misma clase que yo. Después de aquello no volví a jugar con los hermanos Lorenzo. Me daba vergüenza mirarlos a los ojos. Odié a mi padre. Odié a la señora Lorenzo, vulgar, sosa y fea. Detesté la casa de los Lorenzo y su jardín. Le daba patadas al perro que tenían. También tenían pollos y le rompí el cuello a uno. La señora Lorenzo murió de cáncer de mama al año siguiente y yo ni me inmuté. Ella se lo había buscado. No me cabía la menor duda de que estaba en el infierno, guardando el sitio a mi padre.

Domingo de Pascua. Yo tenía doce años. Fuimos a la granja de los Santucci, la familia entera. Hordas de italianos de todos los rincones del país, mesas largas rebosantes de vino, pasta, ensaladas y cabrito asado, mi padre con una cabeza de cabrito en el plato, comiéndose los sesos y los ojos, riendo y haciendo guarradas delante de mujeres que gritaban de horror. Después, un partido de béisbol. Lanzaron la pelota por encima del seto que delimitaba el terreno de juego. Salté el seto en pos

de la pelota y aterricé encima de mi padre, que estaba escondido entre los arbustos, con el culo al aire y blanco como la luna llena, tirándose a la señora Santucci, que en teoría era la mejor amiga de mi madre. Aterrorizado, eché a correr hacia el huerto, crucé el arroyo, llegué a la peraleda. Mi padre iba detrás de mí. Yo corría como un gamo. Sabía que no podía cogermelo, pero lo hizo. Me dio unos zarandeos. Estaba tan cabreado que escupía saliva.

—Como le digas una sola palabra a tu madre, juro por Dios que te mato.

Pasé el resto de la larga tarde junto a mi madre, que chismorreaba en el césped con las demás señoras. No quería dejarla sola. Sentado en la hierba, le cogía el borde del vestido y la importunaba.

—Vete a jugar con los otros niños —decía—. Aquí estorbas.

No. No iba a dormir en la oscuridad de las montañas al lado de aquel viejo abominable, para darle afecto y compañerismo a cambio de una vida de sensualidad impenitente a expensas de su mujer y su familia. No me extrañaba que mi pobre madre hubiera pensado en divorciarse, ni que Virgil se avergonzara de él, ni que Mario huyera en cuanto lo veía, ni que Stella le hiciera reproches.

Encontré una manta de sobra en el armario, me descalcé y me encogí en el sofá. Horas después me despertaron voces de fuera, risas de borracho, portazos de coche. Me acerqué a la ventana y vi alejarse la Datsun con Zarlingo y Cavallaro. El vehículo avanzó despacio, adentrándose en la niebla tupida, mientras mi padre corría junto a él, gritando:

—¡Encended los faros!

Los faros traspasaron la niebla y la furgoneta siguió adelante. Tuve un mal presagio al ver desaparecer los pilotos traseros por la carretera del bosque. Estaba convencido de que los viejos no llegarían a San Elmo, de que se despeñarían en algún paso de montaña. Pero me equivoqué. Llegaron cuatro días más tarde, tras recorrer ciento cincuenta kilómetros en cómodas etapas, deteniéndose en todos los bares que encontraban en aquella peligrosa ruta.

Era la una pasada cuando mi padre entró dando tumbos en el bungalow. Encendió la fea lámpara redonda que colgaba del techo, dejó la puerta abierta, fue derecho a la cama y se desplomó en ella. Al cabo de treinta segundos dormía como un tronco, con la boca abierta, respirando ruidosamente. Cerré la puerta, lo desnudé y lo cubrí con las mantas. Ya había apagado la luz y vuelto al sofá cuando lo oí quejarse:

—*Mamma mia, mamma mia...*

Se puso a sollozar. ¿Qué forma de dormirse era aquella, llamando a su madre? Por un momento creí que no callaría jamás. Me puso los nervios de punta. Yo no sabía nada de su madre. Llevaba muerta más de sesenta años y había fallecido en Italia, cuando mi padre estaba ya en Estados Unidos, pero el viejo seguía evocándola en sueños como si dormido estuviera más cerca de ella, como si vagara perdido y la llamara llorando.

Yo me tiraba de los pelos y pensaba. Basta, padre, estás borracho y lleno de

compasión por ti mismo, debes parar, no tienes derecho a llorar, eres mi padre y el derecho a las lágrimas es de mi mujer y mis hijos, de mi madre, porque me resulta escandaloso que llores, me humilla, y tu dolor me matará, no puedo soportar tu dolor, no lo quiero, porque ya tengo bastante con el mío. Habrá más dolor para mí, pero nunca lloraré delante de otros, seré fuerte y afrontaré mis últimos días sin lágrimas, anciano. Necesito tu vida y no tu muerte, tu alegría y no tu desánimo.

Entonces también yo me eché a llorar, me levanté, me acerqué a él. Apoyé su flácida cabeza en mis brazos (como había visto hacer a mi madre), le enjuagué las lágrimas con la punta de la sábana, lo mecí como a un niño y no tardó en dejar de llorar; lo puse suavemente sobre la almohada y durmió en silencio.

Por la mañana tenía un aspecto sombrío y desdichado, y sus ojos eran rescoldos bajo las cenizas de la noche anterior. Se le notaba quisquilloso, respiraba con dificultad, hostil a la deprimente perspectiva de afrontar otro día gris. Empezó la jornada con las abluciones rituales de costumbre, cogió una garrafa de cuatro litros de una caja de cartón, empinó el codo y mamó con la voracidad de un niño de pecho. Se volvió para soltarme un gruñido mientras le ponía el tapón a la garrafa.

—Levanta. Es hora de trabajar.

Me senté en el sofá y busqué los pantalones. Se acercó a la ventana y se quedó mirando aquel mundo lóbrego y neblinoso.

—No me gusta este lugar —añadió en son de queja—. Debí de estar loco para aceptar este trabajo.

—Pues mándalo a paseo. Nos vamos y en paz.

—Lo único que podemos hacer es solucionarlo lo antes posible. Cuatro o cinco días.

—Creí que habías dicho diez.

—Desayuna. Tenemos mucho que hacer.

Cuando salió ya había alguna actividad en el claro, los huéspedes del motel empezaban a irse y los motores gemían y carraspeaban en el aire frío y enrarecido. Yo salí inmediatamente después y me pareció que iba a nevar, con aquellas nubes cargadas y bajas sobre aquel sombrío y lejano rincón del mundo. Más al sur y a aquella hora, yo estaría aún en la cama, con una vista marina al otro lado de la ventana y el sol entrando a raudales. Me pondría un albornoz y me tomaría el primero de mis diez cafés, sin saber si pasear por una playa cálida y vacía o tumbarme a tomar el sol, aunque deseando en general que fuera una lánguida jornada de descanso y calculada indolencia a la que robaría un par de horas para trabajar al caer la tarde, cuando no hubiera forma de evitarlo.

Aunque el motel no tenía servicio de restaurante, habíamos acordado con Ramponi que estaríamos en régimen de pensión completa. Crucé la recepción y entré en la cocina, donde la señora Ramponi me estaba preparando el desayuno, ya que mi padre le había dicho que yo llegaría de un momento a otro. Nos saludamos, me senté a la mesa y le pregunté si mi padre había tomado un desayuno abundante.

—Café y brandy. No quiso otra cosa.

Parecía más animada que la noche anterior, con aquel limpio y enjabonado cutis de alemana o sueca, ojos claros y cejas blancas. Cuando su marido no estaba cerca para pisotearla se mostraba vivaz y agradable, y no tenía mal aspecto pese a sus años. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo azul y un delantal con peto como el de los mozos de los hoteles, largo y con muchos bolsillos. Ya había puesto los cubiertos en

la mesa y me sirvió una chuleta con dos huevos, tostadas y café.

Estaba locuaz, con ganas de hablar, como una esclava a la que le gusta parlotear entre una faena y otra, porque aquella mujer lo hacía todo allí: inscribía a los huéspedes, trasladaba el equipaje, limpiaba las habitaciones, hacía la colada, llevaba la contabilidad y se encargaba de que todo estuviera a punto. Según dijo, Sam no movía un dedo para ayudarla.

—¿Por qué no?

—Porque él trabaja en Reno.

—¿En Reno?

—Es repartidor en la mesa de blackjack del Blue Nugget.

Saboreé la excelente chuleta y pensé en la partida de póquer que habían jugado la noche anterior en aquella misma mesa; Sam Ramponi, un repartidor profesional, frío y sobrio, midiéndose con tres viejos amigos, completamente borrachos. Seguro que los había desplumado, aunque no llevarían mucho encima.

La señora Ramponi vio que apuraba la chuleta hasta el final.

—Hay más —dijo con voz tentadora, cogiendo de la plancha otro chisporroteante pedazo de carne y poniéndomelo en el plato.

—Es usted una cocinera fabulosa, señora Ramponi.

Eché atrás la cabeza como un hada vanidosa.

—Soy fabulosa en cualquier cosa que me proponga —dijo riendo—. Puede que usted crea que soy solo una criada, la anciana mujer de Sam Ramponi. Pues créame, ¡no lo soy!

Me miró a los ojos con insistencia, con afán indagador, y sentí el amable acorde del deseo sexual. Me quedé estupefacto. ¿Me estaba haciendo proposiciones aquella dulce ancianita de ojos azules? Imposible. A mí las mujeres ya no me hacían proposiciones, ni siquiera mi legítima esposa. La única actividad sexual que últimamente me salía al encuentro era la de las fantasías de papel que brotaban al calor de la máquina de escribir.

Aparté la mirada y me entretuve cortando la chuleta.

—Y dígame, señora Ramponi, ¿para qué quieren la cámara de ahumar?

—Pues para ahumar carne, naturalmente. Carne de venado.

—¿Sam caza ciervos?

—En esta familia solo cazo yo —dijo con orgullo.

Era tan pequeñita, tan delicada y refinada que me costó creerlo.

—No lo parece.

—¿Qué no parezco?

—Una cazadora que acecha ciervos.

—No los acecho. Les disparo desde el porche trasero. Pongo un poco de maíz en la nieve y vienen hasta la puerta.

Y entonces les doy su merecido. —Dio un codazo hacia atrás, como si disparase con una escopeta.

—Eso es incitación al delito, va contra la ley.

—No si te pisotean el sembrado.

No pude reprimir una sonrisa.

—¿Qué sembrado, señora Ramponi?

Cruzó los brazos.

—Tengo plantadas muchas cosas aquí. Además, no le he oído a usted quejarse de las chuletas que ha devorado. Eso también puede considerarse incitación al delito. Dejo que se ponga a tres metros. Y le disparo justo entre los ojos.

Me contuve. No podía decir nada. El plato estaba vacío. Las chuletas, en mi estómago. ¿Hasta dónde era capaz de llegar aquella anciana angelical con sus instintos asesinos? Puede que estuviera matando a Sam Ramponi simbólicamente.

—No la creo —dije levantándome—. Usted no es de las personas que matan a un ciervo hambriento. No va con su carácter. La conozco. Es usted demasiado delicada.

Meditó mis palabras con el entrecejo fruncido; di media vuelta y salí. Corrió detrás de mí.

—¡A ver si se dan prisa con la cámara! La necesitare en cualquier momento y temo que empiece a nevar.

Vi al viejo Nick sentado en una piedra, afilando estacas con un hacha pequeña.

—Hola —dije—. ¿Qué tal te fue en la partida de anoche?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo un interés particular.

—Unas veces se gana, otras se pierde. —Señaló con la cabeza el montón de arena—. Criba arena.

—¿Sabías que Sam Ramponi es un profesional que dirige una mesa de juego en Reno?

—¿Y qué más sabes que yo no sepa?

—Os ganó a todos, ¿verdad?

—A mí me limpió ocho dólares.

—¿Y Lou y Zarlingo?

Señaló con el dedo.

—¿Ves esa pala? Dale utilidad.

El sol surgió entre la niebla, las nubes se dispersaron y nos inundó el calor. Estábamos en un lugar encantado, en una isla del bosque, con el terreno despejado hasta el borde de los árboles. No me extrañaba que hubiera ciervos. Un arroyuelo dividía la propiedad, gorgoteando entre las piedras del pequeño cauce. El bungalow de Ramponi estaba a menos de veinte metros y la ventana de la cocina daba al claro.

Y allí estaba yo, cribando la arena del hormigón que daría cohesión a las piedras de las paredes del matadero para ahumar la carne de los ciervos que la señora Ramponi atraía hasta su ventana para matarlos. Cribaba arena y pensaba: Ay, joder, ¿qué hago aquí?

El viejo empezó a moverse, iba de un lado a otro de los cimientos, clavaba estacas

y les aplicaba la plomada. Fue una operación sencilla, pero acabó con la lengua fuera, volvió a la piedra y se sentó. Se quitó el gastado sombrero marrón y el sudor le brotó a chorros del pelo.

—Trae la garrafa —dijo.

Me miré la palma izquierda y vi la primera ampolla.

—Es demasiado temprano —dije.

La ampolla dolía y el viejo se metió el pulgar en la boca, lo enganchó en los dientes y lo lanzó hacia mí, un gesto italiano cuyo significado no he comprendido nunca, aunque él lo venía haciendo tres o cuatro veces al día desde siempre. Sospecho que quería decir que te den por el culo. De pronto se levantó y se dirigió a los bungalows con cara de pocos amigos.

Yo me quedé lamiéndome la ampolla y mirando el montón de piedras. Eran bloques de granito sin desbastar, grises e informes. Me doblé para mover una piedra pequeña. No es que pesara mucho, es que pesaba una barbaridad, por lo menos cincuenta kilos, y no era mayor que una pelota de baloncesto. Las otras eran igual o mayores. Yo podía ayudarle a acercar las más pequeñas al perímetro, pero para un viejo de setenta y seis años, de manos flojas y músculos blandos, y que no hacía ejercicio desde hacía cinco años, iba a ser una faena criminal. Podía lesionarse la espalda, o sufrir una hernia, o romperse algún vaso sanguíneo. Ya me había fijado en las llameantes venillas de sus ojos. El vino había corrido y el mal ya estaba hecho. Era una locura desafiar al peligro, pero mi viejo estaba loco, sentirse culpable de inutilidad era de locos, y la razón que lo impulsaba a poner punto final a su vida por pelearse con unas piedras era lo más desquiciado de todo.

¿Por qué hacía aquel trabajo? ¡Una cámara para curar carne de venado! Era muy probable que veinte años antes hubiera rechazado la oferta por tratarse de un lugar demasiado alejado de su casa y de un trabajo demasiado insignificante para su vanidad.

Como es lógico, podía imprimir otro rumbo al último tramo de su existencia, emborracharse todos los días en el Café Roma, o tumbarse en el salón a ver la tele, soportando el parloteo de la esposa que lo acosa con platos de pasta mientras especula sobre las alegrías y sinsabores de la viudez. También podía sentarse en el porche que daba a Pleasant Street, para disfrutar del emocionante espectáculo de ver pasar un perro o un ser humano de tarde en tarde. O cultivar tomates y pimientos en el patio de atrás. Pero Nick Molise no. Él quería construir una pared, eso es lo que quería. No le importaba qué clase de pared fuera con tal de que fuese una pared que mereciera el respeto de los amigos que sabían que era un extranjero en el mundo, un trabajador, un constructor.

Volvió del bungalow balanceando la garrafa y con mejor aspecto, con cara satisfecha. Me preguntó si quería un poco y tomé un trago.

—Ponlo a refrescar en el arroyo —dijo, y metí la garrafa en el agua helada, hasta que tocó fondo.

Preparamos la mezcla y vacié un cubo en la artesa del hormigón, que estaba en un rincón de los cimientos. La removí con la paleta y le di vueltas para que adquiriese la consistencia justa. Entonces me señaló una piedra pequeña.

—Esa.

La llevé hasta los cimientos. Puso una base de hormigón con la paleta y quiso coger con ambas manos la piedra que yo sujetaba. Era el momento de la verdad. La cara se le puso morada y los ojos amenazaron con salirse de las órbitas, soltó la piedra y cayó de rodillas. Lo intentó otra vez. En esta ocasión consiguió empotrar la piedra en el hormigón, pero sin dejar de maldecir en italiano, maldecir a la piedra, al mundo, a sí mismo. Yo le miraba, no le hizo gracia y también me maldijo.

Para aplacarle, le dije:

—No te apures, estás desentrenado, eso es todo.

—A callar. —Señaló con la paleta—. Esa.

Era otra de cincuenta kilos. Me armé de valor.

—Vamos a hacer una cosa, papá. Tú pones la argamasa y yo las piedras.

—A callar.

Aplicó la argamasa y recogió la piedra que yo le entregaba, forcejeó con toda su alma, vencido por el peso, pero consiguió ponerla en el sitio correspondiente.

Dos horas después habíamos agotado las piedras pequeñas y mi padre se esforzaba por mantenerse erguido, pero se había lesionado las lumbares y no podía. Doblado como un mono, se acercó al arroyo y sacó la garrafa. Se dejó caer en el suelo boca abajo y le dio al vino frío. Tenía en la cara una expresión de congoja y mucha desilusión en los ojos. El bosque lo miraba y entendía su cuita. Los árboles suspiraban. Los pájaros murmuraban alarmados. El cielo observaba con piedad azul. ¡Mi padre, mi pobre viejo! Estaba hecho polvo y lo sabía, pero no quería admitirlo. Había construido su ración de mundo con piedra, iglesias, colegios y al menos una biblioteca, pero ahora se las veía y se las deseaba para levantar una cámara de ahumar de tres metros, sin ventanas y con una sola puerta.

Que tome conciencia de su derrota, me dije, que afronte el hecho de que con sus fuerzas y a sus años ya no puede, que tire la paleta para salir cuanto antes de esta montaña y volver a casa. ¡Dios bendiga a los ciervos!

Me dejé caer junto a él y cogí la garrafa. ¡Qué vino! Me remozó la boca, la carne, la piel, el corazón y el alma, y di gracias a Dios por permitir que existieran las colinas de Angelo Musso. Descansamos despatarrados y en silencio, escuchando a los pájaros, pasándonos la garrafa.

Le pregunté qué pensaba hacer.

—Hay que partir las piedras, dividir las grandes.

En esto llegó la señora Ramponi con una bandeja de bocadillos y un cuenco de fresas recién cogidas.

—Hora de comer —dijo.

Mi padre mordisqueó su bocadillo sin mirarlo.

—Está bueno —dijo, poniéndolo a un lado y acercándose otra vez la garrafa.

Abrí mi bocadillo con recelo. Era de jamón con mahonesa. La señora Ramponi me miró con fastidio.

—¿Qué creía que era? ¿Carne de ciervo?

Me daba igual lo que fuera. No pude con él.

Se volvió hacia mi padre.

—Pareces cansado, Nick. ¿Por qué no vuelves al bungalow y duermes un rato? No tiene sentido matarse el primer día.

—Es verdad —dijo mi padre.

La anciana dio media vuelta y regresó al motel. Me quité los zapatos y sumergí los pies en el arroyo. Solo había una forma de sabotear la cámara de ahumar de Ramponi y era no construirla. Miré a mi padre. Se había dormido con el bocadillo colgándole de los dedos. Lo zarandeé.

—Vete a dormir un rato.

Se puso en pie con esfuerzo y se dirigió al motel con piernas titubeantes. Yo me comí las fresas con los pies en el agua. Me adormilé y al despertar vi que el viejo no había regresado. Me calcé y me dirigí a nuestro bungalow. No estaba allí. Lo vi por la ventana de la cocina. Acababa de salir furtivamente por la puerta trasera del bungalow 6. La señora Ramponi salió tras él. Mi padre echó a andar hacia la cámara de ahumados y la señora Ramponi hacia la oficina del motel. Esperé a que el viejo se perdiera entre los árboles y corrí hacia la oficina. No sabía qué habían hecho en el bungalow 6, probablemente nada, pero la señora Ramponi no convenía a mi padre y en cualquier caso yo la detestaba. Llamé al timbre de recepción y salió de la cocina.

—Deje en paz a mi padre —dije.

—¿De qué habla?

Mi actitud carecía de lógica, pero no me importaba.

—Manténgase alejada de mi padre.

Curvó la boca con desdén.

—Si fuera usted la mitad de hombre que su padre, no se atrevería a hablarme así. Largo de aquí, so guarro.

Me retiré, avergonzado, asqueado de mí mismo y preguntándome qué coño me estaba pasando. Lo achaqué a la altitud, 2300 metros sobre el nivel del mar. En aquellos bosques siniestros se habían visto seres extraños, gnomos, fantasmas de antiguos agrimensores, los últimos supervivientes del grupo de Donner, incluso huellas del Big Foot. Y me estaba afectando.

Mi padre parecía rejuvenecido y totalmente recuperado del dolor de espalda. Empuñaba una maza de mango largo y se situó delante de un bloque de granito de más de un metro de longitud. Quería partirlo en bloques más pequeños. Yo me quedé a un lado y lo vi manejar la maza con fuerza, media docena de mazazos hasta que la piedra empezó a ceder, no a partirse en cubos iguales y a escuadra, sino a deshacerse en fragmentos y bloques irregulares.

—Así está bien —dijo jadeando—. Francamente bien. Acércalas a la pared.

Las acerqué y las fue colocando, las piedras grandes, las piedras pequeñas, las lascas y los fragmentos. Yo troceé la piedra y él construyó la pared. Nos salió bien. Cuando se cansaba pedía el vino. Ya no se podía poner erguido y bebió doblado como un mono. Cuando empezó a sudar, las manchas de la espalda y de las axilas eran rosadas. Y me dije: qué carajo, es nutritivo, es azúcar de uva, es energía, y cada vez que él bebía, bebía yo también. Nos estaba saliendo bien, francamente bien. Estábamos cansados y mareados, y cuando el sol se ponía tras los árboles y la pared de la cámara de ahumar ascendía hacia el cielo me pareció ver un gnomo con caperuza roja en el bosque.

Nos detuvimos al caer la noche. Habríamos podido proseguir al claro de luna, pero aquello habría sido el colmo de la locura. Sam Ramponi habría sido capaz de volver de Reno para reírse de nosotros. Los huéspedes del motel podrían preguntarse qué pasaba allí. Para nosotros había sido una jornada completa. Habíamos consumido ocho litros de vino. Habíamos meado tres o cuatro. Estábamos borrachos. Estábamos asustados. El viejo Nick se reía de sí mismo. Cuando íbamos a cenar cayó de bruces. Me eché a reír y lo ayudé a levantarse. Ramponi no estaba en casa. La señora Ramponi nos llenó los platos. Puede que fuera carne de ciervo. ¿Qué más me daba?

Mi padre se durmió sentado a la mesa. Lo llevé a rastras al bungalow y lo metí en la cama. Me quedé dormido. De pronto ya era de día. No me hizo falta vestirme; había dormido con la ropa puesta. Tenía en la boca sabor a pelo de perro y a los viejos zapatos de tenis de la señora Ramponi. Me lo quité haciendo gárgaras con vino, y volvimos al trabajo.

Ahora íbamos aprisa. Teníamos que irnos de allí. Me puse a partir las piedras más grandes y el viejo las acercaba a la pared. Estábamos en el mar, en una balsa, corriendo, batiendo una marca. Toma un trago, hijo. Era una carrera. Toma un trago, papá. Sin línea de salida ni de llegada. Pero aprisa. Tiró la plomada. Dejó de utilizar el nivel. Trabajó por instinto. A veces se agachaba y calculaba la horizontal a ojo. En cierta ocasión levanté la cabeza al cielo y pregunté:

—¿Qué hora es?

—Ya no hay horas —respondió, y me eché a reír.

Era un hombre profundo. Cuando se acabó el vino, Ramponi fue por más a Reno. Volvió a tiempo. En el último instante de la última gota de la última garrafa. Vino bueno, de Angelo Musso.

Entonces sucedió algo curioso. Mi padre se murió. Estábamos trabajando al aire libre, metidos en el hormigón y entre las piedras, y de súbito tuve la impresión de que se había ido de este mundo. Busqué su cara y lo vi escrito en ella. Tenía los ojos abiertos, sus manos se movieron, echaron una paletada de hormigón, pero estaba muerto y en la muerte no tenía nada que decir. A veces se alejaba como un fantasma, se metía entre los árboles y meaba. ¿Cómo podía estar muerto, me preguntaba, si andaba y meaba? Era un fantasma, un cadáver, un fiambre. Quise preguntarle si se encontraba bien, si por casualidad seguía estando vivo, pero me sentía demasiado cansado, estaba demasiado ocupado muriéndome yo, demasiado cansado para construir una frase. Veía la pregunta en el papel, escrita a máquina, entre comillas, pero resultaba muy pesado verbalizarla. Además, no tenía tanta importancia. Todos teníamos que morir algún día.

El cuarto día, entre largos tragos de Angelo Musso, construimos el andamio y nos faltaba medio metro. Nick, que había fallecido, no podía sentir ningún dolor al colocar las piedras. Ya no era el constructor impecable, exigente y puntilloso de otros tiempos, la pared estaba llena de salpicaduras, el hormigón chorreaba y formaba grandes charcos en la base. Abajo, todavía con vida, yo partía bloques, me los cargaba al hombro y los subía al andamio. Y entonces cierto día, no sé cuál, yo también me morí.

Debí de morir con valor y en silencio, porque no recordaba quejas ni lágrimas. Primero sentí el dolor penetrante en la zona lumbar que acaba produciendo el manejo de la maza, y luego se me fue, pareció alejarse hacia el bosque, al igual que los otros dolores, el de los pies, el de las manos llenas de ampollas, la punzada en los riñones..., uno tras otro desaparecieron y sentí que cesaban las funciones del sistema nervioso. Cuando vuelva a morir, me dije, indiscutiblemente por última vez, debo acordarme de afrontar el trance como aquel día en las montañas, sometiéndome a la muerte como si fuera mi amada, sonriendo mientras la estrechaba entre mis brazos.

El otro difunto, mi amigo, mi viejo, me recibía al otro lado del umbral de la vida, con los ojos vacíos como ventanas abiertas, en el momento de pasarle una piedra pesada que dejaba con esfuerzo en un lecho de hormigón.

Entonces sucedió algo irónico. Al volver del andamio, pisé el hierro de una azada y el mango saltó hacia mí y me asestó un golpe brutal entre los ojos. No sentí dolor. El golpe me abatió, pero yo estaba más allá del dolor.

Solo veíamos a Sam Ramponi por la mañana, cuando se iba a Reno, y unas veces nos saludaba y otras no. Al atardecer del quinto día se nos acercó en silencio y se quedó delante de la obra, con los brazos cruzados, mirando a mi padre, que estaba en el andamio. No hubo saludos, ningún ademán que indicara que se conocían. Mi padre

respondió al ceño de preocupación de Ramponi con una mirada lastimera pero desafiante. Ramponi no podía saber nada de nuestra muerte, pero intuyó que habíamos experimentado un cambio, una desmaterialización fantasmal e intangible. Me saludó con la mano, me dirigió una mirada de inquietud y se alejó aprisa hacia el motel, volviéndose una sola vez para mirarnos por encima del hombro, como asqueado.

La señora Ramponi también estaba nerviosa e inquieta. Así como al principio nos llevaba la comida al tajo, ahora dejaba la bandeja en un tocón situado a quince metros y volvía al motel como una sombra. Durante el desayuno le daba aprensión servirnos y nos trataba con un respeto aterrador. Normalmente salíamos por la puerta de la cocina; en cuanto la cruzábamos, la anciana echaba el cerrojo.

El domingo por la tarde, sexta jornada de trabajo, mi padre puso la última hilada de piedras y terminamos la cámara de ahumar. Nos había crecido la barba, estábamos grises de hormigón y borrachos, y apestábamos, porque habíamos trabajado y dormido siempre con la misma ropa.

Nos arrodillamos ante el arroyo, sacamos la garrafa y miramos con ojos hundidos lo que habíamos creado: una casita chaparra que parecía un búnker árabe en el Sinaí. Ordinaria y torcida. Las piedras, más que colocadas, parecían tiradas de cualquier manera. Las paredes formaban olas furiosas, eran cóncavas y convexas, tenían cuevas y baches, y eran muy gruesas, mucho más de lo que habían acordado con papá. El hormigón chorreaba por los resquicios, embadurnándolo todo. Pero a pesar de sus defectillos estéticos la cámara parecía indestructible. Solo faltaba ponerle el techo y la puerta, tareas propias de un carpintero. Molise e hijo habían terminado.

La zona estaba llena de escombros, como un campo de batalla abandonado. Necesitaba un barrido con urgencia, aunque solo fuera para dar un poco de dignidad a la solitaria cámara. Había tablas por todas partes, tacos de madera, fragmentos de piedra, herramientas, garrafas vacías, sacos de cemento, platos de cartón, servilletas, bocadillos a medio comer, trapos. Cuanto más miraba la cámara, más horrorosa me parecía.

No semejava una construcción, sino un montón de piedras que hubieran dejado allí. Cansado, borracho y delirando, al principio creí que era un antiguo túmulo indio. Luego un iceberg. Parpadeé y volví a mirarla. Era un oso polar. Luego el Monte Whitney, luego una formación rocosa de la luna. La niebla cayó sobre el claro mientras enrollaba las mangueras y recogía las herramientas. Cuando volví a fijarme en la cámara, era un barco avanzando lentamente por un mar de niebla. Una señal de alarma inconcreta e inquietante me obligó a correr hacia los bungalows.

El Cadillac de Sam Ramponi llegó por el camino del motel. Frenó a mi lado. Iba con la ropa de trabajo, traje negro de seda, camisa blanca, lazo negro.

—¿Qué tal va la cosa? —preguntó.

—Totalmente terminada.

Suspiró.

—Bueno. ¿Cómo ha quedado?

—Es una cámara de ahumar, Sam. Eso no puede negarse.

—Ya, claro, no va a ser el Taj Majal.

—No pudimos impedirlo —dije con actitud profesional, imitando a mi padre—. No pediste la piedra indicada. El cuarzo alabastrino es para las lápidas. No sirve para hacer paredes. Es demasiado pesado, demasiado difícil de manejar. Teniendo en cuenta todo esto, hemos hecho un trabajo notable.

Sus ojos grasientos se posaron en mí.

—Eso ya se ve.

—Esa cámara durará más que las montañas que la rodean. Si hubieras pedido la Acrópolis, el viejo te la habría construido. Querías una cámara de ahumar y eso es exactamente lo que tienes.

Era corpulento como una morsa, pero no quería discutir y encogió los sedosos hombros. De pronto me espetó:

—A mí me parece una letrina.

Sacó una cartera del bolsillo interior de la chaqueta, cogió un cheque y me lo tendió.

—Dáselo a Nick. Cuenta saldada.

El cheque me dejó confuso. Nada en él parecía estar en orden. Era por mil quinientos dólares, pero no estaba a nombre de mi padre. Por el contrario, era un cheque del Reno Bank and Trust Company a nombre de Sam Ramponi y firmado por mi padre. Me devané los sesos tratando de encontrar la lógica de aquella transacción.

—¿Qué carajo es esto? —pregunté.

—Es lo que tu viejo me debía de la partida de póquer.

Me eché a reír.

—Absurdo. Mi padre no tiene mil quinientos dólares. No tiene ni quince centavos. Hace años que no tiene cuenta en el banco y nunca ha tenido cuenta en ningún banco de Reno.

Sam puso el pulgar en el cheque.

—¿No es esa la firma de tu padre?

—Sí, es la que le sale cuando está borracho.

—Borracho o sobrio, es de curso legal.

—Ni es legal ni es de curso. Es solo un cheque sin fondos.

Abrió las manos y se encogió de hombros.

—Así que me dio un cheque sin fondos. Eso va contra la ley. No quiero crearos problemas, Tony. Tu padre y yo nos conocemos hace mucho. Él me debe mil quinientos dólares de la partida de póquer y yo le debo eso que está ahí. Así que —sonrió con ojos inocentes— estamos en paz.

Nos la había jugado. Nos había tomado el pelo. Era increíble. Dios mío, cuántos tumbos había dado en aquella pesadilla. Arrancado de la paz y tranquilidad de mi casa de la costa, convertido con engaños en ayudante de oficial, arrastrado a las

montañas con tres botarates para estar seis desgraciados días construyendo una monstruosidad sin nombre.

¡Y el sufrimiento! ¡Las ampollas! Los insoportables dolores de espalda, los pies deshechos, el peso muerto de aquellas piedras, los delirios del agotamiento, ¡nuestra muerte fantasma! Cuánto tiempo, Señor, cuánto tiempo. ¿Por qué se me castigaba de aquel modo? Repasé mi vida. ¿Fue la camarera de París? ¿Las tres putas de Nápoles? Lo he pagado, Señor, lo he pagado con creces como con una tarjeta de crédito que se entrega una y otra vez. Salda la cuenta, Señor. Dame un respiro. Dame paz. Ahora soy más sabio, he aprendido la lección. No volveré a pecar. Volveré al seno de la Iglesia, porque ya soy viejo, demasiado viejo y asqueroso.

Ramponi, mi verdugo, sinvergüenza, fullero. Cólera. Me lancé sobre él por la ventanilla del Cadillac, le así con las manos el grueso gáznate y busqué mentalmente insultos crueles y soeces, algo más hiriente que cabrón. Pero el gordo, como todos los gordos, era más rápido que un pájaro, se libró de mis garras y lo único que pude farfullar fue:

—¡Ya te pillaré, Sam Ramponi! ¡Lo lamentarás!

Pisó el acelerador, el vehículo se alejó quince metros hacia la oficina del motel y se detuvo. Yo no había terminado. Fui hacia él con paso vacilante, él bajó del Cadillac y se dispuso a esperar el ataque, con los puños en alto, corpulento como una morsa, listo para pelear.

Tal vez me venciera, tal vez no. Era inmenso como un hipopótamo, gordo, un hombre cebado con pasta. Yo era bajo, un retaco fuerte como un buey. Me había estado preparando para aquello sin saberlo. Seis días entre las piedras. Me sentía de hierro. Él era mayor, con más de setenta años. Yo era un joven de cincuenta. No tenía ninguna posibilidad. Mi mejor baza era la rapidez. Nos separaba una generación.

Me coloqué en posición, con los puños levantados.

—Hiciste trampas a mi padre, Ramponi —dije—. Ahora tendrás que vértelas con su hijo.

Levantó los puños.

—No hice trampas. Cuando se juega a la baraja con tu padre no hay necesidad de hacer trampas. Es imposible perder.

—¿Le sacaste mil quinientos y no hiciste trampas?

—Fueron tres mil, Tony. Pero lo dejamos en la mitad.

—¿Quién subió las apuestas? Cuando me fui os jugabais cinco y diez centavos.

—Tu padre subió las apuestas. Quería acción. Dijo que no quería jugar si no se apostaba sin límite.

—¿Serás borde? Estaba borracho.

—No más que yo. Todos estábamos borrachos.

A continuación, el silencio. Eramos estatuas frías frente a frente, griegos de piedra. Mirándonos, temerosos de movernos. ¿Quién golpearía primero, quién daría el primer golpe crucial? Empezamos a movernos en círculo, a dar vueltas. Acabó

siendo aburrido. Entonces se hizo la luz. No queríamos pelear. Teníamos algo en común: la cobardía.

Pero el primero en desistir fue Sam. Bajó los brazos, dio un gruñido, se volvió y entró en la oficina. Me sentí vencedor. Cuando lo perdí de vista, puse los brazos en jarras y sonreí con desprecio. Me sentía divinamente al volver al bungalow.

El viejo se estaba duchando. Saqué del bolsillo el cheque sin fondos y lo miré con detenimiento. La disyuntiva era dárselo o fingir que no sabía nada. Además, no era asunto mío. Era una transacción privada, una deuda de juego entre él y Sam. La verdad es que no habría debido aceptarlo. Entonces se me ocurrió una solución. Cogí un sobre del recado de escribir del motel, introduje el cheque y lo cerré. En aquel momento salió desnudo del cuarto de baño y se metió en la cama.

Le alargué el sobre.

—Sam dijo que te lo diera.

Se sentó en la cama y miró el sobre. Que estuviera cerrado le dio confianza y lo abrió rasgándolo. Al ver el cheque esbozó una sonrisa fingida.

—Hacía mucho que no me daban una paga como es debido —dijo.

Me despertaron los rayos y los truenos. El techo inclinado retumbaba bajo la lluvia. El viento silbaba. El bungalow crujía. Oí golpes en la puerta. Era Sam Ramponi que gritaba:

—¡Abrid, abrid!

Salí de la cama dando tumbos y abrí la puerta. La lluvia se coló como un terrorista. Ramponi y su señora estaban bajo el aguacero, él con un impermeable de plástico blanco que se le arremolinaba alrededor de la cara y ella con otro de color rojo. Sam me enfocó la cara con una linterna.

—¿Dónde está Nick? —aulló.

—Durmiendo.

—Despiértalo. Tenemos un serio problema.

Se alejó a buen paso, perforando las láminas de lluvia con el haz de la linterna y dando manotazos al impermeable para apartárselo de la cara. Semejante a un pájaro, la señora Ramponi fue tras él, saltando charcos mientras los dos corrían hacia la cámara de ahumar.

Me puse los pantalones y zarandé a mi padre, le grité, aparté las mantas. Se removió, desnudo y tiritando, y se encogió formando una pelota fetal, indiferente al estruendo. Así lo dejé, a merced de la lluvia que se filtraba. Manoteó, mojado y dormido; yo me puse un chubasquero y salí como una flecha a la noche negra y retumbante.

Corrí hacia la cámara de ahumar, la lluvia me acribillaba la cara y me golpeaba el tronco con proyectiles líquidos, contento y gritando de placer, diciéndome la cámara se ha desplomado con la tormenta, se ha desplomado, desplomado. Rompí a reír de alegría. Ojalá fuera cierto. El monstruo había sido abatido, tenía que ser abatido. Y sí, allí estaba. Abatido. Hasta los cimientos, reventado de una culada.

Yacía desparramado, muerto bajo la lluvia, un montón de huesos, un Godzilla lanzando el último estertor, las paredes por tierra, barridas hasta los cimientos, y la lluvia lo golpeaba sin piedad, los truenos retumbaban, bum, bum, los relámpagos estallaban, sssip, sssip, iluminando el bosque con la intensidad del sol.

Los Ramponi, cogidos de la mano, estaban junto al ogro caído con la cabeza gacha, rindiéndole el último homenaje. Me puse al lado de la señora Ramponi. Tenía la tristeza y el desengaño pintados en el rostro, y en los ojos llanto por la pérdida de la querida cámara de ahumar y de todas las esperanzas depositadas en ella. Pero yo no podía contener el júbilo. Le cogí la mano y se la apreté, y cuando se volvió hacia mí, esbocé una sonrisa y la anciana vio diablillos bailoteando en mis ojos.

—Una lástima —dije—. Qué vergüenza.

Ramponi paseó por las ruinas el haz luminoso de la linterna y vi unas piedras

particularmente problemáticas cuya colocación nos había hecho sudar de lo lindo. Solo eran ya enemigos caídos, amontonados en el campo de batalla, en aquel Waterloo de piedras, grotescos bajo la lluvia.

—Qué desbarajuste —dijo Ramponi jadeando—. Bueno, es lo mejor que podía haber ocurrido. Daba grima verlo. Estropeaba el paisaje.

Cogió a su mujer del brazo y se alejaron bajo la lluvia.

La anciana se volvió para mirar el devastado panorama. Me recordó a la mujer de Lot.

—Dile a Nick que quiero verlo por la mañana —gritó Ramponi.

Al regresar al bungalow encontré a Nick Molise dormido como un tronco bajo un montón de mantas. Hasta la cabeza tenía tapada. Pero se había despertado con todo aquel trasiego, porque había una garrafa recién abierta en la mesita de noche, la última de las existencias que nos había dado Ramponi.

Por la mañana la tormenta había desaparecido, y también mi padre. Miré la garrafa. Faltaba otro medio litro. Me vestí y salí del bungalow. La lluvia había lavado el gigantesco bosque, asentado el polvo, despejado el aire y cambiado el mundo. Los pájaros chillaban y las ardillas de cola algodonosa saltaban de rama en rama como acróbatas de circo. Toda la tierra se había endomingado para celebrar el fiasco de la cámara de ahumar. La noticia había tenido que llegar a lugares muy elevados, porque a veces pasaban nubes curiosas que echaban un vistazo a las ruinas.

De los alrededores de la cámara salieron voces enfurecidas. Me acerqué corriendo. Mi padre estaba entre los escombros, apartando piedras pequeñas para despejar un poco la catástrofe. Sam Ramponi le gritaba. Llevaba el traje de trabajo de seda negra y masticaba un puro.

—No seas zopenco —decía—. Déjalo, que sales ganando.

—No salgo ganando —graznó mi padre, apartando una piedra—. Salgo perdiendo.

—¿Qué ocurre? —dije.

—El muy idiota quiere empezar otra vez. —Y a mi padre—: Déjalo, hijoputa subnormal. Recoge los bártulos y te llevaré a tu casa.

El viejo Nick siguió apartando piedras. En sus ojos húmedos se leía que era un hombre muy cansado.

—¿En qué habéis quedado?

—No hemos quedado en nada. Lo haremos bien, eso es todo.

Ramponi se puso a gritar:

—No quiero que lo hagáis ni bien ni mal. No quiero que lo hagáis y punto. Yo no quería ninguna cámara de ahumar. Fue idea de mi mujer. Detesto la carne de ciervo. Detesto la carne de vacuno. Detesto el cerdo. Me gusta el pollo y me gusta el pescado. Así que déjalo correr. Se acabó. ¡No lo toques! Recoge los bártulos y te llevo a casa.

—Ni hablar —dijo papá—. Nos quedaremos aquí. Construiremos otra vez la cámara, aunque tardemos todo el invierno. —Agotado, se dejó caer en una piedra plana.

Que discutieran, que se destrozaran entre sí; yo estaba harto. No tenía intención de hacer nada más. Los dejé con sus gritos y volví al bungalow. Me duché. Hice el equipaje. Leí un libro. De vez en cuando abría la puerta y orientaba el oído hacia la cámara de ahumar, invisible entre los árboles. No oía nada. Pero sabía que él estaba allí, con la garrafa en las rodillas. Yo pensaba que estaba haciendo lo que debía y sin embargo me sentía apurado y me preguntaba si no obraba mal no ayudándole.

A eso de mediodía llegó corriendo la señora Ramponi.

—A tu padre le pasa algo.

Corrió hacia el bosque y yo tras ella. Nick yacía de espaldas, a orillas del arroyo, de cara al cielo, con los ojos cerrados, respirando profundamente y con dificultad. Me arrodillé a su lado, abrió los ojos y emitió un quejido. La señora Ramponi se agachó y le tocó la cara enrojecida.

—Ataque al corazón —dijo con voz neutra—. Lo he visto antes. Mi propio padre.

—¿No cree que está simplemente borracho? Yo también lo he visto antes.

—Probemos con la respiración boca a boca.

Se arrodilló a su lado, tragó una profunda bocanada de aire, pegó la boca a la del viejo y le introdujo un chorro de aliento por la garganta. El viejo despertó sobresaltado. Abrió los ojos, vio la cara de la anciana, lanzó un grito de queja y manoteó para que se alejara. La anciana le sujetó la cabeza y probó otra vez.

—¡No! —gruñó mi padre—. ¡Dejadme en paz, joder!

Cogí agua del arroyo y se la eché en la cara. Se pasó la lengua por los labios.

La señora Ramponi se puso en pie.

—Este hombre se está muriendo.

—Este hombre está borracho.

—No lo muevas. Voy por una manta. Tenemos que abrigarlo.

Se fue corriendo. Quise sentarlo, pero estaba tan flojo como una cuerda y la cabeza se le caía. Me lo cargué al hombro pensando que pesaría un quintal, pero era alarmantemente ligero y lo llevé al motel como quien transporta un saco de juguetes. La señora Ramponi nos vio llegar y se inquietó mucho.

—Acuéstalo, hombre. Lo vas a matar.

Entré con él en la oficina y lo dejé en un sofá de cuero. La señora Ramponi lo tapó con una manta ligera y volvió a buscarle la boca para hacerle más respiración artificial. A mi padre le dio una arcada, se removió, hizo una mueca y apartó a la anciana.

—Agua —dijo.

¿Agua? Increíble. Casi nunca bebía agua. Tenía que estar realmente enfermo. La señora Ramponi le llevó un vaso lleno de la cocina, se lo acercó a los labios y el viejo bebió con avidez.

—Más.

Apuró otros dos vasos y se quedó profundamente dormido. Tenía la cara caliente y seca. No estaba borracho. Parecía muy cansado y flojo, completamente agotado. Abrió los ojos murmurando y quiso levantarse.

—Retrete...

Apartó la manta y se puso en pie tambaleándose. Lo sujeté mientras cruzaba la cocina, entraba en el cuarto de baño y se quedaba inmóvil delante de la taza, dormido y oscilando. Lo conduje otra vez a la cocina y se desvió hacia el fregadero.

—Agua.

Se bebió tres vasos y volvió al cuarto de baño. Lo sostuve con los brazos

alrededor de la cintura. La misma e interminable operación de antes. Por último se tendió en el sofá y cayó en una especie de letargo de mal agüero, respirando ruidosamente.

La señora Ramponi dijo:

—¿Sabes lo que creo? Que es cáncer de vejiga. Mi tío lo tuvo. Será mejor llamar a una ambulancia. No quiero que se muera aquí. —Me acercó el teléfono—. Ambulancias Tahoe. —Y me dio el número.

Llamé a la centralita y pedí que me pusieran con el doctor Frank Maselli de San Elmo. Mi padre había sido el recalcitrante paciente de Maselli durante más de cuarenta años y lo evitaba siempre que podía, ya que la única e invariable receta que le daba el médico para que recuperase la salud era que dejase de beber.

Fue lo primero que me preguntó cuando se puso al aparato.

—¿Está borracho?

Le dije que no estaba borracho y cuando quise explicarle el estado de mi padre, me interrumpió:

—¿Tiene sed?

—Mucha.

—Espero que no le hayan dado vino.

—Solo agua.

—¿Mea mucho?

—Litros.

—Huélale el aliento.

—¿Qué?

—Que le huela el aliento a su padre.

Dejé el auricular, me incliné sobre el viejo y olisqueé su aliento cargado.

—Huele dulce —dije al médico.

—Así que por fin ha sucedido.

—¿Qué, doctor?

—¿Dónde están ustedes? —Se lo dije y añadió—: ¿Están lejos de Auburn?

—A unos ochenta kilómetros.

—Llévenlo al Hospital de Auburn lo antes posible. Nos veremos allí. —Y colgó.

Me volví hacia la señora Ramponi.

—¿Podría llevarnos al Hospital de Auburn?

—Santo Dios, claro que sí.

Era un coma diabético.

Había entrado en él poco a poco, en el curso de los últimos días, y transcurrieron cinco horas hasta que el doctor Maselli y el médico de guardia del hospital de Auburn consiguieron sacarlo del abismo y devolverle la conciencia. Le purificaron la sangre con suero intravenoso y le inyectaron insulina. La insulina le produjo una reacción fuerte, sufrió una conmoción y tuvieron que recurrir a la sacarosa. La sacarosa le aumentó el nivel de azúcar y volvieron a inyectarle insulina, esta vez en menor cantidad, hasta que el nivel de azúcar quedó más o menos estabilizado. En el ínterin esperé en la zona de recepción del hospital, mirando la cabreada puesta de sol.

A eso de las ocho de la noche apareció Maselli. Era pequeño, gordo, con cara de angelito y tenía setenta y tres años; era un médico de manual, un buen médico de cabecera, con las rosadas mejillas de la prole de Angelo Musso. Siempre se las arreglaba para parecer animado e interesado, pero en realidad era un profesional frío que proporcionaba la mínima información posible.

Le gustaba hacerse el misterioso. Si ponía el termómetro o medía la presión arterial, nunca daba la lectura. Hacía muchos años que se encargaba de la familia Molise: huesos rotos, sarampión, paperas, infecciones, gonorreas, cólicos, gripes, la vesícula de mamá, sus dolores de espalda y los extraños desarreglos de su naturaleza femenina. De vez en cuando le masajeaba al viejo la sensibilizada próstata y le recetaba pastillas para dolencias no declaradas. A mi padre le caía bien Maselli, no por sus técnicas terapéuticas, sino porque no le decía nada a mi madre. Una cosa estaba clara: Maselli sabía más de mi padre que nadie en el mundo.

—¿Cómo está?

Maselli se dejó caer en una silla de cuero.

—Ya está fuera de peligro. Ahora todo depende de él.

Desmochó un puro con los dientes y me contó lo que había hecho para sacarlo del coma.

—Entonces ¿se va a recuperar?

—Lo dudo. —Encendió el cigarro—. Su padre es alcohólico, eso lo sabe. Alcohólico y diabético. —Aquello, por lo visto, le hacía gracia—. ¿No le parece contradictorio?

—No sé nada de la diabetes.

—Ha sido un caso límite durante años. Se lo advertí repetidas veces, pero se negaba a seguir un tratamiento. Al final conseguí que tomara Orinasa, bueno, unas píldoras, pero no sirve de nada cuando se está siempre borracho.

—¿Y ahora?

—Insulina.

—Y dejar el vino totalmente —dije.

—Totalmente. De manera radical. Al fin y al cabo, el vino solo es azúcar de uva. Es fatal. Tendrá que limitar el consumo de pasta, y también el de pan. Come demasiado pan.

—Lo haré, doctor. —Lo dije de manera mecánica, el cliché habitual.

—No estoy seguro. Su deseo de morir es mucho más fuerte que el deseo de vivir.

—Se equivoca —insistí, otro cliché—. Tiene una fuerza de voluntad tremenda. Tendría que haberlo visto allí arriba, rematando la cámara de ahumar.

Maselli arrugó la frente con aire meditabundo.

—Eso de la cámara de ahumar me preocupa. Me refiero a la chapuza que hizo. Su padre no ha construido jamás una pared torcida.

—Estaba enfermo, agotado.

—Está enfermo y agotado y es un diabético latente desde hace años, pero siempre ha cumplido, siempre ha hecho bien la faena. Pero lo de la cámara... No sé. Es muy extraño.

Me acordé del cheque a nombre de Ramponi, de la humillación que tuvo que suponer para el viejo, pero no le dije nada a Maselli, que de pronto destapó la caja de las sorpresas y me contó una serie de datos sobre la salud de mi padre que me dejó atónito. Nick Molise tenía la presión arterial peligrosamente alta. Padecía insuficiencia miocárdica. Tenía disfunción e hipertrofia hepáticas. Quistes degenerativos en los riñones. Cistitis crónica. Y sus ojos presentaban un principio de cataratas. Y ahora, diabetes...

Tras contármelo, Maselli pareció respirar aliviado, como si debiera habérmelo dicho mucho antes, como si delegara la responsabilidad en otro y se lavara las manos ante la inminente catástrofe. A mí me dejó deprimido y sentí un creciente dolor en el pecho mientras me acercaba a la ventana y miraba la caída de la espesa noche, los árboles oscuros del jardín del hospital, el lento tráfico que circulaba por la neblinosa calle del otro lado. Qué gordo me caía Maselli. ¿Por qué había tenido que contármelo todo? Había guardado silencio durante un montón de años y ahora se echaba atrás. ¿Por qué tenía que sufrir yo también?

—Es cuestión de supervivencia —dijo ambiguamente.

—Me gustaría verlo ahora.

—Le han dado un sedante. Vuelva mañana.

Abandoné la habitación, bajé hasta la recepción y salí a la calle, temeroso de lo que me esperaba: mi madre, sus lamentos, sus lágrimas. Mientras volvía a San Elmo en el autobús me pasó por la cabeza la idea de no apearme, dejar atrás aquel pueblo deprimente y seguir hasta el aeropuerto de Sacramento y el avión que me llevara a casa.

¿Cuánto tiempo llevaba fuera? ¿Un mes, un año? ¿Qué le había pasado a mi pasión por la literatura, a mi urgencia por escribir? Me engolfé en la autocompasión. Mi padre se encontraba en el hospital, se estaba muriendo y lo único que yo sentía era

una piedad trágica por mí mismo. Volví a verme en la Conservera Toyo dando paletadas al fertilizante, descargando camiones; volví a verme en la Misión del Espíritu Santo comiendo estofado con pan; volví a verme en la cárcel de Lincoln Heights, acusado de vagancia. Volví a ser escoria, escoria proletaria, hijo de un albañil con mala suerte que durante toda su vida había peleado por tener un pequeño lugar en la tierra. De tal palo, tal astilla. ¡Ah, Dostoievski! Fiódor habría podido salir de la niebla para ponerme la mano en el hombro, porque a mí me habría dado igual. ¿Cómo podía vivir un hombre sin su padre? ¿Cómo podía despertar por la mañana y decirse: mi padre está muerto?

Las luces de la casa de San Elmo estaban apagadas cuando entré en el jardín, aunque vi abierta la puerta principal, oí el crujido de la mecedora del porche y a continuación la voz de mi madre:

—¿Ha muerto?

No había expectación en su voz, ninguna emoción, solo simple aceptación de lo que tenía que ser.

—No, mamá. Vengo del hospital.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien —dije, tratando de escrutar sus facciones en la oscuridad—. El doctor Maselli está con él. —Me senté en el escalón superior y me apoyé en el poste de la barandilla.

—Se veía venir —dijo—. Lo he sabido todo el tiempo. Es el corazón, ¿verdad?

—Tiene diabetes.

Se puso en pie y besó el rosario blanco que tenía en las manos.

—Su padre murió de diabetes.

—¿Qué edad tenía?

—Todavía era joven. Ochenta años. ¿Cuándo podemos ir a verlo?

—Quizá mañana.

—¿Tienes hambre? He preparado pastel de carne.

Entré en la casa tras ella. El pastel de carne estaba en el horno. No me abrió el apetito, como si lo hubieran preparado para mi padre, como si fuera su cena, y no pude comérmelo. Mi madre apareció mientras untaba mantequilla de cacahuete en una rebanada de pan. Llevaba un vestido gris y azul y un velo negro en la cabeza.

—Me voy a la iglesia.

—¿A estas horas? Estará cerrada.

—Ya no. El padre Martin deja las puertas abiertas toda la noche.

—Ve por la mañana.

—Iré ahora. Quiero rezar.

—Llamaré un taxi.

—No. Prefiero ir andando.

Se fue, sentí la mantequilla de cacahuete pegada al paladar y pensé en que tenía que recorrer siete manzanas en plena noche, cruzar las vías del tren, rebasar el almacén de maderas, alcanzar Pacific Street y de allí a la iglesia, que estaba en el barrio mexicano. Fui tras ella.

Cuando la alcancé y me puse a su altura, no dio indicios de enterarse de mi llegada y siguió andando con serena determinación y sumida en sus pensamientos. Qué hermosa era en aquella noche cálida y en aquella calle oscura de casas

decrépidas, enamorada del despótico marido que yacía en el hospital, con aquella cara de paloma, moviéndose con dulzura; me hizo recordar una antigua foto suya de cuando tenía veinte años, en el Capitol Park de Sacramento, tocada con una pámela, apoyada en un árbol y sonriendo; estaba tan bella entonces, estaba tan bella ahora que tuve deseos de cogerla en volandas, como un amante, y entrar en la iglesia con ella.

La iglesia no estaba vacía, a pesar de que era casi medianoche. Me acordé de un refrán italiano: «Donde veas muchas mujeres, hay cerca una iglesia». Había una docena de mujeres arrodilladas en los bancos, todas con velo en la cabeza, viejas como mi madre, la mayoría ante el altar de la Virgen. Mi madre se quedó cerca de la puerta, entró en un banco, se arrodilló y besó la cruz del rosario que llevaba. Me arrodillé a su lado y escuché los crujidos y resuellos del viejo edificio de madera, afectado por el calor diurno. Percibí diversos estratos olfativos, olor a incienso y a flores recién cortadas, como si se hubieran alternado las bodas y los entierros, y vi sombras saltarinas en las paredes que había detrás de las filas de velas votivas.

La paz suavizaba la cara de mi madre. No se había casado en aquella iglesia, pero sus hijos habían sido bautizados allí y se habían educado con las monjas de la parroquia. Se nutría de fe en aquel momento y por su forma de mover los labios se habría dicho que bebía la magia del lugar.

Al cabo de una hora me dolieron las rodillas y me senté con las manos juntas. También ella se sentó entonces, con las cuentas del rosario en las manos. Me sentía ya muy cansado y con sueño, me estiré en el banco y cerré los ojos. Atrajo mi cabeza hacia su regazo y me sonrió mientras me acariciaba el pelo. Las cuentas bailoteaban ante mis ojos cuando me dormí. Pasamos allí toda la noche. Volvimos a casa al amanecer, por calles que preguntaban por mi padre y por qué no estaba con nosotros.

Después de desayunar llamé a Virgil por teléfono y le conté que el viejo estaba en el Hospital de Auburn. Antes de que pudiera explicarme, preguntó:

—¿Está borracho?

—No está borracho. Está enfermo.

—¿Cuánto nos va a costar?

—Tiene una diabetes galopante. Estuvo en coma cinco horas.

—¿Diabetes? —Se tranquilizó—. Eso no es tan malo. Está cubierto por el seguro estatal.

—Casi se muere.

—¿Y qué? Está vivo, ¿no?

—Apenas.

Tras una pausa:

—Jope.

Le dije que mamá estaba preparando la cena para la familia. Cenaríamos a las seis. Y que mamá quería que él estuviera presente. Luego iríamos al Hospital de Auburn para ver al viejo.

—Imposible —dijo—. Esta noche tengo bolera.

—No seas capullo —dije—. Comportémonos por una vez como una familia. Se lo debemos a papá. Eres su favorito, Virge. Supongo que lo sabes.

Rio por lo bajo.

—Eso es muy gracioso, Henry, sobre todo si tenemos en cuenta que nos detesta a partes iguales.

—¿Vendrás?

—¿Qué va a preparar mamá?

—¿Y eso qué importa? No es una celebración. Es un momento solemne.

—Ternera con pimientos y yo también acudiré.

—De acuerdo.

Cuando quise comunicarme con mi hermano Mario, me encontré con las complicaciones de costumbre. Al fondo chillaban los niños y el televisor estaba a todo volumen. Se puso mi cuñada.

—Hola, Peggy. ¿Está Mario?

—Está durmiendo. ¿Aún sigues por aquí?

—Despiértalo, por favor. Es importante.

—¿Qué te retiene en San Elmo, Henry? No me digas que estás escribiendo una novela erótica sobre tus padres.

—Escucha, Peggy. Papá está en el hospital.

—O sea que le ha dado otra vez. Estupendo.

—Está muy enfermo. Tiene diabetes.

—¿En serio? Mi tía tenía diabetes. Se pondrá bien. Basta con darle mucho zumo de naranja.

—Una gran idea, Peggy. Se la comentaré al doctor Maselli. ¿Quieres hacerme el favor de decirle a Mario que se ponga?

Se acabó. Fin de la charla. Dejó el auricular junto al aparato y se olvidó por completo de mí. Estuve esperando veinte minutos con el auricular en la oreja, oyendo los chillidos de los críos, puertas que se abrían, perros que ladraban. Oí a Peggy darle una azotaina a una niña y los gritos de esta. Luego oí rodar muebles y un niño dando alaridos. Oí a Mario maldecir y exigir el desayuno. Siguió una disputa entre marido y mujer, una pelea cuerpo a cuerpo, platos rotos, gritos infantiles, ladridos desenfrenados de los perros, pedorretas de motor que arranca, chirridos de neumáticos quemándose, el crujido del cambio de velocidad y el traqueteo de la camioneta al alejarse.

Una hora más tarde alcancé a Mario en el vestíbulo de la estación del tren.

—A ver cuándo nos vemos —dijo. Le conté lo de papá—. Joder —añadió—. Es espantoso. Y a su edad. Diabetes..., ¿qué es la diabetes? No será una enfermedad venérea.

—No seas burro, pues claro que no. Es tener demasiado azúcar en la sangre y en la orina.

—Es verdad. Sabía que tenía algo que ver con la orina. ¿Dónde la contrajo?

—No se contrae porque no es contagiosa.

—Sí que es raro. Papá detesta el dulce.

—Ya está mejor. Esta noche iremos todos al hospital y eso te incluye a ti también. Mamá quiere que estés en casa a las seis para cenar. ¿Entendido?

—Iré a cenar, pero no al hospital. El viejo Nick odia hasta mi sombra. Se pondría peor al verme.

—Te equivocas, hombre, te equivocas de medio a medio. A papá le caes bien. Me lo dijo con estas mismas palabras el otro día. Eres su favorito. Eres el único de sus hijos que ha querido aprender su oficio. Virgil y yo desertamos, pero tú fuiste leal, un buen hijo. Hiciste cuanto pudiste. Te salió mal, pero esa no es la cuestión. Lo intentaste. Y él no lo olvida. Cree que aún tienes madera para ser un gran albañil. Puede que no lo dé a entender, ya sabes cómo es papá, pero lo tienes en el bote, chico. Te respeta. A mí apenas me aguanta y Virgil le cae fatal. Pero tú eres la niña de sus ojos.

La voz se le ablandó.

—También él me cae bien, joder. Siempre le he querido. Hemos tenido nuestras peleas, pero no le guardo rencor.

—Bien por ti, Mario. Olvida el pasado. Ven al hospital con nosotros. Ya no es más que un viejo. Puede morir cualquier día. Haz las paces con él. Purifica tu conciencia. Que sepa que le quieres tanto como él a ti.

—Lo haré, Henry. Incluso puede que le lleve algo. ¿Qué te parece una garrafa de Angelo Musso?

—No puede tomar vino.

—¿Y flores? Una maceta.

—Quizá.

—O unas zapatillas.

—Sería perfecto.

—Y una bata.

—Magnífico.

—Nos veremos en casa de mamá.

De pronto me di cuenta de que se estaba burlando de mí —y de sí mismo—, de que no tenía la menor intención de ir a cenar, ni de comprarle un regalo a su padre, ni de ir a verlo al hospital, porque Mario era un soñador que nunca ponía en práctica sus buenas intenciones.

Lo estuvimos esperando sentados a la mesa de la cocina, Stella, Virgil y yo, sorbiendo vino, mordisqueando tiras de zanahoria y apio, mientras mi madre hacía tiempo en la cocina, manteniendo en su punto el plato principal, callos a la milanesa, un plato sencillo y austero, a tono con la deprimente ocasión. Había puesto cubiertos en la mesa para su marido, una especie de homenaje, y la ausencia de papá pesaba en el aire.

A las seis y media salió al porche en busca de su caprichoso hijo. Miró a ambos lados de la calle con los brazos cruzados; luego volvió a la cocina.

—Comamos —dijo.

Los callos a la milanesa no eran sencillos ni austeros, estaban deliciosos, fabulosos, pedacitos de tripa con textura de panal, preparados con arroz, guindillas y salsa de tomate, espolvoreados con parmesano y sazonados con mantequilla y especias.

Virgil se olvidó de la ternera con pimientos y comió como un perro famélico, rebañó el plato enseguida y pidió más, un tragón en un banquete en vez de un hijo preocupado y deseoso de ver a su achacoso padre. Terminó de comer con un eructo grosero, apuró el vino y dijo que había llegado el momento de afrontar la realidad de la vida.

—Enfoquemos las cosas como es debido —dijo, como si fuera el presidente del Banco de América—. Ante todo está la cuestión del seguro de nuestro padre. ¿Ha pensando en eso últimamente alguno de vosotros? ¿Está en orden? ¿Ha leído alguien la letra pequeña?

Stella arrojó la servilleta sobre la mesa.

—¡Cállate, Virgil!

Virgil la miró con inocencia.

—¿Es que he ofendido a alguien? ¿Es que no se me permite hacer una sencilla indagación? En cuestiones de dinero hay que ir derechos al grano. Hay que olvidarse de los sentimientos.

—Papá no ha muerto —dijo Stella—. Está enfermo.

—No puedes echar a correr y eludir estos problemas —dijo Virgil con sonrisa de superioridad—. Afróntalos con valor, con sinceridad: el seguro, los gastos del entierro, el futuro de mamá...

Habría surtido el mismo efecto si le hubiera dado un puñetazo a su madre en el estómago. Mamá se puso en pie y salió de la cocina con paso vacilante. Oímos sus sollozos mientras se encerraba en el dormitorio. Virgil cabeceó con actitud dubitativa.

—No está mal —dije.

Stella cogió una rebanada de pan y se la tiró a la cara.

—¡Eres un animal! —dijo—. Siempre lo has sido. ¡Te odio!

Virgil se miró las yemas de los dedos mientras oíamos a mamá abriendo cajones y moviéndose por el dormitorio. Salió vestida para ir de visita al hospital. Se había puesto demasiado colorete y el infame abrigo prostibulario de la tía Carmelina. Del brazo le colgaba un bolso grande de charol.

—Yo ya estoy —dijo.

—¿Es necesario que lleves ese abrigo tan horroroso? —dijo Stella.

—A mí me gusta —dijo Virgil, tratando de arreglar las cosas—. Te queda muy bien.

—Es de mal gusto —dijo Stella. Miró las piernas de mamá—. Y llevas las medias arrugadas.

Mamá se levantó el abrigo y el vestido de raso marrón y se subió las medias de un tirón.

—Ya está.

—Ay, Señor —dijo Stella.

Acercó a mamá a la luz de la ventana, mojó la punta de una servilleta con saliva y le limpió los grumos de colorete de los pómulos y el cuello.

—Procura tener buen aspecto. Hazlo por papá.

—A él le da igual —dijo mamá con voz enfadada.

Fuimos en el Pontiac de Stella. Mamá y Virgil subieron detrás y yo me puse delante, con Stella. Había treinta kilómetros hasta el Hospital de Auburn.

—Espera —dijo mamá cuando Stella puso en marcha el vehículo—. He olvidado dejarle una nota a Mario.

—¿Para qué?

—Para que se reúna con nosotros en el hospital.

—Olvídalo. No aparecerá.

—A lo mejor sí —dijo mamá manoteando, como si le costara bajar del coche.

—Ya voy yo —dije.

—Deja la nota en el frigorífico —dijo mamá—. La buscará allí.

Fui a la cocina, garabateé la nota y le dejé dentro del frigorífico, encima de un pastel de manzana recién hecho.

Luego partimos hacia el hospital.

Pasamos de dos en dos por delante de recepción y de dos en dos nos adentramos en el immaculado pasillo del hospital, mamá y Virgil, Stella y yo. Al llegar a la puerta de la habitación de mi padre nos detuvimos a conferenciar. Mamá estaba sin aliento. Le había desaparecido cualquier rastro de colorete de su cara encendida, y se desabotonó el cuello de piel.

—¿Cómo estoy?

—Estarías mucho mejor si te quitaras el dichoso abrigo —dijo Stella, haciendo ademán de quitárselo—. Yo te lo llevaré.

Mamá consintió; Stella sujetó el abrigo en los brazos, hecho una pelota. El vestido de raso marrón estaba ajado y arrugado, como si procediera del Ejército de Salvación o del siglo XIX. En algunos puntos se le salía la combinación y el dobladillo quedaba al revés.

—Súbete las medias —dijo Stella.

—Venga, a él ya no le preocupan esas cosas —dijo mamá, no obstante se las subió de un tirón. La miramos con ojo crítico. Pobre mamá. Ni siquiera Christian Dior habría mejorado su aspecto. Era su forma de estar, con las rodillas medio dobladas, con ropa ajena, con las medias caídas y unos zapatos que le venían grandes.

—¿Preparados? —dije, asiendo el tirador de la puerta.

Stella abrazó a mamá para darle ánimos.

—Mantén la calma. No llores.

Fue oírlo y deshacerse en lágrimas en el acto, aunque las reprimió cuando entramos. Nick estaba sentado en la alta cama de hospital, sereno, casi lánguido. Lo rodeamos, le dijimos hola y lo tocamos. Tenía buen aspecto, recién afeitado, con el pelo cortado y peinado, el bigote arreglado, descansado, como nuevo, sin la menor traza de indisposición. Mamá lo miró y se derritió como mantequilla caliente, con los ojos húmedos. Se inclinó y le dio un beso. Stella hizo lo mismo. De su piel brotaba un fuerte olor a loción para después del afeitado.

—¿Dónde está Mario? —preguntó.

—Tenía trabajo —dije.

—Sigue enfadado conmigo por lo del béisbol.

—Qué va —dijo Stella—. Mario tiene familia propia. Aquello lo olvidó totalmente.

—Mario no. Ese no olvida nada.

Mamá le apretó la mano.

—¿Te tratan bien?

—Muy bien.

Nunca lo había visto tan tranquilo ni tan desenvuelto. Puede que fuera el Válium.

—Estás delgado —dijo mamá—. ¿No te dan de comer?

—En abundancia. Para cenar, espárragos con una tostada. Judías tiernas y gelatina de frutas.

—¿Gelatina? No comerás eso.

—Sabía bien.

—¿Qué salsa le echaron a los espárragos?

—No había salsa.

Mamá estaba atónita.

—¿Qué clase de lugar es este?

—Un lugar estupendo. Enfermeras, estupendo.

—Estás pálido. —Mamá se volvió hacia nosotros—. ¿Verdad que está pálido?

A nosotros no nos lo parecía.

—Me siento bien —dijo papá. Luego, con complacencia—: Ahora me pongo insulina. —Le pregunté si se la inyectaba él solo—. Me la pone la señorita Quinlan —añadió.

—De eso tendrás que encargarte tú ahora, mamá —dijo Stella.

—Todos los días —dijo papá—. Habla con la señorita Quinlan. Ella te dirá lo que hay que hacer.

—¿Quién es la señorita Quinlan? —preguntó mamá.

—Mi enfermera —dijo papá.

Aquello no gustó a mi madre, que se cruzó de brazos.

—Tienes que aprender mucho —prosiguió mi padre—. Lo que como, lo que no puedo comer. Ya no es como antes. Nada de pasta. Bueno, no mucha...

Mamá estaba atónita.

—¿Nada de pasta? ¿Ni siquiera espaguetis?

—Un poco. Una vez a la semana.

—¿Y lasaña?

—Por Navidad y Semana Santa.

—¿Y *pastina*? ¿Pasta pequeña, con ajo y aceite?

—Habla con la señorita Quinlan. Ella tiene la lista.

—Hablaré con el doctor Maselli. No necesito hablar con una enfermera.

Virgil le había llevado un regalo, una cajetilla de tagarninas italianas. Papá cogió la cajetilla con mano vacilante y se la devolvió.

—Ya no fumo, hijo. Lo he dejado para siempre.

—No me lo creo —dijo Virgil.

—Órdenes del médico. No más vino, no más tabaco.

—¿Y no más pasta? —dijo Stella sonriendo con escepticismo—. No será fácil, papá.

Sus ojos relampaguearon.

—Lo lograré.

Mamá lo asió de la muñeca.

—Desde luego que lo harás. Lo primero de todo es salir de aquí. Te vienes a casa. Descansas unos días, hasta que te sientas bien. No más trabajo, no más montañas. Dormirás en tu propia cama. Irás al centro, pasearás. Hablarás con los amigos del Roma. Tal vez un puro después de la cena. Pronto te sentirás mejor. No me importa lo que diga el médico: un puro no le hace daño a nadie. Y lo mismo digo de un plato de espaguetis y un vaso de vino. No vas a durar eternamente, así que pásalo bien mientras puedas. Hablaré con el doctor Maselli. Él lo entenderá.

El viejo no pudo reprimir una sonrisa.

—Ya veremos.

Era un dilema absurdo. No lo veía yo en aquel papel. Sesenta y cinco años de vino, pasta y tabaco, y ahora quería adoptar un estilo de vida que significaba la negación de sí mismo. ¿Cómo iba a resistir los seductores aromas de las cazuelas de su mujer? Todas las habitaciones de la casa olían a buena vida, a vida mediterránea. Lo miré y lo vi con la austera bata de hospital, los ojos encendidos por la determinación de seguir vivo, la quijada firme como una piedra, los puños en el vientre, un hombre fuerte, un hombre en decadencia, con fuego en las entrañas, decidido a enfrentarse a la tierna astucia de una mujer que lo había tenido animado y contento durante miles de días. Sin embargo, hay milagros en la vida. Un hombre puede cambiar, aunque solo sea para sobrevivir.

Entró una enfermera. Unos cuarenta años, rubia oxigenada, alta, atractiva, simpática, cordial, y llevaba un recipiente en la mano.

—Buenas tardes a todos —dijo, y nos apartamos para dejar que se acercase a la cama.

—¿Cómo está esta noche mi niño malo?

—Muy requetebién —dijo papá sonriendo.

La enfermera le ahuecó la almohada, echándose sobre él con los macizos pechos embutidos en el ajustado uniforme; lo tapó, le apartó el pelo de la frente, y el viejo, avergonzado, evitó la mirada de mi madre.

—Le presento a mi familia —dijo.

—¿Cómo están ustedes? —dijo la enfermera—. Soy la señorita Quinlan. ¿Verdad que hoy tiene buen aspecto? ¡Deberían haberlo visto anoche! Eso demuestra lo que puede conseguir el trato cariñoso. Con lo buen chico que es. No ha dado nada de guerra.

—¿Cuándo podremos llevárnoslo?

—Eso tendrá que decidirlo el médico.

Alargó el recipiente a papá.

—¿Quieres darme un poquito de lo que tú ya sabes, papi?

¡Papi!

Mi madre fulminó con la mirada a la señorita Quinlan mientras esta ayudaba a papá a bajar de la cama y dirigirse al cuarto de baño, con la bata abierta por detrás,

enseñando el culo desnudo.

El viejo entró, cerró la puerta, echó el pestillo y reapareció con el recipiente lleno hasta la mitad.

—¡Qué muestra tan bonita! —dijo la señorita Quinlan con entusiasmo, levantando el recipiente para verlo al trasluz—. Clara como la miel, la mejor que he visto hasta ahora.

Nick volvió cabizbajo a la cama, eludiendo las chispas que echaban los ojos de mamá, y se tapó hasta la barbilla, como si quisiera esconderse. La señorita Quinlan le ahuecó la almohada, estiró las mantas, le alisó el pelo.

—Buenas noches, tesoro —dijo en voz baja, alejándose con el frasco de orina.

Un silencio embarazoso llenó el vacío dejado por la señorita Quinlan. Mamá parecía perdida, anestesiada, flotando. Miró hacia la puerta como si la enfermera siguiese allí.

—*Puttana!* —exclamó.

Sonó el timbre que anunciaba el fin de la hora de visitas.

—Hay que irse —dijo Virgil.

Mamá se acercó a su marido para besarlo en la frente y lo traspasó con la mirada.

—Cuidadito —advirtió.

Stella le dio un beso y Virgil y yo las buenas noches. Nos fuimos mirándolo, viendo que nos miraba a su vez, hombre solitario en una habitación pelada, en una cama alta, filtrado, confundido, fundido con la pared azul.

Mi madre correteaba por el pasillo arrastrando los pies, deseosa de salir del hospital. Stella y Virgil aceleraron el paso para alcanzarla. Yo me rezagué, atraído por las imágenes de un televisor que había en una habitación. Era un partido de béisbol. Un hombre veía el partido, sentado en la cama.

—¿Quiénes juegan? —pregunté.

—Los Gigantes y los Dodgers.

Aquello explicaba la ausencia de Mario.

Tres noches después soñé con el entierro de mi padre. La señorita Quinlan estaba junto a la tumba, enfrente de Mario, con el que cruzaba una sonrisa de complicidad. Cerca de allí había una carroza fúnebre de cuatro caballos negros, con jaeces de plata y plumero blanco. Mi mujer y mis hijos estaban en el pescante, sonriendo con suficiencia mientras mi madre echaba paletadas de tierra en la tumba, rodeada por un tropel de deudos que charlaban y reían sin ningún respeto, como juerguistas de excursión. Yo era solo un observador, pero no veía mi cuerpo en el sueño. Desperté a las diez, inmerso en los efectos secundarios del sueño, fui a la cocina y me serví un café. Por la ventana vi a mi madre en el patio trasero, echando maíz a las gallinas. Sonó el teléfono.

Era el doctor Maselli, que llamaba desde el hospital.

—¿Han visto a su padre esta mañana?

—Está en el hospital.

—Ya no. Vengo de su habitación. No está su ropa ni él tampoco.

Me eché a reír.

—¿Y adónde ha ido?

—Se fue entre las siete y las ocho.

Volví a reírme.

—¿Qué le hace tanta gracia? —añadió el médico—. No se ha puesto la insulina.

—¿Y eso es malo?

—Si entra a repostar en un bar, puede volver a entrar en coma.

—Puede que esté en el autobús, camino de San Elmo.

—Será mejor que lo compruebe. Vaya al Onyx y al Café Roma.

Le pregunté si había indagado él en los bares próximos al hospital.

—Tengo pacientes aquí. No puedo salir ahora.

—¿Y si avisamos a la policía?

—¿Para qué? No es un delincuente, solo un maldito imbécil.

—¿Qué hago si lo encuentro?

—Si está en San Elmo, llévelo a mi consultorio. Estaré allí dentro de una hora. O méntalo en un coche y tráigalo al hospital.

Me vestí aprisa, salí de la casa discretamente y la mañana fría y luminosa me acarició la piel.

¡Ah, mi viejo! ¡Qué fabuloso era y qué barullos organizaba! Era un experto, tenía talento para poner patas arriba el pequeño mundo en que vivía. Anduve a paso vivo hacia el centro del pueblo, riéndome en silencio, orgulloso de él. Podía morirse, pero ¿qué más daba? Dostoievski estaba muerto, pero vivía intensamente en mi corazón. Había venido a mi encuentro como la gracia de Dios, un rayo de luz que había

iluminado mi alma. Mi padre tenía el mismo brillo, una aureola que me iluminaba, sangre de mi sangre, un poeta que imponía su voluntad de vivir.

Entré primero en el bar Onyx. Detrás de la barra estaba Art Pinto, sirviendo cerveza a un par de guarda-frenos. Le pregunté si había visto a mi padre.

—Ya no, Henry. No le dejamos entrar.

En el Café Roma no había nadie, exceptuando a Frank Mascarino, que limpiaba vasos detrás de la barra. Hacía días que no veía a mi padre.

—¿Dónde está Zarlingo esta mañana —pregunté—, y Lou Cavallaro?

—Aquí no vienen hasta mediodía.

Salí a la calle. El calor iba en aumento. Medité el asunto a la sombra, bajo la marquesina del Hotel Leroy. ¿Dónde podía encontrar alcohol un hombre que salía del Hospital de Auburn? Evidentemente, en el bar más cercano. Era lo primero que se me había ocurrido. Si se había escapado del hospital, no iba a perder el tiempo esperando el autobús de su pueblo. Lo más probable era que se hubiese metido en el primer bar que tuviera a la vista. Tenía que estar en Auburn, en algún bar de Chop Suey Street, no muy lejos del hospital. Seguí andando por la calle hasta llegar a las oficinas de Hertz y alquilé un Chevy para ir a Auburn.

Chop Suey Street abarcaba una manzana y era el barrio chino de Auburn. Consistía en seis bares apretujados entre cochambrosos edificios de madera y ladrillo. Dejé el coche al final de la calle flanqueada de olmos y entré en un local llamado Silverado. El interior estaba fresco, oscuro y aromatizado con los vapores de la cerveza. El joven camarero de la barra no me prestó atención.

—Busco a mi padre —le expliqué—. Anciano, más o menos de mi estatura. Setenta y seis años, pantalón y camisa caqui. Con bigote.

Movió la cabeza hacia el fondo.

—Mire usted mismo. Hay varios que responden a esa descripción.

Anduve entre las mesas del lóbrego local y vi una docena de ancianos sentados en un silencio somnoliento, sorbiendo cerveza y jerez. Me asombró ver hasta qué punto se parecían a mi padre, las mismas manos nudosas, los mismos zapatos rozados y arqueados, el mismo sombrero raído, los mismos ojos opacos y fijos en el vacío. Nick no estaba allí ni en ninguno de los restantes bares de la calle.

Volví al coche alquilado, recorrí unas manzanas y llegué al centro del pueblo. No lo vi en la estación de autobuses. Las coctelerías de la calle principal eran demasiado elegantes para su gusto y no me entretuve mirando en ellas. Volví al hospital, preguntándome si no habría vuelto mientras tanto.

Al salir del ascensor vi a la señorita Quinlan y a otra enfermera en el mostrador del primer piso. La señorita Quinlan hablaba por teléfono. Se sobresaltó al verme.

—Es su padre —dijo, alargándome el auricular.

Lo cogí.

—Hola, papá. ¿Dónde estás?

Colgó.

Dejé el auricular en la horquilla del aparato y pregunté a la señorita Quinlan si sabía desde dónde había llamado mi padre.

—Estaba en la autopista. En unas bodegas.

—¿Las bodegas de Angelo Musso?

—Sí, ahí.

—¿Qué voz tenía?

—Creo que ha estado bebiendo.

—¿Necesita ayuda?

—Sin la insulina, necesita ayuda con urgencia.

—¿Por qué ha llamado? ¿Qué quería?

La señorita Quinlan titubeó.

—Me ha dicho que vaya a reunirme con él.

—¿Para qué?

—Quiere enseñarme la viña. —Sonrió—. Viejo golfo...

Giré sobre mis talones, dispuesto a marcharme, pero entonces acusé el impacto de lo que acababa de decir la señorita Quinlan, di otra media vuelta y la aparté del mostrador y de la otra enfermera.

—Señorita Quinlan —dije—, ¿qué ha querido decir exactamente con eso de «viejo golfo»?

Me miró fijamente con los ojos azules abiertos como platos, meditando bien lo que decía:

—El invierno pasado tuve un paciente en el hemodializador, un caballero educado de noventa y dos años. El pobre murió en mis brazos, con la mano dentro de mis bragas. ¿Entiende lo que le digo, señor Molise?

Mi libido empezó a echar humo, sentí una oleada de lujuria, calor en la garganta y las rodillas, mis ojos se zambulleron en el lago azul de los suyos y sus pechos macizos tiraron de mí. Su blanco cuello se volvió suavemente y me pregunté como un idiota si también tendría rubio el pelo del coño. Me estremecí lleno de vergüenza, preguntándome: ¿En qué estoy pensando, Dios mío, en un momento como este?

—Señorita Quinlan —balbucí—, ¿es esa la causa de que mi padre haya huido del hospital?

—Es la inyección de insulina. No quiere que se la pongan. La Orinasa, la dosis que se toma en pastillas, no le hace efecto a su padre. Hay que administrarle la insulina con aguja hipodérmica, y se subía por las paredes, no lo soporta.

Le di las gracias y le pedí que se pusiera en contacto con el doctor Maselli.

—Dígale que mi padre está en las bodegas de Angelo Musso. Maselli está al tanto de todo.

Fueron diez minutos de viaje por la autopista 80 hasta el desvío, y luego medio kilómetro colina arriba hasta las bodegas de Angelo. Al dar la vuelta al edificio vi la furgoneta Datsun de Zarlingo. No me sorprendió. (Luego supe que tras telefonar a Zarlingo por la mañana, mi padre había salido tranquilamente del hospital, había pasado por delante de recepción, cruzado la puerta principal y esperado en la escalera de la entrada a que Joe y sus amigos pasaran a recogerlo).

El calor tórrido de mediodía me asfixió en cuanto salí del Chevy y mientras me dirigía al grupo de hombres cobijados bajo la parra. Los seis estaban sentados en torno a la mesa del porche, Angelo en un extremo y mi padre en el otro.

Mi padre estaba repantigado majestuosamente en una butaca de mimbre, borracho, con cara de nostalgia, con los brazos apoyados en los brazos de la butaca. Parecía un patricio de la antigua Roma esperando a que le saliese la sangre de las muñecas recién cortadas. También estaban allí los cuatro zánganos del Café Roma, sentados en bancos enfrentados: Zarlingo, Cavallaro, Antrilli y Benedetti. Estaban como cubas, pero bajo control, libando mosto en anchos vasos de vidrio. En la larga mesa había garrafas de Chianti y platos con comida: salchichón, salchichas, jamón, pan y pastas de anís. Habían comido mucho y bien a la sombra de la caliente parra, y lo mismo cabía decir de los enjambres de aturdidas abejas que revoloteaban en torno a la comida y chapoteaban en los charquitos de vino, zumbando quejumbrosamente a centenares entre los maduros racimos que colgaban de los sarmientos.

Nadie habló cuando me acerqué. Era como si yo no fuera nadie, solo un engorro, otra abeja. Me situé detrás de mi padre y le puse las manos en los hombros; la carne cedió con facilidad y toqué los huesos.

—Soy yo, papá.

Levantó la cabeza.

—¿Qué hora es?

—Hora de volver al hospital.

—Ni hablar. Yo no vuelvo.

—Necesitas la insulina.

Negó con la cabeza.

—Deja de jorobar a tu padre —dijo Zarlingo—. Siéntate y tómate un vino. Tranquilízate. Disfruta de la compañía.

—Me lo llevo al hospital.

—Eso lo decidirá él. —Alargó la mano y tocó la de mi padre—. ¿Quieres volver al hospital, Nick?

—No, Joe. Se está bien aquí. Con esta paz.

El afónico Angelo chascó la lengua y me indicó por señas que me acercase,

sonriéndome con su boca desdentada. Me acerqué a él, cogió un lápiz, garabateó algo en un cuadernillo, arrancó la hoja y me la alargó.

Era una frase ilegible, aunque se notaba que estaba en italiano.

—No se entiende —dije, devolviéndole el papel.

Benedetti me lo arrebató.

—Déjame ver.

Observó la frase un momento y asintió con la cabeza.

—Es verdad —dijo a Angelo—. Siempre tienes razón, Angelo.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Dice: Más vale morir borracho que morir de sed.

Aparté la mirada y la posé en el viejo vinatero.

—¿Y eso qué quiere decir? —dije, mirando los entornados ojos de Angelo—. Yo no lo entiendo.

Angelo garabateó otra frase rápida y le pasó el papel a Benedetti, que volvió a traducir.

—Más vale morir entre amigos que morir entre médicos.

Aquello mereció un aplauso, un batir general de palmas, un brindis con vasos levantados y vaciados; incluso mi padre, que no estaba para entender nada, hizo un ademán con la mano.

Angelo, animado, escribió otra nota. Ya no me quedaba más que una salida. Tiré de la butaca de mi padre, lo rodeé con los brazos y traté de levantarlo. Forcejeó conmigo, con debilidad pero con furia, y volvió a sentarse. Los paisanos nos miraban. Era evidente que no pensaban ayudarme.

—Por favor —dije—, que alguien me eche una mano. Este hombre está muy enfermo.

Nadie movió un músculo. Me eché a llorar. No de dolor, no de angustia por mi padre, sino de lástima por mí. Qué bueno era. ¡Qué hijo tan leal y maravilloso! Allí esforzándome por salvarle la vida a mi padre. Estaba orgullosísimo de mí. ¡Qué ser humano tan honrado era!

Lloré y golpeé la mesa, el vino osciló, se derramó, las abejas zumbaron. Me tiré de los pelos. Caí de rodillas y me abracé a mi padre.

—Ven conmigo, papá. Necesitas atención. No puedes morir en este horrendo lugar.

Su errabunda mirada se posó en mí.

—Vete a casa, chico. Pregúntale a tu madre qué quiere.

Me incorporé lleno de vergüenza y de asco, me senté en el banco sollozando. Tenía arte para llorar. Me había procurado muchas ventajas en la vida y también algunos problemas. Cuando tu debilidad es tu fuerza, llora. Porque llorar desconcierta al prójimo, que no sabe qué hacer. Espera violencia y esta se disuelve en un charco de lágrimas. Lloré cuando tomé la primera comunión. Mis lágrimas desarmaron a Harriet y acabó casándose conmigo. Sin lágrimas, jamás me habría acostado con una

mujer y con ellas nunca fallaba. Han ablandado el corazón de mujeres que me detestaban y que querían matarme después de sucumbir. He llorado mientras escribía pasajes melancólicos. Cuanto mayor me hacía, más lloraba.

Zarlingo empezó a conmovirse, me cogió la mano y me la apretó.

—Tranquilízate, hijo —dijo con voz apaciguadora—. Sécate los ojos, tómate un vino. No te preocupes por tu padre. Es fuerte como un toro.

Me sequé la cara y me soné la nariz. Engullí el vino a la fuerza. En la autopista se oía el gañido de una sirena que aumentaba de volumen conforme se acercaba. Fui al camino y vi una ambulancia blanca que llegaba por el camino privado de Angelo, envuelta en una nube de polvo. Cuando frenó vi a dos enfermeros de blanco en la parte delantera. Con ellos iba el doctor Maselli. Bajaron del vehículo.

—¿Dónde está? —preguntó el médico.

Me siguió hasta la pérgola y se acercó a mi padre. Le alzó la cabeza y le levantó un párpado. Sacó una aguja hipodérmica del botiquín de mano, tiró del émbolo para extraer una sustancia lechosa de una ampolla y se la inyectó en el brazo. Angelo y los demás compadres les rodearon y miraron la escena. Se apartaron cuando llegaron los enfermeros con una camilla. Lo tendieron con cuidado, lo levantaron y se lo llevaron hacia la ambulancia. Sus amigos se despidieron murmurando.

—*Ciao, Nicola. Buona fortuna.*

—Addio, amico mio.

—Coraggio, Nick.

—Sii coraggioso, Nicola.

Mi padre yacía inmóvil, con los ojos cerrados. Ni siquiera el tórrido sol le hacía mover los párpados. Angelo se acercó a él con una botella de Chianti con funda de paja y la dejó en posición horizontal en la camilla, junto a su brazo. El doctor Maselli arrugó la frente. Metieron la camilla en la ambulancia y cerraron la puerta. Mientras el blanco vehículo se alejaba hacia la autopista, los amigos de mi padre se quedaron mirando el polvo que levantaba.

—Se pondrá bien —dijo Zarlingo.

—Claro que sí —dijo Cavallaro—. Ese nos enterrará a todos.

—Brindemos por ello —dijo Benedetti.

Subí al coche de alquiler y fui tras la ambulancia.

Estuve esperando media hora en un banco, en el pasillo de la sala de urgencias del Hospital de Auburn. Cuando salió el doctor Maselli, en mangas de camisa, vi la muerte en su semblante.

—Se nos ha ido.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Hemorragia cerebral. Rápido, sin dolor. No se puede pedir una forma mejor de morir. —Me volví para irme y me preguntó—: ¿Quiere que se lo diga a su madre?

—Ya se lo diré yo.

Llamé a Stella desde el teléfono público del vestíbulo. Se quedó sin habla al

enterarse y rompió a llorar. Lloramos juntos un rato, abrazados por vía telefónica.

—¿Quieres decírselo a mamá? —dije.

—Ay, Señor —exclamó sollozando—. Ay, Señor.

Colgué y salí al aparcamiento en busca del coche. El día, pese a la hora avanzada, se negaba a refrescar, y yo me sentía aturdido e incapaz de volver a casa para enfrentarme al sufrimiento de mi madre y al espacio vacío que se había abierto en el mundo con la muerte de mi padre. Al recordar los bares de Chop Suey Street, pensé en emborracharme, en perderme en la semipenumbra, con los viejos solitarios que desgranaban sus últimos días en aquellos antros.

Al ir a arrancar vi que una enfermera bajaba la escalera de la entrada del hospital y se acercaba al aparcamiento. Era la señorita Quinlan. Venía derecha hacia mí, con un jersey blanco; se movía con gracia sobre sus zapatos planos, tiesa, limpia y hermosa, con el sol a sus espaldas, filtrándose entre sus muslos. Bajé del coche y fui a su encuentro. Se detuvo y sonrió.

—Siento lo de su padre —dijo.

Los ojos se me humedecieron. Le cogí las manos.

—Ay, señorita Quinlan, ayúdeme. No sé qué hacer ni adónde ir. ¿Qué hago, señorita Quinlan? Me siento perdido y desdichado.

Me rodeó con un brazo.

—Vamos, vamos, señor Molise. Sé cómo se siente. Lo sé. Ya pasará, amigo mío. Debe usted ser fuerte, por la memoria de su padre.

Mi vida entera daba vueltas a mi alrededor y me aferré a la señorita Quinlan con las manos y con mi sufrimiento.

—Por favor, señorita Quinlan, vamos a la cama, por favor, por favor. Sálveme, vayamos a la cama.

Se soltó y me miró a los ojos, sobresaltada, titubeante.

—¿Me está diciendo que...?

—Sí, sí, señorita Quinlan. La amo, la adoro. Compadézcase de mí.

Retrocedió un paso y me observó.

—Bueno..., es posible, supongo.

—Por favor, querida, maravillosa, hermosa señorita Quinlan.

—Tengo que pasar antes por el supermercado.

—¿Puedo acompañarla? Yo llevaré el carrito de la compra.

—Como guste —dijo sonriendo.

Le cubrí las manos de besos y lágrimas. Quise ponerme de rodillas, pero ella me lo impidió.

—No haga eso, señor Molise. Póngase derecho, por favor.

—Gracias, es usted un ángel. Gracias, gracias.

Subimos a mi coche y pusimos rumbo al supermercado, las lágrimas se me secaron enseguida, la señorita Quinlan junto a mí, con el bonito gorro de enfermera sobre las nórdicas trenzas rubias, las rodillas semejantes a granadas con pantis, las

dos juntas, con recato, con elegancia.

Tenía un aspecto delicioso mientras recorría los pasillos del supermercado, seleccionando productos, depositándolos en el carrito. Yo insistí en comprar una botella de whisky, pastel de coco y chuletas de cordero, y cuando pasamos por caja, pagué yo el total de la compra, solo para oír que me daba las gracias y me llamaba loco. Volvimos al coche, le abrí la portezuela y su fabuloso trasero pasó ante mis ojos como la gracia de Dios, como el Espíritu Santo. A mi viejo le habría gustado; y seguro que le habría dado un pellizco.

Fuimos a su casa, que estaba encima de un garaje a dos manzanas del hospital. Yo llevaba las bolsas mientras ella abría la puerta. ¡Qué casa! Fue como entrar en la sala de urgencias de un hospital. Todo era blanco, baldosas blancas alrededor del fregadero, fórmica blanca en la barra que separaba la cocina de la salita, y cojines blancos en el sofá y en las sillas tubulares de acero inoxidable. Un fuerte olor a Lysol impregnaba el aire. Todo estaba guardado, escondido: los platos, las cacerolas, las sartenes. Incluso la tostadora de la barra estaba tapada con un plástico. Siguiendo las instrucciones de la señorita Quinlan, dejé las bolsas de comestibles en el fregadero de la cocina.

—Puede usted desnudarse aquí —dijo con voz firme—. Deje la ropa en el sofá.

Desapareció en el cuarto de baño y cerró la puerta. Me quité la ropa, la puse en el sofá cuidadosamente doblada, a tono con la austeridad del lugar.

La señorita Quinlan salió del cuarto de baño. Estaba desnuda y mucho menos interesante que con el uniforme de enfermera. Me la había imaginado con unos pechos voluminosos, pero casi no tenía, eran tristes bultitos de carne, no mayores que los de un hombre. Entonces le vi en la piel la marca del relleno del sostén, pero ella ni se inmutó.

—¿Nos hemos desnudado del todo? —dijo con animación, pero con tono profesional.

—Sí —dije, tapándome las delicadas partes con ambas manos.

Sonrió.

—Ay, Señor, qué tímidos somos. —Me señaló el cuarto de baño—. Por aquí, por favor.

Fui tras ella y me fijé en sus nalgas caídas, exentas ya de la estilización que creaba el uniforme. Tampoco la raja resultaba tentadora. Las nalgas le colgaban como bolsas celulíticas y empecé a recelar que la señorita Quinlan tenía por lo menos sesenta años.

Me quedé mirando mientras llenaba la pila del lavabo y echaba una solución que formaba espuma. No me enderezó el estoque precisamente, la *spada*, que decía mi padre. Más bien me lo puso mustio, y cuando la señorita Quinlan lo empuñó, había muy poco que empuñar, y lo sacudió y lo llamó tímido y niño malo.

—¡Profilaxis! —exclamó, echándole espuma encima—. Así se llama este juego. ¡Profilaxis!

El estoque empezó a reaccionar mientras me lo toqueteaba con ambas manos.

—Mi niño bonito —canturreó—. Es un angelito. —Me alargó una toalla. Mientras me secaba, se preparó otra solución de agua y jabón, la vertió en la bolsa de un irrigador vaginal, colgó la bolsa de un gancho, se sentó en la taza y se introdujo la boquilla entre los muslos.

Se secó, me cogió por el estoque y tiró de mí hacia el dormitorio. Yo ya estaba vacío de pasión, pero lleno de curiosidad. ¿Hasta dónde llegaría aquello? La señorita Quinlan era un ser infernal, pero también tenía su gracia, y vi que le temblaban los jamones mientras apartaba el edredón, ahuecaba las almohadas y asentía aprobadoramente ante el lecho del amor. Corrió descalza a la cocina y volvió con un tarro de miel que había adquirido en el supermercado.

—¡Miel de jazmín! —dijo, abriendo el frasco—. ¡Pruébala! —Introdujo el índice, cogió un poco de miel y sacó el dedo. Abrí la boca para recibir la golosina, pero resultó que no era para mí, sino para el estoque, un grumo que me puso en la punta, para que supiese lo que era. El estoque se enderezó con una celeridad pasmosa, con la bellota echando fuego, y miró a su alrededor, listo para el combate. Pasé un momento de vergüenza. Vaya forma de honrar a mi pobre padre. Pero ya estaba metido en ello, yo mismo se lo había pedido a la señorita Quinlan y no había ningún motivo para echarse atrás, a pesar de mi padre, de mi mujer y de mis dos hijos.

Sentada en el borde de la cama, me extendió una capa de miel de jazmín por todo el estoque, desde la punta hasta la empuñadura. Parecía fascinada por su brillo dorado y, en un arrebatado de deseo, probó el pastel. ¡La querida señorita Quinlan! Se lo tragó entero y yo lo sentí entrar y salir, el pastel, los huevos de Pascua, el corazón, los pulmones, el cerebro, un banquete para una reina ya madurita, y cuando pasó el hechizo se quedó de espaldas en la cama, jadeando con ansia, y yo me desplomé en una silla. Se lo había comido todo y me había dejado sin nada para correspondería.

Mientras seguía inmóvil, con un brazo sobre los ojos, fui al cuarto de baño y me limpié el estoque con agua caliente y una toallita. Me vestí sin que ella cambiara de postura. Recorrí la casa con los ojos para echarle un último vistazo. Un lugar frío y esterilizado, pero con una belleza implacable, la belleza de la soledad y de dos extraños que compartían un momento íntimo, una belleza que se sentía pero no se veía. Inolvidable.

Fui al dormitorio para despedirme de ella, pero ya en la puerta vi algo que me hizo dudar. Seguía igual que antes, con el brazo encima de los ojos. Pero el pelo se le había movido. La encantadora cabellera de trigo nórdico no era de verdad. Se le había corrido hacia un lado, hacia la oreja, y dejaba al descubierto un cuero cabelludo blanco y calvo. Qué lección de humildad. Si me hubiera quedado más rato, me habría deshecho en lágrimas. ¡Qué buena era aquella mujer!

—Gracias, señorita Quinlan —dije.

—No hay por qué darlas, se lo aseguro. —Lo dijo murmurando con cansancio. No se movió.

—Mi padre también le da las gracias.

—Era un buen hombre. Me alegro mucho de haber colaborado.

—Adiós, señorita Quinlan.

—Adiós.

La víspera del entierro llegó Harriet de Redondo Beach con nuestros hijos y fui al aeropuerto a recogerlos. Harriet me besó y retrocedió un paso para rastrear en mis facciones algún indicio de infidelidad. Sin duda vio la muerte de mi padre en mi mirada de agotamiento y la intensidad de mi dolor, pero supe que no vio en ella ningún rastro de la señorita Quinlan porque me sonrió con confianza y volvió a besarme.

Hacía un mes que no veía a mis hijos. Habían estado en Ensenada, de pesca, según decían ellos en son de broma, porque habían ido con dos mujeres en la furgoneta.

Dominic tenía veinticuatro años y Phillip dos menos. Sin afeitarse, bronceados por el sol de México, con el pelo hasta los hombros, vestidos con conjunto vaquero y calzados con sandalias de tiras. Parecían hippies y no los acongojados nietos de un hombre que había salido de sus vidas.

Ya en el aparcamiento, les dije:

—Supongo que os pondréis ropa decente.

Me miraron con la cara distante y escéptica de siempre, y Dominic dijo:

—No te preocupes por eso, papá.

—No quiero veros con esa ropa en el entierro.

—Sí. Lo sabemos.

—¿Y el corte de pelo?

—De eso nada.

Dejaron las bolsas en el maletero, subieron al coche de alquiler y se instalaron en el asiento de atrás. Harriet se sentó a mi lado. Al arrancar me volví hacia ella.

—¿Se han matriculado para el curso que viene?

—A mí me dijeron que sí —respondió Harriet con voz vacilante.

Me volví para hablarles por encima del hombro.

—¿Tú te has matriculado, Phil? —Phil estudiaba Empresariales.

—Sí, papá. He hecho todo lo que había que hacer.

—¿Y tú, Dominic?

—Yo no me he matriculado —dijo.

—¿Por qué?

—Tengo un empleo.

—¿Cuál?

—Soy cajero de supermercado.

—¿Y por qué diantres eres eso? ¿Y la carrera?

—Gano siete dólares la hora. ¿Conoces a algún biólogo marino que gane tanto?

—Cualquier capullo puede cobrar en una caja. Tienes que terminar la carrera.

—Tú no la terminaste —dijo.

Harriet y yo nos miramos con la cara de resignación de costumbre. No había forma de dialogar con ellos. Los dos eran un desastre, malcriados, arrogantes y seguros de sí mismos. Yo no ponía en tela de juicio su inteligencia, sino aquella astucia suficiente, aquella diabólica capacidad que tenían para argumentar. Nunca vacilaban a la hora de replicar. Eran omniscientes y respondones.

Estuvimos un rato en silencio. Encendieron unos pequeños puros mexicanos y nos alargaron la cajetilla; Harriet cogió uno, pero yo dije que no.

—¿Qué edad tenía el abuelo? —preguntó Phillip.

—Le faltaban unos meses para cumplir setenta y siete.

—El viejo zorro —dijo Dominic con una sonrisa—. Era un tipo genial.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. Nos has contado cientos de anécdotas sobre él.

—A mí me caía bien —dijo Phillip—. Cuando éramos pequeños y nos sacaba a pasear, solía llevarnos a un viejo bar italiano.

—El Café Roma —dijo Dominic—. Le gustaba el tintorro de allí.

—Y el brandy —dijo Phillip—. Lo primero que hacía por la mañana era echarse brandy en el café.

—Tenía estilo —dijo Dominic.

Íbamos en dirección este. El tráfico de la autopista era escaso y rápido. Por el norte se estaban acumulando nubes y temí que lloviera al día siguiente, durante el entierro.

—Papá —dijo Phillip—, quiero preguntarte algo.

—Dispara.

—¿Eres diabético?

Había pensado mucho en ello desde el fallecimiento de mi padre, le había dado vueltas y había hablado al respecto con el doctor Maselli. ¿Tendría diabetes algún día? Cabía la posibilidad.

—No. No soy diabético.

—¿Y Dominic y yo? La diabetes es hereditaria, ¿no? Es cosa genética.

—Lo que está presente es el potencial, no la enfermedad.

—¿Y cuál es la diferencia?

—La dieta. Evitad el azúcar y a lo mejor pasa de largo sin afectaros.

—Pero a lo mejor no pasa de largo.

—¿Y qué quieres? ¿Que te lo garantice por escrito? No es una enfermedad tan terrible. Se puede soportar. Vuestro abuelo es la prueba.

—No delires —dijo Phillip—. La diabetes no tiene cura.

—No hay cura, pero hay control, con insulina. Además, no la tenéis, así que ¿de qué carajo estáis hablando?

Aquello le paró los pies y se quedó callado, pero Dominic volvió a la carga:

—Papá, ¿habrías tenido hijos si hubieras sabido que llevabas la diabetes en los

genes?

Sabía que todo había sido un rodeo para llegar a aquella pregunta y, ahora que la habían formulado, me costaba responder.

—¿Y cómo iba a saberlo? —dije.

—Yo no —dijo Harriet—. Yo no habría tenido hijos.

*Touché!* La confesión abrió de golpe la caja de Pandora de las especulaciones silenciosas y los cuatro cavilamos a propósito de la inexistencia de Dominic y Phillip. Al final, los dos se echaron a reír.

Cuando llegamos al domicilio de mi madre, el lugar parecía una caverna de ritos funerarios, los coches de los deudos aparcados a ambos lados de la calle y los viejos amigos de mi padre tirados en los escalones del porche delantero, bebiendo vino en vasos de cristal que mamá tenía guardados, ofendidos e incómodos a causa de los gemidos de las esposas que estaban dentro. A los italianos les gustan los vivos, pero a veces les gustan más los muertos, sobre todo si eran como aquellas mujeres que habían ocupado todas las habitaciones de la casa y que correteaban alrededor de mi enlutada madre, igual que hormigas alrededor de la reina, sollozando, manoseando el rosario, cabeceando, abrazando a la desconsolada viuda, inyectándole el dolor propio y embriagándose con el dolor que ella les devolvía.

Phillip y Dominic no quisieron entrar y no se lo reproché, y mientras esperaban en el coche, Harriet y yo subimos al porche, entramos en el dormitorio de mamá y Harriet salvó el cordón de plañideras para ponerse a su lado. Le dio un beso y volvió con la mejilla manchada de lágrimas pegajosas.

No podíamos quedarnos. Al emprender la retirada y pasar por la cocina vimos la mesa llena de salchichones, quesos, vino y fruta, los preparativos para las largas horas del velatorio, demasiado para aguantarlo, demasiado absurdo.

Salimos por la puerta trasera, por detrás del seto de separación de la señora Credenza, la vecina de al lado, y por allí alcanzamos la calle y llegamos al coche. Estaba a punto de arrancar cuando oí a Virgil llamándome a gritos y lo vi correr hacia nosotros desde el porche.

—¿Has visto a Mario? —preguntó.

—No.

—El hijo de puta. Era el encargado de traer la pizza.

Salí a la calzada y fuimos a casa de mi suegra. Mientras Harriet y los chicos bajaban del coche, entreví a Hilda Dietrich espíándonos tras los visillos de la puerta de la calle, y cuando me alejé la vi salir a recibirlos con los brazos abiertos.

Faltaba muy poco para que terminara mi vida en San Elmo. Después del entierro me iría para nunca más volver, porque sin mi padre el pueblo era un yermo semejante a muchos otros yermos. Sabía lo que me tocaba hacer: llevarme a mi madre de allí, llevármela a mi propia casa mientras Stella y mis hermanos vivían su propia vida.

Solo había otro asunto pendiente.

Al igual que Pablo, que había tenido su momento de verdad camino de Damasco,

también Henry Molise había tenido su ración de éxtasis hacía veinticinco años, en la Biblioteca Municipal de San Elmo. Aparqué junto al estilizado edificio, subí los rojos escalones de arenisca que mi padre había colocado con sus propias manos, entré en el vestíbulo y anduve por un pasillo flanqueado de estanterías hasta llegar a un punto que conocía bien, el rincón de la ventana, cerca del afilalápices que quedaba debajo del retrato de Mark Twain. Saqué el ejemplar, encuadernado en piel, de *Los hermanos Karamazov*. Lo palpé, pasé las páginas, lo estreché entre mis brazos, mi vida, mi alegría, mi sublime Dostoievski. Puede que lo hubiera traicionado en mis obras, pero no en mi devoción. Mi padre había desaparecido, pero Fiódor Mijáilovich estaría conmigo hasta el fin de mis días.

Creía que al entierro de mi padre acudiría todo el pueblo, pero me equivoqué. En el velatorio de la tarde anterior había habido más gente de la que acudió luego a la iglesia. Casi todos eran de la familia y había muchos nietos que ya de entrada no querían estar allí, porque había llegado un circo al pueblo y los más jóvenes estaban enfadados con el abuelo por haber elegido un momento tan fatal para morir. Los demás dolientes eran amigos y vecinos de mi madre, y había además un grupo de leales del Café Roma.

Los portadores del féretro, a saber, Zarlingo, Cavallaro, Antrilli, Mascarini, Benedetti y Rocco Mangone, ataviados con el traje de los domingos, aguardaban a la sombra de un olmo en aquella tarde tórrida y deprimente. Estaban tan elegantes como piedras erosionadas en la ladera de una colina. Al verlos, la congoja me saltó a la garganta como una trucha. Ahora que no tenía ninguno, habría aceptado por padre a cualquiera de ellos. En realidad, a cualquier hombre, arbusto, árbol o piedra, si me hubiera aceptado como a un hijo. Yo también era padre. No quería el papel. Quería volver a una época en que yo era pequeño y mi padre era fuerte y alborotaba la casa. Al diablo con la paternidad. No había nacido para asumirla. Había nacido para ser hijo.

Los portadores del féretro se descubrieron cuando Harriet y yo entramos en la iglesia. Los saludé con la mano. Quise gritarles: «¡Os quiero, os necesito, cuidado de mí, viejos estrambóticos!».

La familia estaba concentrada en los dos primeros bancos, delante del altar mayor, mi madre en el primero, entre Virgil, Stella y los cónyuges e hijos de estos. Mamá llevaba un velo negro que le cubría el pelo y la cara. Harriet, nuestros hijos y yo nos pusimos en el banco de detrás, al lado de Peggy y sus chicos. Pero allí faltaba alguien, me di cuenta enseguida. Me volví hacia Peggy.

—¿Dónde está Mario?

—En estado de shock. Le dije que se quedara en casa.

Virgil nos miró por encima del hombro y sonrió con desdén.

—¿Cuando dan en la tele dos partidos seguidos entre los Gigantes y Atlanta? Sí que es extraño, Peggy. ¡Muy extraño!

—¡Es verdad! —susurró Peggy—. Se ha pasado horas llorando. Quería mucho a su padre. Pero todos estáis contra él. Lo habéis marginado. ¿Por qué os metíais con él? ¿Por qué no tuvisteis un poco de fe? Pero ya veréis. ¡Todos os arrepentiréis, todos!

—Dios te asista, criatura —dijo Virgil con sonrisa de suficiencia.

—¡Oficinista de mierda! —exclamó Peggy con irritación—. ¡Tú no le llegas ni a la suela de los zapatos!

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo, baboso.

—¡Silencio! —dijo mamá por debajo del velo—. Por favor, papá está muerto.

Llegó la carroza fúnebre y los portadores bajaron el ataúd y lo llevaron por la nave central hasta el reclinatorio de las comuniones. Los empleados empezaron a poner coronas fúnebres y ramos de flores alrededor del muerto. Qué pequeño parecía el ataúd. Mi padre había sido una mole humana, pero de corta estatura. Tendido en la caja no parecía mayor que un muchacho.

En aquel momento llegó una corona gigantesca por la nave central, rosas, claveles y helechos, tan grande que la llevaban entre dos empleados. La pusieron erguida a los pies del ataúd y la sujetaron con alambres. Medía un metro ochenta, chillona, muy efectiva. Llevaba una cinta de seda blanca con una inscripción bordada en rojo que decía:

#### EL CAFÉ ROMA NO TE OLVIDA

Los portadores del féretro se quedaron mirando su homenaje con placer y satisfacción. No podía negarse que la hermandad del Café Roma había aportado lo más grande y lo mejor. Mi madre, que Dios la bendiga, estaba tan impresionada que se volvió, se levantó el velo e inclinó la cabeza para dar las gracias. Los muchachos del Roma le sonrieron con simpatía.

Tintineó una campanilla y el padre Martin salió de la sacristía detrás de dos monaguillos. Por debajo de los faldones de los monaguillos se veían las rayas verdiblancas de los calcetines de béisbol, lo que quería decir que les estaban esperando sus compañeros de equipo en algún lugar del pueblo.

El padre Martin se acercó al ataúd, le echó agua bendita y leyó en un misal latino las frases rituales de rigor. Cerró el misal, juntó las yemas de los dedos y meditó mientras la concurrencia aguardaba sus palabras. Era una situación difícil porque tenía que hablar de la vida y la muerte de un hombre que raras veces había pisado una iglesia y que jamás había sido católico practicante.

—Recemos por el alma de Nicholas Molise —dijo—. Un hombre bueno y sencillo, un hombre honrado, un buen artesano que vivió muchos años entre nosotros y que hizo cuanto pudo por el bien de la comunidad humana. En vez de llorar, alegrémonos porque ha terminado su prueba en este mundo y ahora está en paz en el cielo, en brazos de su Padre.

Aquello fue todo, breve y generoso, un acierto total. Los deudos le coreamos cuando recitó el padrenuestro y al final dijo:

—Concédele descanso eterno, oh Señor, y que la luz perpetua le ilumine.

El padre volvió a la sacristía, los portadores abrieron el ataúd y mi madre encabezó el desfile de homenaje al muerto. Se levantó el velo y besó a su marido en la frente. Se enroscó el rosario en los dedos agarrotados, se puso a llorar

discretamente y Virgil se la llevó de allí. Uno por uno pasamos por delante del ataúd y miramos a papá, los niños asustados, horrorizados, fascinados, los demás llorando en silencio.

Yo no lloraba. Sentía ira y asco. ¿Qué le habían hecho a aquel pobre hombre, buen Dios? ¿Qué le habían hecho a aquella curtida y tremenda cara de los Abruzos, a aquellas arrugas de dolor y trabajo, a aquella boca decidida, al astuto frunce de aquellas cejas, a aquellos pliegues de triunfo y derrota? Todo había desaparecido y en su lugar había una cara rellena de algodón, lisa, sin arrugas, con las mejillas coloreadas. Era una vergüenza, una obscenidad, y yo me sentía espoleado por una perfidia literaria, y pensaba: Ese no es mi padre, ese no es el viejo Nick, ese es Groucho Marx, y cuanto antes lo enterremos, mejor.

Un séquito de diez coches recorrió el pueblo detrás de la carroza fúnebre en dirección al cementerio, que estaba a kilómetro y medio de distancia, detrás del campo de deportes del instituto. Llevábamos escolta policial, un agente en moto que nos abría paso por las calles vacías, ya que todo el mundo estaba en el circo. No había tráfico, solo el lento séquito que cruzó el puente y accedió a Pacific Street. Mi coche iba inmediatamente detrás de la carroza, con mamá entre Virgil y yo.

—¿Verdad que tenía un aspecto magnífico? —dijo Virgil—. Lo que se puede hacer actualmente, joder.

—Parecía contento —dijo mamá—. Y así es como era, siempre riendo, siempre contando chistes.

Para chistes, aquel, pero contuve la lengua.

En todos los cruces, el motorista paraba la Harley, levantaba el brazo, miraba a derecha e izquierda, soplabla el silbato e indicaba a la carroza que prosiguiera. Había doce manzanas hasta el camposanto y detuvo el séquito en los doce cruces. Mi madre estaba muy impresionada y lo miraba levantándose el velo, ya que aquello de la escolta ponía a su marido una aureola de importancia, como si hubiera sido un prócer del municipio.

Cruzamos lentamente las puertas del cementerio, dejamos atrás la parte «nueva» y accedimos a la «antigua»; la diferencia consistía en que en la nueva no había tumbas decoradas ni árboles grandes, mientras que la antigua era un país mágico y sombrío, con grotescas figuras de mármol al pie de gigantescos robles y plátanos falsos, con abundancia de sombra, hierba verde, húmeda y sin cortar, como para devorar las fosas del pasado. Entre los árboles distinguimos al padre Martin, de pie delante de una fosa, aguardando con el libro de oraciones en la mano.

Ayudé a mi madre a bajar del vehículo y contuvo un sollozo al acercarse al sacerdote. Al avanzar tras ella, Virgil me asió por el brazo.

—Ahora hay que estar atentos —me advirtió—. Pongámonos a su lado para que no haga nada.

—¿Que no haga qué?

—Echase encima del ataúd.

Siempre era posible, pero no sucedió. La sujetamos cada uno de un brazo durante la ceremonia final y, aunque se tambaleó al ver descender el ataúd, entre los chirridos de las poleas, mantuvo la compostura y no hizo ninguna escena. El padre Martin se acercó luego a ella, le cogió las manos, ella lo miró y se echó a llorar. El sacerdote la besó en la frente y todos se echaron a llorar al verlo, niños y adultos por igual, todos se volvían para ocultar la congoja mientras se alejaban hacia los coches.

Harriet se reunió conmigo y acompañamos a mamá entre los plátanos falsos.

Entonces lo oímos a lo lejos: una voz mecánica, electrónica, que cruzaba sacudiendo la tierra y los árboles como para que temblaran hasta las hojas, un grito de guerra de volumen creciente. Nos detuvimos a escuchar. Era una voz radiofónica, un locutor deportivo, una voz tensa, explosiva, que profanaba la santidad del cementerio con vibraciones foráneas.

—¡Final del noveno! —decía la voz—. Dos eliminados. Bonds en la segunda, Rader en la tercera y Kingman con el bate. Resultado parcial: dos bolas malas y dos *strikes*. Capra se prepara, lanza, ¡y falla!

La abollada camioneta de Mario apareció entre los árboles, envuelta en crujidos, con la radio a todo volumen, derecha hacia nosotros. La alegría iluminó la cara de mi madre.

—¡Es Mario! —exclamó con entusiasmo—. ¡Ah, Mario! Al final ha venido. Sabía que vendría, lo sabía. ¡Gracias a Dios!

La camioneta trazó una curva, derrapó y frenó de golpe delante de nosotros, arrastrando la grava. La irreverente histeria de la radio parecía burlarse de los apacibles difuntos, turbando con violencia su sueño eterno.

Kingman había fallado el despeje. Los Gigantes habían perdido. Mario se derrumbó momentáneamente sobre el volante. Apagó la radio, volvió a la realidad y se nos quedó mirando.

—¿Llego tarde?

—No, Mario —dijo mamá—. Aún estás a tiempo. ¡Corre, antes de que lo sepulsen!

Bajó de la camioneta de un salto y se alejó a paso vivo hacia la tumba, donde dos sepultureros con palas se disponían a llenar la fosa. Lo vimos mirar el ataúd, cubrirse la cara con las manos y echarse a llorar. Dio media vuelta y regresó al vehículo.

Mi madre se sentó entre Harriet y yo. Se quitó el velo, se retrepó y lanzó un suspiro. Había belleza en su rostro y en sus ojos palpitaba una cálida sensación de paz. Me cogió la mano.

—Qué contenta estoy —dijo.

—Murió muy aprisa —dije—. No tuvo tiempo de sufrir.

Suspiró.

—Siempre me tenía preocupada, desde el día que nos casamos. Nunca sabía dónde estaba, qué hacía, ni con quién.

Nunca me decía nada. Todas las noches le preguntaba si pensaba volver. Ya se ha acabado todo. Ya no tendré que preocuparme. Ahora sé dónde está. Y que está bien. —De sus labios brotó una débil queja—. Ay, Señor, las cosas que le encontraba en los bolsillos...

Puse en marcha el motor.

—Vamos a casa.

—He comprado pierna de cordero —dijo—. Os voy a preparar una cena estupenda. Para toda la familia. Con patatas nuevas.



JOHN FANTE (1909-1983), hijo de emigrantes italianos de procedencia muy humilde, trabajó como guionista en Hollywood y dedicó su vida a la literatura, aunque solo alcanzó el pleno reconocimiento de crítica y público después de su muerte. Su nombre ha evocado comparaciones con escritores como Knut Hamsun, Dostoievski, Nathanael West, Raymond Carver y, en especial, Charles Bukowski, cuyo entusiasmo por sus libros fue decisivo para su redescubrimiento. Al igual que este, su obra alcanzó la gloria en Europa antes que en su propio país, en el que fue reconocido póstumamente y premiado e 1987 con el Lifetime Achievement Award por el PEN.